



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomanor, Camus, Canalejas, Cañete, Castilla, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casurro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Castellano, Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Formin Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Mollins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olsaga, Palacio, Passaron y Lustrá, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pl y Margall, Poyer, Reinosa, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaciniaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Seigas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Abril de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hne.—Las vísperas sicilianas, por D. Carlos Vazquez.—Política y literatura, por D. Enrique Gomez Ortiz.—La América latina, por D. Eusebio Asquerino.—Carta al General Roca, Presidente de la República Argentina, por D. César Valcárcel.—Beato Angélico y Miguel Angel, por D. Tristan Medina.—La Revelación, por D. Luciano Carvallo.—Mi álbum, por D. Héctor Florencio Varela.—Pensamientos, por D. Alfredo de la Escosura.—El Teatro de Zola, por D. Adolfo Posada.—Revista americana, por D. P. Ruiz Albistur.—La Huerta del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Malos dias para el Gobierno, los que acaban de trascurrir.

Terminábamos nuestra última revista ante el espectáculo de un debate vergonzoso en el Parlamento, y en la perspectiva de que, muerto como estaba el ministro de Gracia y Justicia en la conciencia pública, muriese tambien para los consejos de la corona, y arriesgáramos una pregunta:—Si este soldado muere, ¿podrá el baile continuar?

Ridícula hubiera sido en otra situación más fuerte y bien sentada que la que hoy nos rige, esta duda nuestra, no siendo el Sr. Alonso Martínez uno de esos sillares de tal importancia que su desviación pueda poner en peligro la seguridad del edificio; pero en las circunstancias por que pasa la política fusionista y dados los elementos que la forman, las causas que la combaten, el vicio de su origen, lo anómalo de su constitución, el dualismo que lleva á las esferas del poder, las diversas tendencias que la dividen, la multitud de iglesias que continuamente se separan de la principal negándole obediencia y tremolando la bandera del cisma; dadas tambien la falta de fisonomía propia que la caracteriza, la ausencia de principios afines en que apoyarse, siendo como es una transición de la corona entre las desconfianzas de ayer y la confianza de mañana; dados todos estos elementos, repetimos, nuestra duda era fundada, nuestra pregunta tenia razon de sér.

Porque el señor ministro de Gracia y Justicia no es sólo el Sr. Alonso Martínez, hombre importante, si, por su valer y sus merecimientos, pero nunca tanto que la falta de sus consejos sea bastante á exigir un total cambio de política; el señor ministro de Gracia y Justicia es algo más que eso, porque es el centralismo, y el centralismo es el Sr. Martínez Campos, y el Sr. Martínez Campos es para el Sr. Sagasta una especie de cédula de vecindad, requisito sin el cual no puede acreditar su

personalidad civil ni hacer pagos ni contrataciones de ningún género; prenda que le exigió y conserva en depósito la corona, creyendo tener segura con esta prenda la responsabilidad de los constitucionales y poderles obligar al pago en el caso, no sorprendente ni imprevisto, de insolvencia.

De aquí que ante la gravedad de las circunstancias, el señor presidente del Consejo de Ministros hiciera uso de la influencia que tiene sobre esa mayoría, inquieta y revoltosa si se deja llevar de sus propias inspiraciones, dócil y sumisa, sin embargo, cuando el maestro deja asomar por bajo de su leviton el duro cuero de sus disciplinas. Iba á discutirse la proposición de las minorías—que sólo los Sres. Castelar y Moret se negaron á firmar por escrúpulos incomprensibles—y en la cual se daba por muerto al ministro que había osado, en un arranque de oratoria, mermar las atribuciones de la Cámara, y era preciso que los diputados ministeriales se extendiesen patente de sordera, sordera de los oídos, ó sordera de la inteligencia, aunque realmente, sordera de la voluntad, votando unánimes la de no ha lugar á deliberar, presentada por el Sr. Gullon, eterno pretendiente á todas las carteras amenazadas de vacante. Por su parte, el Sr. Alonso Martínez torturó su cerebro, torturó tambien algo su amor propio, y entonó el yo peccador ante la Cámara, que le oía en silencio, y las tribunas, que le miraban con estupor. Por fin resultó que una falsa interpretación gramatical de las palabras de S. S., tenían la culpa de todo. El no había querido decir lo que había dicho.

Y poco á poco iba trabajosamente el Sr. Alonso Martínez desdiciéndose en su lucha por la cartera, como diría un partidario de las ideas darwinianas. Al llegar á una de sus rectificaciones dijo, cerrando con el Sr. Cánovas, que había habla lo antes que él para apoyar la proposición de las minorías, y refiriéndose á su malhadado discurso, que tantos malos ratos le causó:

—En aquella oración había un gerundio...—
 Y al oírle, su ilustre contrincante dejó escapar una carcajada homérica, una de esas carcajadas amplias, sonoras, que de tal manera suenan en los oídos del que las provoca, que siente como si látigos de fuego hirieran su rostro y abrasasen sus mejillas.

La sesión de ese día se ha llamado la sesión de la carcajada por ese movimiento nervioso que el Sr. Cánovas no fué dueño de contener.

¿Era el Sr. Cánovas ó era el país quien se reía?

No es sólo el ministro de Gracia y Justicia quien se ha visto en peligro de servir de pasto á la voracidad de la opinión; tambien el Sr. Camacho ha llegado á sentir de cerca el aliento de la fiera que extendía sus brazos hácia él para deshacerle en ellos. Siguió el debate su curso, y despues del Sr. Silvela habló tambien el Sr. Canalejas, llevando á los proyectos del ministro de Hacienda la nota de oposición de la minoría democrática. Y en corrillos y reuniones políticas volvióse á hablar de crisis parcial y de modificaciones ministeriales, y tornaron á alimentar nuevas esperanzas los descontentos de dias anteriores.

Pero estaba escrito que el Ministerio no había de modificarse, á lo ménos por ahora, y cuando ya ni los amigos del Gobierno se atrevían á poner en duda la posibilidad de la salida de Camacho, un acontecimiento grave, de trascendencia suma, de importancia excepcional, que reclamaba la union entre todos los elementos que le habían de combatir, estrechó de nuevo las filas algo abiertas, reanimó los esfuerzos un tanto débiles de la mayoría, y aseguró con fuertes lazos á su sillón al señor ministro de Hacienda.

Este acontecimiento fué la agitación de Barcelona.

Ya hacia algunos dias que la atención pública miraba con inquietud hácia ese lado de la Península. Sordos rumores, de esos que preceden á las perturbaciones del orden, y que son formados por el eco de todos los descontentos, de todas las voces sediciosas murmuradas en voz baja, de todas las aspiraciones rebeldes, nacidas y alimentadas en la sombra, sonaban por todas partes, semejantes á las sordas palpitaciones del volcan, que precediendo breve tiempo á su erupción, anuncian á los pueblos cercanos la llegada ineludible del peligro.

Hacia dias que las gentes se preguntaban unas á otras si ocurría algo en Cataluña; teníase el presentimiento de que algo grave iba á suceder allí, porque hasta Madrid llegaba el fulgor de los relámpagos, choque de aquella atmósfera cargada, nuncio siempre de próxima tempestad. El Gobierno fué interpelado en las Cortes. ¿Qué ocurría en Barcelona? Sabíase que el gobernador había prohibido un meeting de obreros é industriales, que había disuelto algunas reuniones de estos, dictando auto de prisión contra sus instigadores; que había reunido en su despacho á varios representantes de la prensa para dirigirles advertencias gubernativas, de esas que tienen su argumento más

decisivo en la fuerza de las circunstancias... Nada más se sabía; pero esto era bastante para mantener los ánimos en alarma.

El conflicto, al fin, estalló.

Creyéndose lastimados en sus intereses por el restablecimiento de la base quinta de Figuerola, que el tratado de comercio con Francia, próximo á ser ratificado por las Cortes, pone nuevamente en vigor, los proteccionistas catalanes decidieron protestar contra esa decision del Gobierno levantando la bandera rebelde de una manifestacion de resistencia. En un mismo dia aparecieron cerradas todas las tiendas de Barcelona; grupos numerosísimos de obreros empezaron á recorrer las calles en tumulto, dando voces subversivas, obligando á cerrar sus fábricas á los industriales que no se atrevían á declararse en lucha abierta; tratando de impedir la circulacion de trenes por las líneas de Sarriá y Zaragoza, donde fué preciso enviar fuerzas del ejército para que el servicio no sufriera interrupcion, y resistiéndose á las intimaciones de las autoridades, que enérgicas desde un principio, les hicieron ver que al colocarse fuera de la ley pondrían al Gobierno en el duro caso de tener que apelar al castigo para volverles al sentimiento de sus deberes.

Todo fué inútil, sin embargo; aunque el movimiento no ha sido, ni con mucho, general, contra lo que pensaban los promovedores de la huelga, que no merece otro nombre la actitud de Barcelona en las actuales circunstancias, los pueblos del llano no han tomado parte en él, y solo en algunas poblaciones como Lérida y Tarragona se han cerrado las tiendas, pero sin que ningun hecho posterior haya motivado medida alguna de fuerza por parte de la autoridad.

Pero en vista de que las excitaciones de ésta eran desatendidas, que los grupos de obreros engrosaban y ejercían verdadera coaccion sobre las pocas fábricas que no interrumpían sus trabajos; en vista tambien de que los fieltos del impuesto de consumo se vieron atacados por las turbas que dispersaron á los guardas, lo cual ocasionó la introduccion de grandes cantidades de géneros que aprovechaban el tumulto para defraudar á la Hacienda, el gobernador civil de Barcelona, Sr. Diaz Moreu, resignó el mando en el capitán general de Cataluña, y la ciudad fué declarada en estado de guerra. Tres cañonazos, disparados desde Monjuich, anunciaron á los revoltosos que las garantías constitucionales quedaban en suspenso, que el Consejo de guerra permanente se constituía, y que el Gobierno estaba dispuesto á dejar caer todo el peso de la ley sobre los que se atreviesen á perturbar el orden público.

Grave es siempre esta medida que pone á un pueblo fuera de las leyes generales del país, que priva á unos cuantos de derechos sagrados que al resto de la nacion se conceden, terrible entredicho de que tanto se ha abusado en España en otros tiempos. Pero es tan injustificada la conducta de los catalanes, tanto indigna la vergonzosa presion que sobre el Gobierno y sobre las Cortes pretenden ejercer, hay tanto egoismo en esa actitud rebelde, completamente injustificada, exalta tanto el espectáculo de una ciudad que intenta posponer á su particular interés los intereses de las otras provincias sus hermanas, que el sentimiento del país fué unánime: ante la terrible cuestion de orden público que amenazaba al Ministerio, del mismo modo que las demás cuestiones perdieron su importancia, así tambien no hubo en todos más que el deseo de fortalecer al Gabinete en la tarea de sostener su autoridad amenazada. Los periódicos de todos matices tuvieron frases de reprobacion para los rebeldes; el Círculo de la Union Mercantil se apresuró á protestar enérgicamente contra esa imposicion revoltosa, que se atrevía á querer influir en las discusiones de la Cámara, y en la sesion del Senado del dia 4 se presentó un voto de confianza al Gobierno, firmado por senadores de distintas fracciones de la Cámara; voto al que unió su concurso la minoría conservadora, y que fué aprobado por unanimidad. Al dia siguiente, el Congreso quería seguir esta misma conducta de la alta Cámara. Pero preocupado el Gabinete con el compromiso en que este acto del Congreso ponía á algunos diputados ministeriales, y repugnando todo lo que pudiese marcar tendencias definitivas en parte de la mayoría, consiguió de sus amigos que no lo presentasen en la sesion del dia 5 en que se había anunciado. Y se decidió que siguiera ordenadamente su curso el exámen del tratado franco-hispano, sin dilaciones que pareciesen inspiradas por el miedo ni apresuramientos que pudiesen ser achacados á la cólera.

Y es que la agitacion de Barcelona no reconoce por causa la negativa de los industriales á aceptar las tarifas del Sr. Camacho, sino la aprobacion del tratado con Francia, por el cual se creen perjudicadas las provincias catalanas. Abiertas están para todas las reclamaciones las vías legales, que ni el Gobierno ni las Cortes les podrán cerrar; voces, y voces autorizadas, tiene en ellas el proteccionismo para exponer sus argumentos y razonar sus protestas: pero no basta esto; es preciso alborotar, imponerse. Y ante esta amenaza, ante esta oposicion ilógica, ante esta actitud ilegal, hace falta presentarse enérgico desde el principio. Que de algo ha de servir la experiencia, y aquí, donde en cincuenta años hemos tenido dos guerras cruces que han ensangrentado el suelo de la patria, paralizado su comercio, esterilizado algun tiempo las

fuerzas vivas de su industria, por el deseo inconcebible de cuatro provincias que querian imponer á las demás un rey imposible y una política absurda, es necesario que tan vergonzoso ejemplo no cunda, que tan triste espectáculo no se repita, que tan peligrosa doctrina no se propague y no vengan otras cuatro provincias á imponer al resto de España sus exigencias proteccionistas.

En este concepto, la minoría democrática, la minoría posibilista, la minoría conservadora, han prestado apoyo al Ministerio del Sr. Sagasta, comprendiendo, como comprenden, que se debe robustecer el principio de autoridad, y que las Cámaras, representacion del país, deben presentarse unidas y compactas á combatir ese irritante privilegio que Cataluña quiere para sí.

Las últimas noticias que respecto á la agitacion obrera transmiten las autoridades, son en extremo tranquilizadoras. Las tiendas han vuelto á abrirse en Lérida, Tarragona y Oviedo, donde tambien estuvieron cerradas todo un dia. Hasta en la misma Barcelona es menor la turbacion producida por tan deplorables acontecimientos, y aunque las tiendas siguen sin abrir y las fábricas sin trabajar, la poblacion está tranquila y el número de obreros que recorren las calles ha decrecido considerablemente.

Estos parece que van comprendiendo que, en último caso, ellos serán los más perjudicados por las consecuencias de la huelga, y el otro dia la *Revista social*, órgano de los obreros internacionistas, publicaba un telegrama, en quecuarenta y tres delegados de asociaciones obreras de Barcelona, San Martin de Provensals, Hostalfranchs y Valcarca, que nada esperan, ni piden, ni quieren obtener del Estado, con motivo de los tristes acontecimientos que han tenido lugar en Cataluña, protestan contra el paro general ideado y realizado por los burgueses en Cataluña, y contra las gestiones que se hacen en Madrid en pró del establecimiento de jurados mixtos y demás peticiones hechas, útiles tan sólo para adormir las justas aspiraciones del proletariado.

Las fiestas de estos dias, en que el mundo cristiano conmemora la muerte del Fundador de su doctrina, han abierto un paréntesis en la lucha política, pero este paréntesis será corto. Las Cámaras, cerradas desde el miércoles, volverán á reanudar sus tareas el próximo lunes, y el dictamen de la comision sobre el tratado de comercio, pretexto de tan lamentables sucesos, será el primer asunto que se ponga á discusion. Todo hace creer que muy pronto veremos el fin que tiene la algarada proteccionista. Por ahora buen signo es que el país no se haya dejado alucinar y haya comprendido desde el primer momento el alcance que tenían las tumultuosas reclamaciones de las provincias catalanas.

En medio de estas sombras, un rayo de luz pura ha disipado breves instantes las nieblas que por todas parte se estendian: el centenario de Murillo.

El dia 3 del corriente cumplieron doscientos años desde el triste dia en que el insigne pintor sevillano exhaló el último aliento de resultados de la caída que dió en Cádiz con ocasion de estar pintando un cuadro, *El matrimonio de Santa Catalina*, en el altar mayor de la iglesia que en aquella ciudad tenían los capuchinos.

La historia de Murillo es luminosa como sus *Concepciones*. Corre al principio trabajosa y oscura como arroyo que nace en la cumbre de la montaña y rueda entre malezas entretejidas por un terreno abrupto é ingrato; pero pronto, rotos los obstáculos que á su paso se oponen, se desliza tranquilo y limpio, rizado por un aura plácida y reflejando en su seno los ardientes rayos del sol. Cuando vino á Madrid ansiando honores y fortuna, encontró en la corte á Velazquez; el génio influyente del realismo pictórico tendió su mano protectora al génio idealista, no conocido todavía, le hizo pasar al Escorial, donde estudió á Rubens, á Van-Dick y al Ticiano con el afán del que quiere llegar y siente algo que le impulsa hácia el fin de sus aspiraciones y deseos, y trascurridos tres años regresó Murillo á su patria llevando la mente llena de inspiraciones celestiales. Pronto vino á buscarle la fortuna, que no le abandonó hasta su muerte. A los sesenta y un años murió rodeado del respeto público, despues de dejar en más de 400 cuadros pruebas irrecusables de su talento sin medida y monumento imperecedero que una tras otra veneran las generaciones.

No ha sido el centenario de Murillo como lo fué el de Calderon, explosion magnífica del sentimiento general de España, á que prestaron su concurso las clases todas del país: una funcion de iglesia celebrada en San Isidro, á la cual asistió cuanto de notable en artes y letras encierra esta capital; una procesion cívica á la plaza que lleva el nombre del pintor famoso, al pié de cuya estatua fué depositado un gran número de coronas, y en cuyo acto pronunció el Sr. D. Federico Madrazo un elocuente discurso en honor del génio cuyo centenario se celebraba; una velada en el Conservatorio; hé aquí lo que ha hecho Madrid en gloria del ilustre sevillano. ¿En qué consiste que no haya festejado á uno de los reyes de la pintura como festejó no hace todavía un año á uno de los reyes de la dramática española? ¿Débese á la precipitacion con que se acordó celebrar este segun-

do centenario, ó á la agitacion producida por los sucesos de Cataluña?

Quizá fuese más acertado á nuestro juicio, buscar la razon de estas diferencias en la proximidad de las dos fechas. El esfuerzo que una de estas fiestas nacionales reclama, es demasiado grande para no exigir algun tiempo de reposo.

El extranjero nos niega materiales para esta crónica. Desde nuestra última revista, ningun suceso ha ocurrido en Europa que merezca fijar la atencion de nuestros lectores. Aprobada en Francia la enseñanza exclusivamente láica en las escuelas oficiales, prepáranse los obispos á hacer gran oposicion á esta decision de la Cámara, como si tuvieran tan poca fé en sí mismos que creyeran imprescindible la ayuda de los maestros para inculcar á los niños la idea de Dios y los dogmas del catolicismo.

Poco podrán, no obstante, sus esfuerzos por detener la marcha progresiva de la sociedad. Ensenése la religion en las iglesias, y que los padres no católicos puedan llevar sus hijos á las escuelas sin temor á que adquieran en ellas, al propio tiempo que la instruccion que necesitan, ideas contrarias á sus sentimientos y opuestas á sus convicciones. Segun últimas noticias, las Cámaras francesas han aprobado el tratado franco-español, el cual ha sido objeto de vivos ataques por parte de los conservadores que lo creen favorable en extremo á nuestra patria.

Y en esta creencia de los conservadores franceses estriba precisamente el origen de la algarada que levantan los proteccionistas catalanes.

HUE.

LAS VÍSPERAS SICILIANAS.

Segun las últimas noticias recibidas de Italia se ha celebrado en Palermo el Centenario de las *Visperas sicilianas* sin que haya habido desorden alguno que lamentar ni tampoco haya revestido esta fiesta popular el carácter de manifestacion contra los franceses, que parecia querer dársele por algunos. Habíanse anunciado disturbios por la llegada de Garibaldi á causa de la situacion trante en que la cuestion de Túnez mantiene á franceses é italianos, pero el buen sentido de éstos ha desmentido los interesados rumores hechos correr, no se sabe con qué fin, por los periódicos de Europa. M. Crispi, diputado por Palermo, lo ha dicho bien expresamente y de modo que sus palabras no se presten á torcidas interpretaciones, en el discurso que pronunció el dia de la fiesta delante de la iglesia del Espíritu-Santo, donde dió principio la matanza el dia 30 de Marzo de 1282: «La conmemoracion del Centenario, dijo, no se dirige contra nacion alguna. Significa solamente que sabemos sostener nuestros derechos contra cualquiera que los ataque. La fórmula moderna es: «Cada pueblo en su casa. Al derecho de conquista »ha reemplazado el derecho de las nacionalidades.» Los aplausos con que fueron acogidas estas palabras probaron que eran fiel traduccion del sentimiento general.

Por su parte M. Perez, senador, pronunció un discurso exponiendo las mismas ideas, y que acababa así: «Se calumnia á Palermo, viendo ó fingiendo ver en la celebracion de este aniversario, un pueril y cobarde desbordamiento de bilis contra un pueblo amigo, y una demostracion hostil »contra la conducta de su Gobierno para con nosotros. Esta fiesta significa sencillamente que queremos que se respete nuestra independencia como nosotros respetamos la independencia de los demás.»

Y lejos de haber en la manifestacion frase alguna de odio contra Francia, los manifestantes han tenido, por el contrario, para este país palabras de simpatía: «Debemos á la revolucion francesa el haber experimentado de nuevo la necesidad de la libertad. Entonces surgió en Italia la idea de un reino nacional.»

En la fachada de la iglesia que antes hemos citado, delante de la cual empezaron los asesinatos de los franceses, habíase decidido colocar una lápida conmemorativa del hecho que se celebraba; pero á última hora el arzobispo se opuso á su colocacion en aquel punto, por la alusion que en ella se hacia á la proteccion dispensada por el Papado al tirano Carlos de Anjou. En vista de esta oposicion se colocó la lápida en la fachada de una casa próxima.

Y en verdad, que esta oposicion del arzobispo es fundada, aunque parezca inoportuna. A ser posible que el Pontificado pudiese borrar de sus anales la historia de la pernicioso influencia que ejerció en tan mal hora en los destinos de Sicilia, todo sacrificio debía parecerle poco para lograr este fin.

Porque aún está vivo en la memoria de todos el recuerdo de aquel atentado á los derechos de un pueblo; de aquella proteccion tan injustamente otorgada al extranjero para que fuese á tiranizar esas dos hermosas porciones de Italia, que se llaman Nápoles y Sicilia; de aquella excomunion, pesando sobre el Emperador Federico II y sus descendientes; de aquel entredicho, poniendo en tortura las conciencias de los sicilianos, y mantenido por los Papas que se sucedían, como si la arbitrariedad y la injusticia fueran dogmas de fé para los sucesores de San Pedro. Conrado, an-

tes, como hijo legítimo del emperador Federico; Manfredo, después, como hijo bastardo de éste mismo monarca á nombre de su sobrino Conradino, primero, y en el suyo después, se sientan en el trono de Sicilia y pretenden luchar con el fantasma del Papado. ¡Inútil guerra! ¡Esfuerzos vanos! Era la lucha del pigmeo contra el gigante. Carlos de Anjou, autorizado por una bula del Pontífice Clemente IV, quiere apoderarse de Sicilia y lo consigue, siendo coronado en 1266, á consecuencia de la muerte de Manfredo, ocurrida en la batalla de Benavento.

La pluma se resiste á describir los horrores de que, desde entonces, fué teatro Sicilia. La historia de este período está escrita con sangre en la memoria de los sicilianos. Todo lo que un pueblo puede sufrir en exacciones de todas clases, en abusos de todo género; la fuerza como único derecho, la tiranía como única ley, el despotismo más desenfrenado como único poder inquebrantable; la humillación del vencido; el asesinato de los jóvenes, el atropello de los niños y ancianos; tormentos, suplicios, cuanto ha inventado la barbarie del más fuerte en las noches sombrías de la ignorancia. Y este cúmulo de horrores tenía la protección del Vicario de Jesucristo; la sanción de los Pontífices!... ¡de aquellos Pontífices que excomulgaban á Federico, á Conrado, á Manfredo, y ponían su reino en entredicho!...

Entonces fué cuando el pueblo volvió los ojos á Conradino, aquel niño que á la sazón tenía quince años y que vivía en Baviera con su madre, último descendiente directo de Federico. Cuando el malestar es general en un país, cuando el deseo de sacudir un yugo odioso está en todas las conciencias y anima todos los corazones y preside todos los pensamientos, parece como que flotan en el aire vapores de insurrección. Estos vapores se condensan pronto; una voz basta á veces para convertirlos en apretada masa que gravite sobre el tirano y amenace su trono. Pronto también estalló la rebelión de que era principal instigador un varón castellano, el infante D. Enrique, hermano de Don Alfonso, el sabio rey de las Partidas. Pero hay momentos de turbación en que el incrédulo puede confundir al creyente preguntándole el porqué de muchos hechos inexplicables en la historia y en la vida; la razón de muchas sinrazones que á cada paso nos sorprenden. La causa del bien fué nuevamente vencida; la iniquidad siguió triunfante y vencedora.

La batalla de Tagliacozzo dió la victoria á los franceses, y poco después el joven Conradino tuvo que dar su cabeza al verdugo para el pago de la terrible deuda que había contraído con el tirano de su patria.

Otra vez se reanudó el hilo un instante interrumpido de torpezas y maldades; otra vez los campos de Sicilia recibieron riego de sangre; otra vez los leales, los buenos, se vieron sometidos al yugo insostenible del francés. Algunos nobles sicilianos proseguían en la sombra cuidando, como las vestales paganas, que no se apagase el fuego santo de la insurrección, y uno de ellos, Juan de Prócida, andaba en tratos con Don Pedro de Aragón, incitándole á que se decidiese á vengar la muerte de Conradino, primo de su mujer doña Constanza. El pueblo en tanto proseguía gimiendo bajo el yugo.

Grande es la resistencia de un pueblo; mucho lo que puede sufrir, pero el vaso lleno se desborda fácilmente. Era el día 30 de Marzo de 1282. Los habitantes de Palermo acudían á la iglesia del Espíritu-Santo para asistir á las Vísperas del día (era lunes de Pascua). Un soldado francés, cuyo nombre ha conservado la triste historia de aquel día, Drouet, á quien cautivó la vista de una hermosa joven que iba á entrar en la iglesia, con ademán decidido se aproximó á ella osando estrecharla en sus brazos.

Ofensas mayores había tolerado el pueblo, pero era tan repugnante aquella en un grito salió de todas las bocas. Los que se hallaban en la plaza se arrojaron sobre los franceses que en ella había y los degollaron, empezando por Drouet. «Mueran los franceses!» gritó el primero que esgrimió un hierro en sus manos. y «mueran los franceses» repitieron los demás. En un momento, tal como se propaga un incendio al que todo favorece, no se oía otra voz de un cabo á otro de la ciudad, y en el silencio de la noche mezclábase este grito de la rabia por tanto tiempo contenida con el clamor de las campanas que desde la torre de la iglesia del Espíritu-Santo seguían tocando á Vísperas, y con los ayes ahogados de los que en un instante pagaban con su vida largos años de opresora dominación.

Tal fué la matanza conocida en la historia con el nombre de las *Vísperas sicilianas*, y cuyo sexto centenario acababa de conmemorar Palermo. Dolerosos son siempre los extravíos de un pueblo que se rebela, y en su cólera confunde inocentes y culpables, no distingue de sexos, no establece diferencia de edades, pero la responsabilidad de los excesos que cometa, no es suya. La sangre que vierte en un instante de arrebatado debe caer sobre la cabeza del que en tal caso le ha puesto derramando la suya con el rostro inalterable y el ánimo perfectamente tranquilo.

Viejo es el símil, pero siempre es oportuno: no se culpe al torrente desbordado de las desgracias que cause, de los campos que inunde, de las cosechas que destruya; culpese más bien á la mano imprudente que, impulsada por un sentimiento cualquiera, rompió la valla que le contenía.

La isla toda repitió el eco de aquel grito: «¡mueran los franceses!» exhalado en la plaza de Palermo. No había trascurrido un mes, y ya no quedaba un extranjero en toda la isla; 28.000 cadáveres franceses atestiguaban la venganza de los sicilianos. Carlos de Anjou, al saber lo ocurrido, organizó un numeroso ejército desde Nápoles, donde se hallaba, y á su cabeza se dirigió contra Mesina, rechazando desdeñosamente las proposiciones de paz que ésta le hizo y las condiciones que la ciudad rebelde puso á su rendición. Entonces los mesineses, y á la vez los palmertinos, llamaron en su auxilio á D. Pedro de Aragón, que ya estaba preparado de antemano para acudir en su auxilio, y no obstante la oposición del Pontífice, el monarca aragonés se hizo á la vela para Sicilia.

No es nuestro ánimo entrar en los detalles de esta guerra en que tantas proezas llevaron á cabo los soldados del de Aragón, y solamente hemos querido consagrar un recuerdo al hecho últimamente conmemorado en Palermo. Véase por las líneas que preceden, cómo está plenamente justificada la oposición del Arzobispo á que la lápida conmemorativa se colocase en la fachada de la iglesia del Espíritu-Santo, por sus alusiones al Papado. Pero, ¿qué importa que no estén allí esas alusiones, si no pueden borrarse de las páginas de la historia ni de la mente de los pueblos?

CARLOS VÁZQUEZ.

POLÍTICA Y LITERATURA.

Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario primero de la sección de Literatura y Bellas Artes.

Es triste reconocerlo; hay en la vida terrestre y mundana injusticias de las que sólo el tiempo ó la naturaleza son responsables: el hijo ingrato y pródigo que hereda de su padre el intachable nombre para infamarlo; su trabajosa fortuna para dilapidarla; su honradez limpia para arrastrarla por el lodo; la audacia que vive á costa de la modestia, deslumbrando al valor con el oropel de sus temeridades; la protección ciega que favorece la incapacidad por una néquia simpatía; la impotencia viendo del talento; el plágio de la originalidad; el despotismo, atando á su carroza, como el vencedor, al hombre libre para hacerle esclavo; la reacción, en fin, aprovechando mañosamente las experiencias y lecciones de las tempestades políticas de los pueblos, ¿no son ejemplos de aquella injusticia irremediable?

La dulce tiranía de Augusto, á cuyo imperio el siglo de oro de la literatura latina dió sus mejores frutos, recogió la herencia de Roma republicana. Los géneos de Cicerón y Virgilio se formaron en medio de las sangrientas luchas por la libertad. Los mejores, más profundas muestras de vigor en el pensamiento, debieronlas Horacio y Ovidio aparte de sus adulaciones, al período de filosofía romana, al epicureísmo que adoptaron en sus poesías. Además de éstas, otras circunstancias concurren á favorecer, independientemente de Augusto, á las letras. Una: que en los primeros años de su imperio, las costumbres y hábitos republicanos se prolongaron. Otra: que la obediencia no se convirtió en fanatismo hasta llegar á erigirse en sistema como los aduladores fanáticos de Luis XIV.

La influencia de Augusto fué independiente de la brillantez literaria de su tiempo. Muy lejos de ser aquella beneficiosa; envileció los espíritus hasta degradarlos, enervó todas las fuerzas y precipitó, después de su primera protección, las letras en el período que llega hasta los Antoninos, de abatimiento y depravación.

Y sin embargo, son muy contados los literatos é historiadores que no confunden el Imperio de Augusto con el florecimiento de las letras latinas.

La confusión parece disculpable. Al dirigir al cielo nuestros ojos, en las noches serenas del estío, y ver las rutilantes chispas que siembran su negro manto, creemos ignorantemente que nuestra vista percibe las estrellas como son en el instante en que á ellas miramos, sin saber que, aún siendo casi incalculable la velocidad de la luz, ésta tarda en herir la retina finísima de nuestros ojos. Y este fenómeno, que como en la luz, se verifica en el sonido, de tal manera, que no es, en el instante de producido cuando llega á nosotros, sino más tarde, tiene también sus espejismos en la historia de la literatura.

La causa y el efecto no son simultáneos. La literatura que florece en la restauración francesa no es la literatura de Luis XVIII. Su savia está más lejos: su tiempo está en el 89.

Si así no fuera, el romanticismo francés dejaría de ser revolucionario; de haber provocado la revolución de Julio lo cual he probado en otras páginas.

Hubiera sido admirador de la tradición, respetuoso, obediente y sumiso, y fué todo lo contrario.

Cuando una nueva edad se abre á la historia ó un acontecimiento trascendental se produce en el orden social, su primera manifestación absorbe y paraliza el progreso de todos los demás. Por esto, en el instante de aparecer una revolución, escepto las musas desmelenadas que truecan por la lira la espada flamígera, todas las artes esconden sus encantos y atractivos, entregándose á una meditación fecunda, en tanto que la agitada sociedad reclama el concurso de los reformadores políticos.

Sucede la calma bochornosa al mar embrave-

cido; llega la reacción... y entonces, renacen las letras, estimuladas, no por los beneficios que les presta el nuevo estado de la política, sino porque la exagerada regularidad de ésta deja de producir aquellas perniciosas absorciones.

De esta suerte, las restauraciones políticas llegan, no siendo absolutamente retroactivas, á convertirse en condensadores de la revolución, en tanto que aprovechan ajenos elementos de progreso. Y las letras, que huyeron de la sangre, y se guarecen, como de la profanación, las púdicas doncellas; que anhelan la paz y la quietud para mostrarse al día, comparecen mejor, porque las fuerzas del Estado no convergen en solo un punto.

Pero han recogido ya todos los gérmenes preciosos, dispersos y confundidos entre los clamores de la guerra, el ruido atronador de las armas y los lamentos de los moribundos, y por esto nuestra literatura contemporánea es hija del 68, no del 74; vive entre nosotros, descendiendo de aquella fecha inolvidable, fecundada con los afanes que trajo aquel sublime trastorno en todas las almas, con el mismo carácter revolucionario y demócrata que aquella la imprimió.

Las mejores páginas de nuestra literatura, el creciente impulso de la poesía, la aurora que hace resplandecer en su nueva cuna á la novela de costumbres: el estímulo literario, la vocación decisiva hacia las letras que hoy aparece, son debidas á la influencia de la revolución.

No pueden, nuestros actuales hombres de Estado grabar en el escudo de la restauración las figuras y emblemas del arte; Racine quiso hacerlo también hablando de Corneille y Luis XIV, cuando dijo, «la Francia recordará con placer que en el reinado del más grande de los reyes ha florecido el más grande de los poetas», dando armas á la crítica para pulverizar tan inexacta frase. Porque, en efecto, la Francia no se acuerda de semejante verdad; lo que recuerda es que Racine lo dijo en un arranque de adulación cortesana.

Lejos de esto, como ya hemos dicho, las influencias perniciosas en literatura en los tiempos del despotismo como en los períodos reaccionarios, se deben al déspota ó á la reacción.

Después, que hizo el juicio exacto del *gran siglo*, señalando con inflexible criterio los puntos en que los literatos que rodeaban á Luis XIV se resentían de las *influencias reales*, haría seguramente en nuestra patria el estudio acabado y completo de las consecuencias lamentables que la literatura sufre entre nosotros.

Diría, en efecto, que así como en el teatro de Racine se observa que los caracteres de sus personajes masculinos se hallan siempre pintados sin el vigor y energía que sus almas debieran demostrar, defecto explicable por el miedo del autor á desagradar al augusto Mecenas, así entre nosotros se distingue en ciertas manifestaciones literarias, algo que sobre ellas pesa como losa de plomo; cierta intranquilidad en la elección de los asuntos, como si la imaginación que mueve la pluma viera entre las líneas que escribe la sombra pavorosa del esbirro sorprendiéndole en su tarea silenciosa. Diría, que así como en aquel tiempo todos los retratos de hombres se parecen en sus rostros sonrientes, en sus trajes de atildada elegancia, obedeciendo al patron de la cortesanía femenil de los salones, así entre nosotros se percibe cierta fisonomía común que regulariza el desenlace en las obras dramáticas, sometiéndolas al molde estrecho, inofensivo y apacible de una plática religiosa; cierta rutina que ha enseñado á nuestros *públicos* á encolerizarse á tiempo, cuando el autor expone con la libertad del arte sus pensamientos ó cuando lleva á la escena con los colores del realismo aquello que vemos en la vida, acaso dentro de nuestro propio hogar. Diría que el oscuro ceño con que Luis el Grande mostraba su odio de Júpiter contra las audacias de Fenelon y los atrevimientos del austero Bossuet, es una señal idéntica á la que usa la suspicacia de nuestros conservadores cuando quieren ahuyentar con la antipatía á los que con sus libros ó enseñanzas pueden conducir la opinión por anchos y prósperos caminos de felicidad y ventura.

Pero no; debemos hacer justicia á las *influencias* que la política de nuestra patria ha causado en las letras. Hay que reconocerlo: han sido provechosas. ¡La literatura está protegida!

¿Queréis un ejemplo? No ha mucho, allá en las provincias del Norte, consagrado á la penosa vigilia del estudio incesante, vivía un joven de indisputable mérito, si no ignorado como esperanza positiva de las letras, desconocido como *genio* y *asombro nacional*. Bien pronto, á patria generosa, cuya imaginación agranda el tamaño de los colosos y disminuye el de los átomos, según la volubilidad que dá el cielo á nuestras impresiones, eco, sin duda, de rumores hábilmente propalados, abrió á lo fantástico y sobrenatural todos los ánimos y el nombre de aquel *niño sublime*, que á los diez años sabía de memoria á Balmes y repelía como un fonógrafo que hubiera sido el receptáculo acumulador de todas las ideas, palabras y obras de las generaciones pasadas y presentes, cuanto la humanidad bibliófila y omnisciente ha conocido; que comentaba á Horacio y *tuteaba* los clásicos griegos y latinos; el nombre de aquel joven, repito, fué pronunciado en las aulas, para estímulo de holgazanes, paseado en triunfo por las *sacristías literarias*, como modelo de cristiana educación y de saber milagroso é inverosímil; adorado entre los ultramontanos que cual restos vetustos aún

viven oponiendo sus débiles manos á la corriente del progreso; venerado por los eruditos como á un oráculo; causando el asombro de los anticuarios y arqueólogos de nuestra lengua cual si contemplaran alguna esfinge poblada de inscripciones misteriosas y llenando con la hiperbólica fama del constante elogio los ministerios, los círculos, los salones y las academias.

El ultramontanismo había olfateado á su héroe precoz, y le hacia navegar con viento favorable.

El *Cid* había ya ganado su primer batalla sin asistir á ella. Faltaba el laurel que le coronase y el altar que le solemnizara.

Bien pronto se logró: los años del héroe no permitían aun la sanción del éxito. Una ley le cerraba el paso... pues las Cortes le abrieron, dictando otra.

Y entonces el Domingo de Ramos se hizo en Madrid.

El Mesías entró en él con toda solemnidad y aparato.

.....
L' *enfant gate* recogió su premio.
Desde esta fecha ha sido muy conveniente *per-signarse* para lograr una cátedra.

.....
¡La literatura está protegida! Díganlo si no, los que habiendo logrado segundos y terceros lugares en los *ternas* han sido preferidos por la *suspicacia providencial* del señor ministro, á los primeros, para la investidura del sacerdocio de la enseñanza.

Aquellos, con la modestia de un saber inofensivo, maleable y dúctil como hoja de plomo, presentaban sus ideas y programas docentes, hincando las rodillas, con esa fisonomía especial del *recomendado*, con ese gesto de humildad estudiada que suele alegrar el ánimo de nuestros austeros jueces; estos, preparados con la incesante vigilia de la meditación, mostraban con la entereza del convencimiento, sus doctrinas arrancadas en el campo sin límites del libre pensamiento, creyendo que al discípulo no debe imponerse la ciencia reglamentada, llevándole por el sendero que trazó la rutina universitaria.

La elección ministerial entre los individuos y lugares de las *ternas* ha sido una invención diabólica. Por medio de ella la política reaccionaria tiene en la enseñanza una puerta de escape por la que entra y sale con disimulo y comodidad; es como un ventanillo que le permite ver sin ser visto, dar el santo y seña sin que la opinión escuche ni se aperceba; es como el instrumento que pone en la tierra tan sólo la semilla que debe brotar. De esta suerte es como han sido preferidos los *inofensivos*, á los liberales; los *prudentes* y *humildes* á los *soñadores*, y nuestras Universidades é Institutos han recibido en sus sillones toda la pléyade ultramontana. ¡Tot eno y Orovio saben á dónde hubiera llegado la invasión!...

.....
¡Quién niega la protección de las letras! Preguntadlo á aquellos sabios profesores, honra de la patria y víctimas de sus propias convicciones, que fueron lanzados del lado de sus discípulos, porque creyeron que la libertad de la ciencia debía ser la inspiración del maestro.

.....
¡Quién lo duda! La literatura está protegida. Por eso tiene há mucho un templo erigido á los hijos del arte. Allí están los sitios olímpicos, donde reposan muellemente, custodiando la pureza y vigor de nuestro idioma como vestales masculinas del Diccionario, y manteniendo la llama del esquisito gusto, los dioses de nuestra mitología literaria; allí reposa de la fatiga el escritor cansado; allí reclina su augusta cabeza, después de cien combates, el batallador rendido á los años y á la actividad; allí está la *derecha de Dios*, la *mano* en cuya dirección se colocan los justos, después que han sido pesadas sus almas en la balanza: allí se halla el *Paraiso*, aun cuando sobre la estrecha puerta de su entrada se halle tan sólo esta inscripción modestísima: Aquí se *fixa, limpia y dá esplendor*.

.....
¡Quién traspasa aquellos dinteles? Los protegidos de la literatura. Pero, ¿de cuál literatura?

He aquí el límite. Se necesita, por regla general, una cédula: una patente de respetuosidad, sensatez, prudencia, unida á algún mérito literario que suele ser en ciertos *ilustres* el de haber sufrido con calma un fracaso teatral el día antes de ser propuestos para la canonización; es preciso, á otros, que al penetrar en el *relicario*, dejen fuera, si han sido levantiscos, sus pecados, y purgen la pasada vida literaria con un discurso acerca del Bien, de la Belleza Divina, de la Moralidad, del Misticismo ó de la Inquisición, rasgando, como el esposo el día de su boda, las epístolas perfumadas con el recuerdo de aventuras amorosas que deben olvidarse; á muchos se les permiten las relaciones con las musas revolucionarias, siempre que en política sean un *poquito templados*; al menos número se le concede *algo más*, á trueque de llevar con paciencia los acuerdos de la mayoría, y las mortificaciones del ultramontanismo victorioso; pero las almas que entran en la *Gloria* sin tropiezo, aquellas que ven mejor el resplandeciente trono de la bondad divina y pueden contemplar sus delicias, y escuchar las músicas y trisagios sinfónicos de ángeles y serafines, arcángeles, trinos y dominaciones, son las que hermanan la defensa de lo eterno venerando con el estudio profundísimo de los distates y las bondades que llevan á término nuestros antepasados. Cuanto mejor *buzo* sea y más resista debajo de la historia el

literato es más excelente. Con mucha razón decía un hombre ilustre: «A los académicos, lo mejor que puede pedírseles es que sean completamente inútiles»

No es ese espíritu de *moda* literaria quién guía estas censuras á la institución académica, ni tampoco la parcialidad quien las inspira. Reconociendo que dentro de aquella viven personalidades de indiscutible mérito, que han dado á las letras páginas hermosas; admitiendo, si se quiere, el valor *relativo*, incluso el del señor Catalina, de cada uno de los 36 inmortales; lo que se afirma y lamenta es la elección perniciososa que hace la política en favor de ciertas opiniones, hasta el extremo de que la deficiencia del mérito literario se llena y completa con la templanza del crimen político.

Concedamos en hipótesis, que el señor Menéndez Pelayo tuviera cuatro veces más talento que memoria y estudio; supongamos doblada la edad que tenía cuando fué propuesto para la Academia Española; violentemos el argumento, figurándose nuestra imaginación por un instante brevísimo, que aquel joven, lejos de *brindar* por la Inquisición y la casa de Austria, convertido de *enfant gate* en *enfant terrible* de sus protectores, defendiera desde sus primeros pasos á Garibaldi, la democracia sin ser demagogo, y la libertad sin ser anarquista; concedamos, porque no es incompatible, que á su saber precóz, á su ilustración asombrosa y á sus cualidades de literato, uniera la creencia de que la felicidad de la patria no podía lograrse por el procedimiento de la Unión Católica... ¿hubiera entrado en la Academia? No.

Supongamos que los señores Nuñez de Arce y Castelar, que son, aunque poco, los *más demócratas* de la Academia, hubieran, aquél desde sus primeras poesías y éste desde sus primeros discursos y escritos, defendido las doctrinas del señor Menéndez Pelayo: ¿serían académicos, mucho antes de la fecha en que lo empezaron á ser? Sí.

Hagamos socialista á don Gabino Tejado, y lejos de estar en el Olimpo, sus dioses, harían la señal de la cruz para que jamás tomará asiento entre ellos. Hagamos á Echegaray ultramontano, y desde sus primeras producciones dramáticas le tendríamos al lado de Tamayo.

Todo el que imparcialmente juzgue, comprenderá que señor Pidal no vá á la Academia Española por la corrección de sus escritos, ni por sus producciones literarias; entra en la *casa* porque es un orador excelente. Enhorabuena: los oradores, para que haya de todo un poco, como dice el vulgo, deben tener su asiento cerca de los prosistas, gramáticos, eruditos y poetas pero, ¿por qué el señor Pidal es preferido, por ejemplo, al señor Martos, que tiene más corrección y esmero en la frase, más precisión y lógica en la elocuencia: en una palabra, que es en todos conceptos mejor y más antiguo orador que aquél?

Es natural: porque se protege, la literatura, replican los optimistas.

Y en verdad que tienen razón: la literatura se protege, pero es la literatura de *lastre*; la documentada; la que refrenda el ministro y lleva el *visto bueno*; la que entra en las poblaciones pagando *derechos de consumo*.

Después de esto, ¿quién puede afirmar que las restauraciones y reacciones políticas son siempre beneficiosas á las letras? ¿Quién puede sostenerlo?

Satisfecha y adulada por sus favorecidos aquella política reaccionaria, creyendo sin discusión en el acierto con que los elige, y en el merecimiento con que los premia, olvida y abandona á sus propios destinos á los que huyen, antes que el amparo egoísta del ultramontanismo selle y documente sus estudios, confiando no más que en el fuego inextinguible del estímulo y la vocación, y en la constancia de sus trabajos.

.....
¿Que se ha hecho para que estos hijos consagrados á las letras, que no pueden aceptar el *pasaporte*, funden su estado en producir el arte? ¿Qué presente les dá la competencia de sus talentos, en el mercado de la inteligencia?

Mucho hemos avanzado, desde la última mitad de nuestro siglo, pero son hoy más generales y perniciosas las veleidades y caprichos de la opinión; todavía son mayores las *absorciones* de la política sobre la literatura, las inteligencias aun son devoradas por el revuelto piélagos de aquella que las hunde y engaña con la emoción de efímeras aventuras.

El carácter de inestabilidad, que es la naturaleza de nuestra política, muy conforme con el espíritu que forma y crea el espléndido sol de nuestra patria; el apasionamiento que sentimos por las quimeras y los extravíos sublimes; el ansia de popularidad, y sobre todo, lo accesible y fácil del camino que lleva esas borrascas halagüeñas, que teniendo por leyes lo imprevisto, la audacia y la temeridad, hacen héroes de los naufragos é ídolos de los adoradores, se apoderan á muy poca costa de las gentes, y se llevan detrás de sí toda la actividad de las almas, todo el vigor y solidez de los talentos, todo el impulso de las ilustraciones.

No poco contribuyen al arraigo de este mal funestísimo, las *desviaciones* que la opinión padece. Educada esta, sólo por las impresiones livianas; desvanecida fácilmente ante esos triunfos que duran instantes fugitivos, toma el oropel falso por el brillante y eleva altares á lo pequeño, dá fama al hombre oscuro, é inmortaliza muchas veces lo ridículo hasta elevarle estatuas y consagrarle víctimas en sacrificio.

Preguntad á esa opinión quién es Homero y quién Alejandro y tan solo os hablará de las batallas de éste. Preguntadla por Napoleón y Chateaubriand y no recordará más que el genio de aquél.

Hablada de éxitos literarios; decidla, hay un escritor que vela para sorprender los caracteres; que recoge con impropio trabajo vuestras costumbres, que estudia vuestras pasiones penetrando en el hogar con su observación, que muestra los vicios y la corrupción social, poniéndolos delante de vuestros propios hechos, que os estimula con el arte á la corrección y que al deleitaros provoca vuestro pensamiento... y volverá sus miradas á otros horizontes, aplaudiendo entre entusiastas victores, el último y más reciente discurso de cualquier ministro de la Gobernación.

Recordadla el nombre de un novelista contemporáneo, de un literato ó de un poeta, y os contestará el desden, acaso el desprecio de su ignorancia.

Así es esa *opinión* que repite con sus innumerables ecos el nombre de un *interruptor parlamentario* y celebra el triunfo de las habilidades y escamoteos de nuestra política.

El secreto que haya de remediar el mal no está muy escondido. Flota en la superficie, á la vista de todos los que quieran aprovecharle. La curación es lenta, como la de todas las enfermedades que han arraigado en nuestro organismo desde nuestro tiempo, pero segura y progresiva si á ella concurren todas las fuerzas sociales.

Las protecciones literarias, que las situaciones políticas dispensan, son siempre parciales y tienen como precio la sumisión y la obediencia del escritor; emancípense, pues, nuestras letras de ellas; deje el Gobierno su intervención y renuncie á los literatos documentados.

Y si no han de continuar las absorciones de la política sobre la literatura; si se quiere que las causas de aquellas desaparezcan; si los Gobiernos ambicionan el florecimiento de las letras pátrias, estudien, para que estas sean libres, todos los medios que puedan llevar á nuestras muchedumbres la mayor cultura; prodigue á raudales la instrucción, evitando la parcialidad de los maestros; extienda y disperse por todos los ámbitos la semilla fructífera de la enseñanza, que esta y no otra es la verdadera protección que las letras ansian, y en la que fundan sus esperanzas é ilusiones de prosperidad.

De esta suerte, terminarán las aberraciones de la opinión general; distinguirá el público á los géneos de los audaces sin los ofuscamientos de la ignorancia, y dará su admiración generosa, su culto espontáneo y sencillo á las producciones del arte que conmuevan y fortalezcan todos sus sentimientos.

Muy grande puede ser la empresa que el *períodico* de España se imponga en estos destinos. Su creciente propaganda, la autoridad que dá á sus breves líneas el favor público, convierten en triunfos todas sus campañas. Al servicio de la literatura, sus burlas y sátiras pueden despertar el dormido espíritu de la opinión; dulcificar con sus escitaciones la esquizofrenia desdenosa; destruir los ídolos, desvanecer los espejismos con que seduce y engaña la política, y detener á esas reputaciones en el camino de una injusta popularidad vertiginosa que hunde en el retraimiento la modestia de los escritores ó los lleva, como al hidalgo manchego su locura, á emprender peligrosas é inútiles campañas.

.....
Antes que demos término á nuestra tarea, será conveniente que el ligerísimo estudio emprendido se complete y acabe, deduciendo las consecuencias de su exposición histórica.

Por ella hemos visto, que la literatura y la política han seguido hermanadas, y casi confundidas, un mismo camino; que son mutuas sus relaciones y recíprocas sus influencias, y que los entusiasmos de aquella han impulsado los movimientos de ésta.

.....
Pero, ¿supone é implica la revolución en el órden literario, una revolución en el político y social? ¿Precede aquella á ésta, ó por el contrario, es la política quien antecede á la literaria? Hé aquí algunas de las preguntas y cuestiones que han intentado resolver los que de esta materia han tratado.

Lo que sí es indudable, por la evidente manifestación de los hechos, que el fondo y forma de las producciones literarias y el espíritu inconscientemente recogido en ellas, se han transformado al contacto con las renovaciones sociales. Eran estas siempre conceptos nuevos acerca de la naturaleza humana; desarrollan principios é ideas antes desconocidas; provocan entusiasmos é inspiraciones, que al ser por el arte sentidas, buscan para su expresión la forma más propia y adecuada.

Bajo este aspecto, bien puede afirmarse que las revoluciones literarias nuestras no traen las renovaciones políticas y sociales.

Antes, sin embargo, que éstas nazcan á la luz, la literatura las ha mantenido en su seno, porque suele en él esconderse el espíritu revolucionario, temeroso de escitar la suspicacia de los que á él se oponen. Así sucedió con el clasicismo francés, cuyo fondo abrigaba la revolución, al mismo tiempo que su forma era incompatible con la expresión de los afectos que aquella había de causar después de su victoria.

LA AMÉRICA LATINA.

Nos ha complacido en extremo la noble iniciativa que tomó Colombia en la que su Gobierno invitó á todos los de la América latina republicana á que enviásen sus representantes á Panamá con poderes suficientes para firmar no sólo con el Gobierno de Colombia, sino con los de las demás Repúblicas allí representadas, una convencion de paz semejante á la que fué ajustada entre Colombia y Chile.

La generosa circular del ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, fué contestada y aceptada por todas las Repúblicas hispano-americanas. Sólo el Paraguay se excusó de asistir por medio de sus plenipotenciarios al mencionado Congreso, por las circunstancias extraordinarias que atravesaba este país, animado, sin embargo, de las mejores disposiciones para celebrar una convencion semejante á la que fué ajustada en Bogotá con el de Chile, aceptando los principios altamente humanitarios que en ella se consignan, y que considera de vital interés para asegurar la paz, la prosperidad y el porvenir de la América republicana.

La gloriosa iniciativa de Colombia está en armonía con los principios proclamados constantemente por nuestro periódico LA AMÉRICA, que se ha consagrado desde su fundación á estrechar los vínculos fraternales que nos ligan con aquellos pueblos de nuestro origen, y que desea hoy con más entusiasmo, si es posible y con el más vehemente afecto, que sin ingerencia de naciones extrañas á sus intereses, que puedan explotarlos en su provecho, la América hispana decida por sí misma, con acuerdo patriótico de sus ilustres representantes, todas las cuestiones que redunden en beneficio común, que eviten esas guerras desastrosas y sangrientas que causan la ruina de Estados hermanos, y que se protejan y alienten mutuamente para avanzar por el camino del progreso humano.

Recientemente, en uno de nuestros artículos, hemos defendido esta idea salvadora de las Repúblicas americanas, que ha de constituir su sólida grandeza, desarrollando en el seno de la paz los gérmenes preciosos que atesoran. Cesen esas discordias impías, esas contiendas civiles que agotan todos sus recursos en luchas fratricidas que deben emplear en el fomento de sus intereses, en la educación del pueblo, en la instrucción pública, en la construcción de vías férreas para aproximarse los ciudadanos de las diversas Repúblicas los unos á los otros, para conocerse y estimarse mutuamente, así como las Exposiciones que deben celebrar con frecuencia aquellos pueblos han de influir poderosamente en el acrecentamiento de los productos de su industria y de su comercio, en el desenvolvimiento fecundo de su agricultura, en la regeneración de sus costumbres, que ha de ser la más firme base de sus Constituciones políticas, porque la virtud de los pueblos es la que asegura y vigoriza las instituciones y armoniza sus derechos y los deberes públicos.

Hagan esfuerzos perseverantes nuestros hermanos para que no estallen esas insurrecciones de cuartel, que colocan al frente de la gobernación del Estado á cualquier audaz aventurero que no aspira más que á ostentar su vanidad presuntuosa, á satisfacer su ambición desmedida, porque por desgracia de la humanidad no ha existido más que un Washington, y son muchos los parodiadores, ridículos por sus pretensiones y funestos por sus actos, de aquel grande hombre. La triste experiencia es el maestro más elocuente de la vida, y no debemos olvidar sus terribles enseñanzas.

El Paraguay, según manifestó el ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Decoud al de Colombia, simpatiza ardientemente con el principio del arbitraje, como medio para resolver todo conflicto internacional, y cree firmemente que ha llegado la oportunidad de incorporarse en el derecho público americano.

Y añadió después, que ha tenido ya ocasión de poner en práctica tan saludable principio en una cuestión de límites con la República Argentina, no obstante los incontestables derechos que el primero consideraba tener á la porción del territorio disputado; y recientemente, en el tratado celebrado con el Gobierno del Perú, se ha estipulado que ambos países se comprometen á someter al arbitraje cualquier dificultad que sobreviniese, no pudiendo las altas partes contratantes ordenar ó autorizar en caso alguno actos de represalia ó guerra de la una contra la otra, por ningún motivo ó causa.

Aplaudimos tan excelente proceder y las magníficas doctrinas que sustenta, que deben servir de norma á todos los pueblos hispano-americanos.

La América del Norte tiende de tal modo á ejercer una influencia tan omnívota, un protectorado tan despótico sobre la América del Sur, que se vale de todos los medios más maquiavélicos para conseguirlo.

Pretende entorpecer el proyecto de Lesseps sobre el canal del Istmo de Panamá, y ha remitido al Congreso la proposición de auxiliar á la empresa del canal proyectado por Nicaragua, garantizándose un 3 por 100 sobre el capital por veinte años, á trueque de nombrar el Gobierno americano uno de los once directores de la Compañía, y tener la inspección del canal y su libre uso para el transporte de tropas, municiones de guerra y balijas de

correo, y si lo creía necesario, ocupar la vía temporalmente pagando un 5 por 100.

Esta es la política interesada y astuta que adopta aquel Gobierno para dificultar el gran pensamiento de Lesseps, que patentizó á los ojos del mundo civilizado su prodigiosa actividad, su inteligencia profunda y su firme resolución para llevar á feliz término la gigantesca empresa del istmo de Suez, á pesar de los obstáculos poderosos que le opuso entonces la Inglaterra, como hoy se los opone la América del Norte.

Son miembros de la Compañía del Canal de Nicaragua Grant, Moran, Potter, Garrison, Keen, altos personajes políticos, el almirante Ammen, el hijo de Grant, el ingeniero mecánico M. Phelps y el periodista Dana. Muy influyentes, sin duda, para decidir al Congreso, pero no creemos que ceda á pesar de tantas dificultades el genio perseverante de Lesseps.

Nos indignaron, aunque nos parecieron inverosímiles, los rumores del proyecto atribuido á García Calderón, cediendo á los Estados Unidos, en cambio de su intervención armada en el Perú, los terrenos carboníferos del departamento de Ancash y los puertos de Chimbole y Tumber para diques, baraderos, estación naval y factorías de la escuadra norte-americana en el Pacífico.

Pero García Calderón fué preso por los chilenos, porque creyeron que el último presidente provisional del Perú estaba bajo la tutela del Gobierno de los Estados Unidos.

Los empleados del correo cesaron de ser peruanos, se designó una nueva y subida tarifa para el porte de la correspondencia; juzgados de letras en Lima y en el Callao, funcionaban también con jueces enviados *ad hoc* desde Chile; un interventor para la tesorería del Municipio de Lima fué nombrado por el contralmirante Lynch; los 24 regidores del Cabildo se dieron por destituidos, y la Administración chilena reemplazó por completo á la del Perú.

Terribles, inmensos infortunios pesan sobre este desgraciado país; las profundas heridas abiertas en su corazón, que manan tantos raudales de sangre, han de tardar mucho tiempo en que sean cicatrizadas.

Por más que M. Trescott esté autorizado para discutir sobre la circular de M. Blaine relativa al Canal de Panamá, y tratar de que Chile y otras repúblicas reconozcan los principios allí establecidos, como Chile y la República Argentina garantizaron en su tratado de límites reciente la neutralidad del estrecho de Magallanes, vía comercial que cada día adquiere más importancia, no es posible que nieguen el derecho que tiene Colombia de obrar según mejor le parezca para asegurar la neutralidad permanente del canal interoceánico á través de su territorio.

La producción del cacao del Ecuador en los últimos años es el siguiente:

Producción en	1860	326.415.39	quintales.
En	1881	229.987.64	id.
Diferencia á favor de	1880	132.523.64	quintales.

Durante el año de 1881 entraron en el puerto de Guayaquil 127 buques de vela, 108 de vapor; y salieron buques de vela 125, y de vapor 108.

En 1880 el valor aproximado de la expedición total por el puerto de Guayaquil ascendió á ocho millones 641.272.40.

En 1881 el valor de la exportación fué de cuatro millones 994.444.39.

Diferencia á favor de 1880 3.643.828.01

El contrato Huerne-Llaven para escavar la parte del Canal interoceánico comprendido entre Gatun y Colon, distancia de ocho millas, fué firmado detenidamente por los señores Coubreus y Hersent, y el señor A. Reclus, en nombre de la compañía del Canal, y el señor Huerne en nombre de los contratistas señores Huerne-Llaven, et. C., de California. La casa de Huerne-Llaven C., se compone de los socios siguientes: P. Huerne ingeniero civil de San Francisco, M. A. Slaven, distinguido contratista de esa ciudad; N. B. Slaven hábil negociante y capitalista, y H. H. Lynch ingeniero mecánico, que se han propuesto cumplir, exactamente el contrato, por el que se escavarán seis millones de metros cúbicos, á razón de un franco y medio, en moneda americana, precio que representa una rebaja de 25 por 100 sobre lo que calculó la comisión técnica. Un corte de ocho pies de profundidad y 80 de anchura se completará en 18 meses, y todo el trabajo quedará hecho en tres años. Las nuevas máquinas tendrán fuerza de 200 caballos y otra fuerza adicional de 40 caballos, para cada una de las bombas que han de usarse con el objeto de arrojar á distancia conveniente y mediante un tubo de 30 pulgadas de diámetro de tierra removida.

Harán dragas enormes del sistema conocido con el nombre de *Hércules*. Tres de ellas deben construirse en Filadelfia; en nueve meses empezarán á trabajar juntas.

Los contratistas procurarán que trabajen por diez y seis horas dos cuadrillas, escabando cuando ménos 10.000 metros cúbicos diarios.

Vemos las operaciones financieras en Méjico que adquieren mucho desarrollo, y el establecimiento del Banco Nacional Mejicano, que dista mucho de ser un monopolio, porque los monopolios están prohibidos por la Constitución. Como su creación es favorable al crédito, el Gobierno le ha concedido ciertas franquicias, sin restringir los derechos de otras instituciones bancarias.

Naturalmente, ha de aceptar los billetes de

Banco en pago de derechos, confiriendo la cualidad de moneda forzosa al papel del nuevo Banco, por los beneficios que espera obtener, mas no tiende á desacreditar otros valores y billetes de los demás Bancos, que no fueron nunca moneda forzosa, sin embargo de que circularon libremente, y continuarán del mismo modo.

No se ha intentado cambiar la forma especial de la institución privada *London, Mexijan and South American Bank*, y que ha alcanzado gran éxito, aunque fué desgraciado el de la sucursal establecida en Sud-América.

Un Monte de Piedad, fundado con un legado de 200.000 pesos, añadió á su benéfica institución operaciones de banca, y se imprimieron 8.000.000 de pesos de sus billetes. Hizo este trabajo la American Bank Note Company, y este papel así emitido, fué aceptado por derechos y considerado virtualmente como moneda forzosa; y no puede afectar á la existencia y propiedad del Banco de Lón dres y Méjico ó del Monte de Piedad, la nueva institución que está apoyada por el Banco Franco-Egipcio de París.

Los Bancos existentes no emiten papel en cantidad suficiente para hacer el papel-moneda común en Méjico, y el que emita el nuevo Banco se hará, gradualmente, en lugar de moneda acuñada.

Se confía mucho en las ventajas favorables al comercio, á la industria y á la prosperidad del país, que ha de reportar este Banco, porque ha de redundar, sin duda, en beneficio nacional.

La Compañía Franco Egipcia está compuesta de americanos y europeos.

La suscripción fué otorgada, especialmente, con objeto de contrarrestar el rápido incremento de los Estados Unidos, que excita sentimientos justificables de recelo y de desconfianza, de que puede llegar un día á ser un poder destructor de la dignidad ó integridad nacional mejicana.

Ya hemos expuesto en otros artículos los peligros que ofrece ese espíritu absorbente de los partidarios de la doctrina de Monroe, en el porvenir de la raza hispano-americana. Es preciso precaverse mucho contra esa tendencia avasalladora, y no cesaremos de insistir en esta idea para que los hombres de Estado no se dejen fascinar por frases pomposas de bienesquímicos que invocan los yankees, que ha de producir su influencia en la América latina, porque no revelan más que su aspiración perseverante de dominarla en absoluto.

La cuestión de reciprocidad comercial con Méjico se agita hoy en los principales centros de los Estados Unidos, en Nueva York como en Nueva Orleans.

El cónsul general de esta nación en Méjico, M. Strother publicó una Memoria en la que pretende demostrar la estimación creciente de sus industrias que hacen hoy competencia á las fábricas europeas que monopolizaban el mercado de Méjico, y confía para el aumento del cambio internacional, y para la creación de nuevos ramos de comercio, en la adopción y extensión de las ideas norte-americanas, que traerán como consecuencia inevitable la extensión de su comercio con Méjico.

M. Trowbriag, cónsul americano en Veracruz, ha insistido también en la necesidad de modificar los aranceles de aduanas vigentes, y sobre todo los métodos de recaudación de los derechos.

LA AMÉRICA, naturalmente, ha abogado siempre y ha de abogar ahora por las reformas comerciales; y el nombramiento del Sr. Romero, representante digno, ilustrado de Méjico en Washington, para llevar á cabo las negociaciones, es una garantía además para los verdaderos intereses de su país.

El Sr. Romero ha expresado su opinión á un corresponsal del *Boston Herald*, sobre la conveniencia de un tratado comercial, por el cual determinados productos de cada país sean admitidos libres de derechos, ó con una reducida tarifa al otro país, por un término limitado. No cree ventajoso ahora un tráfico libre, ilimitado entre las dos naciones, porque mientras la América del Norte es un país rico é independiente, Méjico solo ha surgido hace diez años, después de medio siglo de disturbios civiles, y que debe fijarse exclusivamente en sus rentas, que ascienden actualmente á veinte y cuatro millones de pesos, tres cuartas partes de ellas viniendo de las tarifas.

Ha acusado con razón á los legisladores de los Estados Unidos de haber tratado con indiferencia este asunto, y que cuando den evidentes pruebas de una política generosa, en la que no creemos por nuestra parte, sin duda encontrarán que el más grande bienestar nacional es el deseo de Méjico, aunque su sosiego interno es lo más importante.

Indicó también que si en compensación á los Estados Unidos por la libre entrada del azúcar y otros productos principales mejicanos, de los cuales son aquellos consumidores en grandes cantidades, el Gobierno de Méjico establece reducidas tarifas para sus artículos manufacturados, el resultado no podría ménos de ser ventajoso á uno y otro. El aumento del consumo de artículos americanos sería tan grande, y la tentación del contrabando perdería tanto su objeto, que los productos de los derechos mejicanos acrecerían mas bien que disminuirían.

Añadió además: «Cada libra de azúcar, ó café ó lana producida aquí implicaría mayor suma de negocios para los manufactureros americanos, mien-

tras que los intereses americanos no serían afectados más que en sentido benéfico, porque importa actualmente cantidades de esos mismos productos de Cuba, el Brasil y Australia.»

Fué notabilísimo el informe que publicó el señor Romero, dirigido al ministro de Fomento, sobre los trabajos de reconocimiento practicado en un territorio montañoso, atravesado por grandes y elevadas sierras que lo cruzan en todas direcciones, venciendo inmensas dificultades la inteligencia, el estudio y la laboriosidad de los ingenieros mejicanos encargados de hacer las exploraciones del terreno conveniente para el trazo del ferrocarril meridional mejicano.

El coste de estos trabajos ha ascendido á 50.000 pesos, porque la Compañía, según manifiesta el mismo Sr. Romero, procuró que se hicieran en el menor tiempo posible, sin detenerse en ningún gasto. El presidente de esta Compañía, el general Grant, que lo fué también de los Estados Unidos, y que organizó cuatro comisiones de ingenieros con el fin de practicar los reconocimientos preliminares de los diversos tramos en que se dividió para su estudio la extensión de la vía que debe tocar en los puertos de Veracruz, y Anton-Lisardo en el golfo de Méjico; las ciudades de Méjico, Puebla y Caraca, y los puertos del Pacífico en este Estado y en el de Chiapas.

Cuando se concluyeron las operaciones ejecutadas sobre el terreno regresaron á la capital las cuatro secciones de ingenieros, y después de terminados los planes y perfiles se mandaron con sus respectivos informes á la compañía residente en Nueva-York, para que, examinados por sus ingenieros determinen la línea que se ha de seguir.

Un Congreso higiénico-pedagógico celebró sus sesiones en Méjico, y ha prestado los servicios más señalados á la civilización, definiendo las condiciones higiénicas de los edificios en que deben instalarse las escuelas, el modelo del mobiliario, el método de enseñanza que más favorece á la salud de los niños, y la distribución de los trabajos según su edad. Han asistido al Congreso muchos profesores de medicina y de farmacia, preceptores y representantes de las asociaciones públicas y privadas que sostienen escuelas en la capital.

Así como combatimos á los prelados que profanan su ministerio de paz y de mansedumbre por encender la guerra civil, elogiamos la conducta de un sacerdote modelo que en Tequila (Méjico), hace nobles esfuerzos por ser cura de aquella localidad para fomentar la instrucción pública: se llama el doctor D. Manuel Noriega. Secundado por el juez de letras, señor licenciado Ríos Rivera, ha establecido las cátedras de latinidad, filosofía, música y otros ramos de educación que contribuirán sin duda al adelanto é ilustración de aquella juventud. Si todos los ministros del altar imitaran su digno ejemplo, merecerían veneración, porque el engrandecimiento moral de un pueblo depende en gran parte del cultivo de la inteligencia.

Vemos con satisfacción el fomento de las obras públicas en Colombia. Se prolonga el ferrocarril de Bolívar hasta Puerto Belillo, y se construye un muelle en dicho puerto.

Nos interesa vivamente todo lo que tiene relación con la América hispana. Así no podemos dejar en silencio el proyecto grandioso de el ferrocarril de las *Tres Américas*, que, si se realiza, partirá de la bahía de Huelson y atravesará el Canadá, los Estados Unidos, Méjico, Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua, Costa-Rica, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y la República Argentina. No se nombra á Chile.

La Empresa del ferrocarril solicitará las respectivas concesiones de todos esos Gobiernos, y ya el representante, D. Belford de Colorado, presentó á la Cámara una proposición pidiendo la impresión y distribución gratuita por el Congreso de 100.000 ejemplares del ferrocarril en inglés y de 50.000 en español.

La comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Washington, propuso á ésta que se negociara una convención entre los Estados Unidos y Nicaragua, con objeto de resolver las reclamaciones de ciudadanos de ambos países.

La fausta noticia de un grato suceso nos causa la satisfacción más viva. Los Sres. Lillo y Baptista han firmado los preliminares de la paz entre Bolivia y Chile.

Vapores alemanes é ingleses van de Callao á Mollendo; se permite el paso de mercancías por Arica y Tacna en condiciones mucho más favorables que durante los tiempos anteriores á la guerra: el regimiento de caballería de Polon está disuelto y las tropas de Oruto han sido reducidas al pié de paz.

Además se firmó un protocolo entre el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Sr. Balmaseda, y el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Santiago M. Trescoll, y posteriormente hubo un cambio de notas para establecer las bases de paz que Chile propone.

Las bases propuestas por Chile para la celebración de la paz con el Perú, han sido las siguientes: primera, cesión á Chile de todos los territorios del Perú situados al Sur de la quebrada de Camarones; segunda, ocupación de la región de Tacna y Arica por diez años, debiendo pagar el Perú veinte millones de pesos á la conclusión de este plazo. Si espirado este tiempo el Perú no pagara á Chile los veinte millones de pesos, el territorio de Tacna y Arica quedaría, *ipso facto*, cedido é incorporado á los territorios de la República

de Chile. El Perú podría fijar en el tratado de paz un plazo mayor de diez años, conforme á la misma base anterior. Si Arica volviese al dominio del Perú, permanecería desatillada para siempre, tercera, Chile ocupará las islas de Lobos mientras hubiese guano en ellas, y tanto el producido líquido de estos guanos como el de las covaderas conocidas y en explotación de Tarapacá, se dividirá por mitad entre Chile y los acreedores del Perú.

Terribles son estas bases, si no son modificadas. Lamentamos profundamente la situación del Perú.

Las *Novedades*, de Nueva-York, nuestro estimado colega, acoge con júbilo esas noticias de próxima paz, y LA AMÉRICA se asocia con entusiasmo á este pensamiento grandioso que deseamos ver realizado para ventura de las repúblicas sudamericanas.

EUSEBIO ASQUERINO.

CARTA AL GENERAL ROCA.

Al Excmo Sr. Presidente de la República Argentina, general don Julio A. Roca.

EXCMO SR:

En tres años de perseverantes trabajos practicados en las bibliotecas y archivos, he podido recoger los datos suficientes para formar juicio y en una extensa Memoria desarrollar un pensamiento de colonización para la América latina, localizado en esa República (Gran Chaco Gualamba), cuyas necesidades conozco.

Separándome de todo lo que hace años se viene haciendo con este objeto, á mi juicio deficiente, y abriendo las páginas de la historia de la humanidad, que es la historia de los pueblos, era necesario á mis fines encontrar una fórmula concreta que enlazara los intereses del Estado con los del colono tan íntimamente que fueran unos mismos.

No he podido encontrar otra, ni creo que la haya, que es la de una asociación *tácita* entre el Estado con su capital propiamente dicho, y con el capital *trabajo*; ó lo que, en términos industriales, se conoce con el nombre de *socio industrial (el colono) y socio capitalista (el Estado)*.

Era necesario determinar las funciones de uno y de otro de los asociados, reglamentando las del *socio industrial*, en donde por sus diferentes elementos pudieran surgir dificultades; y para llegar pronto y bien á resultados prácticos, pensé en la organización ó reglamentación *militar*, tanto más necesaria cuanto que el aislamiento en el país y la vecindad, lo impondrían.

Con una sola voluntad, sometida sin embargo á preceptos escritos, era necesario pensar en su movimiento económico.

El sistema Falhansteriano ó cooperativo, tanto para el «consumo» como para el «producto», no sería practicable si no tuviéramos una «corta fecha» de disolución ante nosotros, y lo que no es practicable en asociaciones civiles lo es perfectamente en una colectividad que, organizada militarmente, obedece á sus jefes y ante un plan preconcibido, perfectamente estudiado y además, que es hijo de ideas utilitarias comunes, entre el que manda y el que obedece, ideas que por ellas mismas crean una nueva disciplina.

No hay, pues, lugar á discusiones: el que manda, ateniéndose á lo escrito, piensa por el que obedece.

La inteligencia del que inventa una máquina, combina todas las ruedas con los engranajes necesarios para el resultado propuesto; el hombre la dirige y el artefacto nace. ¿Tienen necesidad de pensar las piezas de detalle de la máquina para saber lo que hace el conjunto? No.

¿Qué es un regimiento que obedece á su jefe por la orden del cuerpo y por la voz de mando?

Si la iniciativa individual se duerme ante este sistema, es accidentalmente y no tan en absoluto que perezca. ¿Qué le importa al hombre su iniciativa si no tiene elementos para emplearla? De manera que tiene necesidad de hacer algún sacrificio para adquirir lo que en otros casos obtendría con economías, privaciones y hasta con sacrificios de otra índole, tal vez muy perjudiciales. Nosotros no le pedimos á nuestro obrero-soldado más que prescindir de su iniciativa por cinco á ocho años para que en ese tiempo adquiera su capital de explotación y su libertad individual. Plazo corto por cierto y de índole bien diferente que la del recluta militar.

En estas condiciones, Excmo. Sr., la Colonia agrícola militar por mí proyectada, tiene que ser indefectiblemente de iguales resultados que la *máquina*; fabricará, permítasenos la frase, fabricará con las fuerzas vivas y el capital *base* acumulado, y con él y sus productos, el capital individual, con el que, entrando en posesión de su propia iniciativa, producirá en su día el desarrollo de la población, con todas sus naturales y lógicas consecuencias; cuales son, las obras de carácter general y local, la reducción de los pueblos nómadas, que se someterán ante el ejemplo, y la masa de población, foco de luz, cuyos rayos alcanzarán á romper por fin las tinieblas en que viven tras largos siglos.

Cuando condensé en la Memoria que tuve la honra de dirigir al Gobierno de V. E. mi plan de Colonias agrícolas militares, no conocía la *ley de inmigración y colonización de 1876*, que hoy tengo á la vista, y de tal manera *la presentía*, porque conocía perfectamente las necesidades del país,

que en las partes más esenciales, y como si adivinara sus artículos, me identificaba con ella en su espíritu, al tratar la cuestión, bajo su punto de vista económico.

El CAPÍTULO III. *Colonizaciones — Donaciones*, etc., art. 88, dice: «Los colonos á que se refieren los dos artículos anteriores tendrán derecho á las siguientes ventajas: 1.ª A que se les adelante el pasaje desde el punto de su embarque, hasta el lugar de su destino; y 2.ª, á que se les suministre, en calidad de anticipos, la habitación, víveres, animales de labor y de cría, semillas y útiles de trabajo, por un año á lo ménos.»

«Estos adelantos no podrán exceder de la cantidad de mil pesos fuertes (5.000 francos) por cada colono, y serán reembolsados en cinco anualidades, que principiarán á pagarse al terminar el tercer año.»

Entre este artículo y lo propuesto en mi Memoria, hay dos diferencias de alguna importancia.— Yo no pido para los mismos objetos enunciados, en aquellos artículos, comprendiendo los pasajes, más que 2.500 francos, ó sean quinientos pesos fuertes, por colono, con sus familias, ofreciendo su reintegro, no al tercer año, sino empezar el reintegro gradualmente al año de la implantación de la Colonia, para terminarlo en el quinto, á su disolución.

En otra parte de la ley, dice, que la oficina de inmigraciones se encargará de ajustar pasajes, provisiones, etc., etc.

En mi Memoria digo; que el Estado puede encargarse de facilitar los pasajes necesarios, víveres, animales, simientes, etc., etc., á una comisión perceptora de la Colonia, disponiendo solamente del presupuesto general 75.000 pesos en metálico, para atender á los gastos de un reconocimiento científico en el Chaco y los que ocurrirán en la Península para comisionados que reclutarán las 1.200 familias, gastos ocasionados por estas antes del embarque, compra de instrumentos geodésicos, etc., etc.

Los artículos citados tienen la fuerza de ley necesaria, por haber sido sancionada por el Senado y la Cámara de diputados reunidos en Congreso, dejando al Poder ejecutivo la facultad de su aplicación, cuando le parezca oportuno.

La paz y la prosperidad que disfruta el país, permiten al Gobierno de V. E., que sin preocupaciones internas ni externas, dedique toda su actividad al engrandecimiento de la nación y dar vida y desarrollo á los grandes intereses materiales. Y como el más trascendental de estos se ocupa de la repoblación, base á no dudarlo de su engrandecimiento; pensando, como es natural, en ese inmenso pedazo de tierra que se llama el Gran Chaco argentino, que lo constituyen 27.000 leguas cuadradas, cubiertas de maravillosas riquezas vírgenes á la explotación, hasta hoy.

Algunos actos oficiales demuestran que el Gobierno de V. E. lleva sus miradas á él, y hasta la misma prensa escita su patriotismo para que seriamente se acometa la colosal empresa de la repoblación.

Anticipándome oficiosamente á estas miras, pues á patriotismo no me ganan ni aún los mismos argentinos, en esta importante publicación, han visto la luz pública extensos artículos sobre cuestiones tan importantes, dando á conocer el Chaco en España y dirigir la emigración á esa República; y no solamente he hecho esto, sino que en *La Ilustración Cantábrica*, de mucha lectura en el país de su título, trae en sus columnas la flora y la fauna del Chaco y todo su espléndido reino mineral, tanto más eficaz mi propaganda, cuando que siendo yo hijo del país, soy allí muy conocido, reuniendo además la importante circunstancia, que habiendo desempeñado mi padre una cátedra en el Instituto de Orense por espacio de 40 años, por su reputación y valía merecí, á poco de fallecer, la honra de ocupar con su retrato un espacio en las columnas de su periódico, con su biografía, hecha por un discípulo y compañero de profesorado. (Número 28 de Enero de 1882.)

Apunto estas circunstancias para demostrar á V. E. que considero mi propaganda tan eficaz, que si me presentara en el país, encontraría todo cuanto pudiera desear para la colonización, porque el que les hablase sería persona para ellos conocida; pariente, deudo, amigo personal ó de familia.

Con elementos tan afines, con tal unidad de fuerzas, con tal precisión de ajustes en todas las ruedas de mi *máquina Colonia agrícola militar*, sus resultados, previstos en la Memoria general, habrían de ser necesariamente tan uniformes en sus movimientos, como precisión hubiese al combinarlos.

Para poder cohesionar todo esculpido de prevaricación me dirigí á V. E. por conducto del excelentísimo señor ministro de la Guerra solicitando mi alta en el ejército, con objeto de quedar sometido á la jurisdicción militar, y en comisión del servicio desenvolver mi plan prácticamente, pues comprendo muy bien, que en la seriedad de un Gobierno está no entregar los sagrados intereses de la patria al primero que llega. Y como si no fueran bastantes los antecedentes personales de familia, el señor don Héctor F. Varela, representante oficioso de ese Estado en esta, y el coronel Mansilla, recomendaban al Gobierno, y á V. E. particularmente, en lisonjeras frases, mis gestiones, pudiendo añadir á tan honorables referencias la circunstancia importante que quien se dirige á V. E. es su antiguo ayudante de campo.

No es, pues, un aventurero, que no se sabe de dónde viene ni á dónde va.

Va buscando la suma de concertadas fuerzas que resuelvan problemas de trascendencia inmensa para unos y para otros, reuniendo intereses en aspiraciones comunes, cuya fórmula puede ser la siguiente:

El Estado, con los recursos votados por la ley de inmigración y repartición de tierras, por medio de un Delegado Especial, autoriza al capitán del ejército nacional en comisión del servicio D. César Valcárcel, á que pacte individualmente los elementos necesarios para la reunión é implantación en el Chaco de una colonia agrícola militar compuesta de 1.200 familias organizadas con arreglo á su Memoria, á los fines industriales de la Colonia y á los de la repoblación.

Con estas salvaduras y con las ideas emitidas en la presente sobre colonias, y lo expuesto con respecto al mismo asunto en la *Gaceta internacional* de París, correspondiente al 7 de Enero, hay antecedentes suficientes, para demostrar que mis propósitos van á buscar irremisiblemente la repoblación en América sobre la sólida base de la propiedad del colono, en beneficio de América y España, que llevaría al nuevo continente la población que le sobra á ésta y que, condenada aquí á eterna ociosidad, se entrega al pauperismo ó al crimen, cuyos asuntos traté extensamente en los números 8 de Febrero y 8 de Marzo de este periódico, y que oportunamente remití á V. E.

En el último de estos números decía:

«Cuatro ó cinco colonias en el Gran Chaco argentino y dos ó tres en las Pampas, cambiarían completamente la faz de la República argentina.»

Los periódicos ultimamente llegados de Buenos-Aires dicen que se agita la idea de organizar militarmente las colonias oficiales.

Esta, Excmo. Sr., es una rueda importante, pero, que si no obedece á un plan general, es posible que sus resultados dejen algo que desear. De todos modos, me felicito de que el Gobierno de V. E. dé un paso que coincida con mis estudios, pues ese solo hecho da importancia á mis previsiones.

Si inmodestamente suplico y pido á V. E. me conceda la importante comisión de la organización de una Colonia agrícola militar en el Gran Chaco argentino, *perfectamente dentro del espíritu y de la letra de la ley de inmigración*, es porque con los estudios que tengo hechos del asunto, y el conocimiento práctico del país, puedo responder á V. E. que mi elección, tanto en el personal técnico como en el obrero, habría de ser ajustado á mis cálculos de organización, escritos descansando naturalmente en la pericia de los jefes por mí elegidos en los diversos movimientos de la Colonia, fuera en su administración, fuera en las explotaciones técnicas, quedando reducido mi papel á un Inspector que vigilará la ejecución de mi plan, pero revestido, como es natural, de todo el prestigio que necesita el que manda una colectividad numerosa, compuesta al mismo tiempo de jefes gerárquicos subordinados á otro superior.

Un ensayo en la forma expuesta, ni compromete la seriedad de un Gobierno ni puede tener más que benéficos resultados para el país, para España y algo por qué aprender los pueblos de América.

Ni á V. E. ni á su honorable Gobierno dirijo peticiones de favores ni mercedes personales desde las columnas de un periódico, inusitada forma por otra parte, si tuvieran ese carácter.

No dirijo en mi propio nombre solamente mis pretensiones; hablo en nombre de algunas, no pocas ya, personalidades nacidas y traídas á mi alrededor al calor de mi propaganda y de la publicidad de mis proyectos.

Ingenieros civiles de todas las especialidades; arquitectos, médicos, boticarios, veterinarios, maestros de obras públicas, y operarios, que conocen el pensamiento y se adhieren á él, formando su plana mayor, diariamente me interpellan.

Estas fuerzas, con modestas aspiraciones en el país, buscan más ancho campo á sus actividades, y en mi proyecto la encuentran; sumando una colectividad que he creado para formar el embrión.

El país que necesita esto para su desarrollo, y prueba de que lo necesita es que lo subvenciona en una ley vigente; al país y al Gobierno les decimos aquí estamos.

Mi propaganda en la costa Cantábrica dará, á no dudarlo, el mismo resultado; me dirán á su vez aquí estamos.

Y hasta sospecho que muchos de nuestros compatriotas que llegan á esa sin rumbo fijo, y tal vez estén sin colocación, deseen, como es natural, una posición dentro de mi proyecto ejecutivo, apresurándose á aceptarlos muy de buena voluntad.

Y es muy natural que todo esto suceda, pues ese era mi objeto, y que toda esta suma de fuerzas esperen una solución con la mayor impaciencia, porque en mi proyecto *no hay empresarios explotadores*, ni el interés que paga en otros casos el capital de explotación pesando sobre el colono merma en lo más mínimo sus utilidades, en inmediato beneficio de la repoblación y del colono que más pronto realiza sus ideales.

En mi propaganda les dí á conocer la ley en la parte á que se refiere á las subvenciones y donaciones de tierras, resolviendo el invencible obstáculo que en otro caso podía existir para la reunión de la colonia y su parte ejecutiva.

Resuelta esta dificultad generosamente por la

citada ley, el proyecto se hace tan viable que entra la impaciencia del que está interesado en su ejecución.

Si existe una ley vigente que autoriza al Poder Ejecutivo para que por la oficina correspondiente se facilite al inmigrante, en concepto de reintegro, pasajes, raciones por un año, aperos de labranza, animales, y en una palabra, *su capital de explotación*.

Si en virtud de esa misma ley vigente se le hacen donaciones gratuitas de tierras,

Si se le conceden ciertas franquicias de aduanas en un plazo determinado,

Si existe un plan orgánico de colonización,

Si existe ya una colectividad en embrión, ¿que se espera?

¿Qué obstáculo puede haber para la ejecución de esa ley cuando el proyecto está tan ajustado á lo legislado?

Para que no haya sombras que empañen los sentimientos más levantados, doy á la publicidad el estado del asunto, porque siendo de este siglo amo la discusión para que brote la luz, mucha luz, porque cuanto más luz haya, mejor se reflejarán los nobles sentimientos que me animan.

Permitame, Excmo. Sr., que me disculpe por no haber respetado la distancia gerárquica que nos separa; consideraciones del más alto interés me empujan y me dan bríos para atreverme á lo que en mi propio beneficio no me hubiera atrevido.

Haciendo los más fervientes votos por la prosperidad de la nación Argentina, tiene la alta honra de ofrecerle con el mayor respeto el testimonio del homenaje más sincero su ex-ayudante y subordinado afectísimo y S. S.

CÉSAR VALCÁRCEL.

BEATO ANGÉLICO Y MIGUEL ANGEL.

Aquel es el verdadero mausoleo del gran pintor. Pero ciertamente no fué allí donde murió, no es allí donde reposan sus cenizas. Pasando un día mis compañeros y yo por la antigua iglesia de *Santa María Septra-Minerva*, en Roma, nos llamó la atención el saber que allí estaba el modesto, más que modesto, enterramiento del pintor de ángeles, del creador de cielos abiertos y de Paraísos prometidos. Nos acercamos con reverencia al rincón último en que se escondió aquella vida el año de 1455, y notamos con pena que el monumento no revelaba nada absolutamente de lo que caracterizó al gran pintor; la piedra no caía como sudario sobre la fisonomía del muerto para descubrirla velándola. Aquella naturaleza adorativa, siempre enamorada de lo bello sin mancilla, de la humildad, sí, pero no sin gloria, está, sin embargo, representada en el orbe católico por una efigie ridícula y un tanto profana. To los avivamos el deseo de que el alma del artista esté por el contrario enriqueciendo los grandes monumentos de la Jerusalem celestial, realizando el coro de los ángeles, á quienes columbró desde la tierra.

Toda la grandeza del Beato Angélico procede de no haber tenido reglas para su arte, de no haber respetado servilmente el cánón conocido; de haberse buscado primero á sí mismo, su vida y su fuerza para ser creador y revelador en la obra que había ideado. Veamos á Miguel Angel por rumbos opuestos, partiendo, sin embargo, del mismo trabajo de hacer valer la propia imperfección con preferencia á la perfección conocida y declarada modelo eterno.

VI

Miguel Angel y cuanto se refiera á Miguel Angel, será en todo tiempo asunto de oportunidad. Pocas figuras históricas habrá como la suya que obliguen siempre á un saludo respetuoso hasta de las naturalezas más antitéticas á la suya, cualquiera que sea la preocupación del momento, ó la causa apremiante de la preocupación. He conocido á un sujeto estudioso, solitario en su biblioteca, muy más que una ostra en su concha, el cual no se incomodaba nunca, antes se sentía curado del mareo que produce el buscar, cuando equivocaba con algún tratado referente á Miguel Angel el volumen parecido que andaba buscando en los estantes, ya tratara este de medicina, su ciencia favorita, ya de balística ó caza mayor y menor, objeto y monomanía de sus estudios críticos. En los últimos veinte años, y antes, aún no terminada la reconstitución de Italia, pocas librerías de aquella nación han dejado de publicar alguna cosa sobre el gran hombre, creador del Olimpo cristiano de la Sixtina. Su nombre figura en todos los anuncios y en todos los boletines bibliográficos. Entre las publicaciones más notables, de las consagradas recientemente á su memoria y á la del otro génio italiano, figura simétrica á la suya, en la historia de los ingenios altísimos, merece ser recomendado á la juventud, el libro de Ettore Fattori, editado por Cellini de Florencia, en 1875, y que lleva el título de *Michel-Angelo e Dante*. El autor defiende la tesis, por otros considerada como caprichosa, del estrecho parentesco, más divino que humano, entre el pintor del Juicio Final y el cantor de la gran trilogía sobre la vida futura. Otro escritor muy notable ha publicado un trabajo también sobre Miguel Angel, que es un verdadero estudio, digno monumento á la gloria del coloso. Este escritor, este biógrafo inspirado es Camillo Boito.

Sobre el punto esencial de su obra, estamos de acuerdo con él, pues afirma y demuestra categóricamente que Miguel Angel nunca tuvo la intención de representar la naturaleza, ni de respetar las reglas preestablecidas sobre la iconografía litúrgica y de ritual, ni de encarnar un pensamiento impuesto, ni de hacer un favor á Dios. Su fin, el fin del pintor soberano, fué más sencillo á la vez que más soberbio, y para muchos observadores, acaso más egoísta, y justamente el mismo fin á que hoy conspira el arte universal. Miguel Angel quiere revelarse á sí mismo, dar á luz aquello que siente más íntimo suyo. Pero en el pintor atrevido semejante intención fué bastante vaga y tardía, como lo fue así mismo en Dante; como que tenían conciencia de que emprendían una reforma ocasionada á escándalos y luchas gigantescas. ¿Quién es el hombre que, colocado en las circunstancias de Dante Alighieri y de Miguel Angel Buonarroti, ó impulsado por el mismo ideal redentor, llega á conocer del todo el fondo de su propio génio, y de conocerlo, á confiar en él, á no vacilar en su misión? ¿Quién alcanza el tiempo, la vida suficiente, para medir los confines de sus talentos, el número y poder de ellos, y luego buscar los medios más expeditivos y conducentes á la realización de la obra ó las obras concebidas, dándoles vida perdurable á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad? Los trabajadores de esta naturaleza tienen dos operaciones que hacer, y ambas operaciones son contradictorias la una de la otra. Al menos los esfuerzos para la una cansan demasiado, y parece que anulan el espíritu para emprender vigorosamente la otra. La primera operación consiste en penetrarse el artista de sí mismo, entrar en la plena posesión de su sér; la segunda en salir de su interior y saber dar el salto de sí al mundo externo, más heroico y difícil que el arrebato de la tierra al cielo, por la muerte ó por la vida de los místicos que á la muerte se anticipan. Esta doble operación de los grandes maestros está llena de pruebas, de tanteos, dudas, desesperaciones, desmayos, osadías locas é insultantes audacias. Miguel Angel corrió muchos peligros en su arte como Colón en su primer viaje al Nuevo Mundo, se extravió muchas veces, antes que comenzara á columbrar lo que buscaba, esto es, el secreto, el corazón de su génio. Miguel Angel naufragó, se hundió por largos años en el laberinto de las dudas, antes de saber por qué y para qué había vivido. Acaso consideraba las pruebas de este trabajo titánico, en aquella hora de dulce melancolía del obrero en reposo, cuando escribía con cierta amargura á Victoria Colonna:

... Che all' alte cose é nuove
Tardí si viene, tardí!...

VII

El crítico Boilo indaga luego la cualidad predominante en el Buonarroti para concluir que «la mano de aquel hombre sólo se sentía de artista entrando resuelta en el movimiento.» — Y es verdad; las obras mismas de aquella mano lo prueban. Beato Angélico necesitaba, por el contrario, la inacción del cuerpo, la pasividad de la fuerza corpórea que en la oración estática es de esencia, antes de dar permiso á su mano para comenzar ó seguir lo ideado. — Miguel Angel no hizo nada á su gusto hasta que averiguó que su idea únicamente se desarrollaba en el cuando él se decidía á realizarla é ir realizándola á medida que ella iba tomando cuerpo en el santuario de su mente. El cuerpo, siguiendo los arrebatos de la mente inspirada, la robusta impetuosa vida de sus miembros en seguimiento de la idea centelleante, tal era el secreto, la virtud de aquel pincel creador. Lo que le caracteriza es la inquietud. Y como ya está dicho, sus mismas creaciones lo acreditan. ¿Qué ha salido de aquella mano, en lo más celebrado é inmortal que legó á los siglos, que no revele inquietud, flujo y reflujó, palpitation febril? Las *Madonnas* de Miguel Angel son inquietas. Compárese mentalmente una de sus Vírgenes con la Concepción de Murillo.

La Concepción es la tranquilidad perfectamente pasiva en la hora del entusiasmo, en lo que parece menos á propósito para permanecer sereno; imagen en su lado puramente artístico, del carácter blando y parsimonioso de Murillo. Los niños que llevan en sus brazos las Vírgenes de Miguel Angel, son todos traviosos, revoltosos, la espuma sobre la onda. Pero esto no es tan de extrañar como la inquietud de Moisés; el patriarca se acaricia los bucles de la barba con mano nerviosa. El observador espera de un momento á otro el relámpago de un pensamiento cruel atravesando aquella frente y la crispatura de aquella mano, arrancando los bucles de piedra. La estátua sublime de la Noche, tan acabada, tan bien acariciada y dormida por el magnetismo de un cincel mágico, no es lo que acaso hubiera querido el escultor, á juzgar por los versos que estampó al pié de su obra y terminan con este ruego: *¡Ay! ¡No me despiertes!* Sin embargo, al minuto de contemplarla desea el admirador despertar á la infeliz, porque nada en ella deja de revelar que es presa de tormentosa pesadilla. Las Sybilas de Miguel Angel están todas con la calentura furente que las preparaba á los vaticinios, y los severos Profetas y Patriarcas parecen contagiados por las sacerdotisas de Dodona y Erytrea. El Eterno Padre del Juicio Final tiembla y se inquieta tanto como los que van á ser juzgados. La soberbia pintura podía titularse muy bien: *Las inquietudes del último juicio*. Verdad es que aquellas inquietudes son inmensas y de su-

blinidad inenarrable; ellas revelan el misterio de la vida, hacen sentir que acaba de correrse ó rasgarse por una mano de gigante la espesa cortina que velaba la Creación. Y tiembla también el que mira, como quien vé lo que no debiera.

Nadie ha expresado como el Buonaroti las tristezas y dificultades de la humanidad en la tierra. El reconoció como la primera verdad digna de reproducción artística el inconsolable dolor, y las inconsecuencias entre las relaciones del hombre con la tierra que habita. Los hombres viven efectivamente tan propensos á cansarse de todo, sienten de continuo el fondo del corazón tan lleno y recargado de ambiciones, deseos, necesidades, irritaciones bajas ó generosas, que aquellas figuras de Miguel Angel, que hallan apenas en la bóveda de la capilla Sixtina un escabel en que apoyarse, y las otras á quienes les está vedado estenderse y reposar en la capilla de los Médicis, como no sea en planos inclinados y resbaladizos; en verdad, en verdad, ofrecen el símbolo perfecto de la existencia humana. Tan grandiosa idea sólo pertenece al pesimismo de Miguel Angel. Sus figuras poseen ellas solas una fascinación que ningún artista ha podido copiar, un prestigio trágico que penetra hasta el fondo de las entrañas.

Aquella es la verdad. Uno se olvida de que está contemplando una pintura y cree presenciarse veras una tragedia real, síntesis de todos los acontecimientos dolorosos de la historia y del combate de la vida. Y lo cierto es, que aún despues de tantas impresiones allí recibidas, volvemos los ojos ó la mente hácia la verdad, ya consoladora como la de Beato Angélico, ya espléndida como la del Veronés ó la de Ticiano, ya amorosa é insinuante como la de Rafael: todo esto por perfecto y acabado, y por verdadero que sea, nos parece frío, marchito, muerto, artificioso, decorativo, vida de difícil comunión con nuestra vida más íntima.

VIII

Casi todos los autores que han celebrado á Miguel Angel encarecen principalmente su dibujo como el más correcto, y su profundo estudio de la anatomía. Pero no hay tal corrección; no siempre el dibujo es lo que debiera ser, según regla; los defectos de esta clase abundan en la obra maestra de Miguel Angel; ¿pero qué defectos? Defectos buscados con singular prevision, defectos deseados por él como otros desean y buscan la línea única, exacta y acaso imposible. La corrección es una cualidad fría, y Miguel Angel aborrecía la frialdad. El dibujo de Rafael es correcto, y por eso la emoción que inspiran sus imágenes carece de emoción cristiana. Y por eso con Rafael empieza á decaer la pintura. La literatura de Chateaubriand es demasiado correcta y por eso no creemos en la sinceridad del autor. En arte, como en otras cosas, la perfección que tiende á un rigoroso absoluto, á la belleza abstracta, es por su naturaleza contraria á toda individualidad. Miguel Angel, como todos los talentos seguros de sí mismos, quieren, antes que nada, permanecer individuos y solitarios. Porque si de veras el arte se propone expresar con preferencia los sentimientos más vivos del autor, le es forzoso para esto contentarse con una forma en analogía con el individuo, con el solitario, que es necesariamente incompleto.

Se afirma un día y otro día que el espíritu que informaba el arte religioso derivado de Beato Angélico, y rebuscado en nuestros días por Oberweck y Cornelias, comenzó á perderse poco á poco á fines del siglo XIV; buscando los que así opinan en la historia, en el cambio de costumbres, en el trastorno de las sociedades, razones muy doctas y discretas para establecer y aplicar las decadencias.

Pero yo creo más bien, con Camilo Boilo, que la principal razón de esta falta del sentimiento místico en el arte se debe al perfeccionamiento de la forma, preocupación constante ya desde las escuelas prerrafaélicas.

El beato Juan de Fiésolo es nombrado más generalmente Angélico por los creyentes, no tanto porque pintara en ayunas y se colocara de rodillas ante su obra, sino porque su manera fué siempre incorrecta, mórbida, vagarosa y como de tanteo. Era de inspiraciones que provoca inspiraciones. Supongamos en Pablo Veronés el ascetismo severo del beato de Fiésolo, no por eso sus obras resultarían místicas, no por eso inspirarían devoción, como no hubiera cambiado al mismo tiempo de estilo, de pinceles y paleta, empezando por preocuparse ménos de la corrección y de la brillantez. En cambio el Perugino con su estilo anticuado, medio byzantino y monótono como una letanía, ha hecho cuadros que son oraciones de Santa Teresa; siendo así que el Perugino no creía en nada, ni siquiera en la inmortalidad del alma. La religión es necesariamente tradicional aunque á la vez vaga, inacabada en su iconografía, como en sus dogmas esenciales; y no puede abandonar sin perderse y perder su arte, ninguna de las maneras, convenciones y signos exteriores de sus épocas primitivas. Estos signos se componen generalmente de cierta sequedad, de cierta vida descarnada é incompleta, y sobre todo de una humildad abandonada, de una ignorancia contenta de sí misma, de una candidez atrevida. Pero el artista libre de hoy que sabe lo que le importa prescindir de reglas, ó bien de la mayoría de las reglas conocidas, y que ha ensayado ya sus aptitudes representando la naturaleza plena y la vida férvida, mal podrá plegarse á aquella sequedad ni á aque-

lla candidez ya conocida, ni á aquella parsimonia y abandono mórbido de las pinturas místicas.

Más difícil es copiar á Beato Angélico y seguirle para obtener los fines á que sus cuadros se dedicaban, que copiar al gigante, á Miguel Angel, con el objeto de producir, si no los mismos efectos, otros distintos pero no ménos vitales y conmovedores.

Un pintor completamente desapasionado es en nuestros días imposible, y más si para ser un segundo Beato Angélico ha de empezar por procurarse la pasividad y mansedumbre del cenobita dominicano. La pintura buena en nuestra época vive necesariamente de pasiones. Ya no basta decir que tal artista es un talento, si no se añade ó se dice desde luego que es sobre todo una pasión feroz. Ahora bien; la pasión nada puede hacer en ningún arte si no altera sus formas. Y esta pasión inquietada ó alterada no ha de ser la propia de los personajes figurados, sino la que domine al artista y éste se proponga lanzar volcánicamente fuera de sí. Rafael no quiso poner en juego en sus obras más que la pasión de sus personajes. Beato Angélico quiso lo mismo, aunque no la pasión, sino lo impasible. No así Miguel Angel que no descansó hasta conseguir la introducción en sus cuadros de sus pasiones violentas. Rafael por eso permaneció siempre dentro de los contornos bien delineados de una verdad precisa; y por eso mismo Miguel Angel se desbordó al fin fuera de todas las reglas y de los límites naturales. La obra de Miguel Angel no es sino la sublime caricatura de la vida, aceptando esta espresión de caricatura en su sentido más lato y elevado. Exagerar la forma para dar la idea del movimiento, hinchar una parte del cuerpo para acusar una palpación borrascosa, servirse de las proporciones, de las evoluciones, de las contorsiones, de la elasticidad del cuerpo humano; y esto, no según la pauta real y efectiva que dicho cuerpo expresa, sino conforme al estado de exaltación, á las circunstancias, á la pasión personal del artista; es, en resolución, la primera necesidad de un talento intrépido, el primer derecho del arte como quiera ser vital, sincero y creador. Si Miguel Angel se hubiera contentado con lo bello, natural, decente, único que perseguía en su juventud, no hubiera alcanzado de ninguna manera la corona de inmortalidad que le reconocemos. Siempre hubiera dado á los siglos obras maestras; es innegable que el *Baco* y el *David* hubieran bastado á glorificarle; pero no hubiera sorprendido al mundo con la obra más singular del arte italiano, el *Moisés*, mejor dicho, *Miguel Angel*, estatuario de sí mismo.

El crítico Boilo desenvuelve sus ideas examinando una por una las obras maestras del pintor dantesco. Imposible seguirle en esta noticia de límites impuestos. Pero no dejaremos de recoger y apreciar este dato sobre la bóveda de la Sixtina; allí se cuentan setecientos metros cuadrados pintados por Buonaroti en sólo veinte meses, según Vasari; y según Gaetano Milanesi, moderno comentarista, en ménos de diez y siete meses.

De los grandes autores no nos basta admirar los resultados del ingenio, ni estos nos ofuscan tanto que nos vedan la curiosidad de indagar todos los secretos posibles acerca de la manera de realizar sus obras, sobre los preparativos para adelantar en ellas y en su arte, y principalmente sobre la virtud á que debieron el ser consecuentes consigo mismos. En Miguel Angel y en Beato Angélico, esta virtud generadora no fué otra que la perseverancia. El que tendido en un escaño de la basílica, en la más conveniente posición para abarcar con la mirada el mundo de figuras que llenan la bóveda, aprecia el conjunto de la composición, y estudia una y otra parte en su infinita variedad, no comprende de pronto una tal y tan prodigiosa rapidez de mano. Los estudios, los cartones, los bosquejos solamente reclamarían toda una vida de artista, si se tratara de una obra contemporánea de igual magnitud. Buonaroti, que además tenía que moler sus colores, como lo asegura Benedetto Varchi, pintó cuantas figuras y detalles encierra la bóveda de la célebre capilla. Todo es de su mano, no hay un rasgo que no lleve el nombre, la turbulencia, la trepidación del maestro.

¡Setecientos metros cuadrados! Verdad es que el mismo arrebató de su inspiración y la energía de aquel carácter indómito explican la rapidez de ejecución. Pero, ¿cómo explicarnos el número extraordinario de obras del Beato Angélico, cuyo carácter era tranquilo y moderado en extremo, cuyo trabajo se inspiraba en la obediencia pasiva, cuyos preparativos para la concepción de un asunto eran tan lentos y pensados? La calma que sale de las creaciones místicas de este pintor hacen creer en una calma correspondiente, en una gran parsimonia del pincel recorriendo siempre muy despacio la tela ó el muro.

La misma calma se advierte en otro génio singular, hermano de los dos anteriores; pero de carácter muy diverso y que buscó en otro arte más vívido la manera de revelarse. En Bolonia, en la Biblioteca del Lyceo Filarmónico, hemos recordado á Miguel Angel y á Juan de Fiésolo cuando hojeábamos el voluminoso manuscrito de un músico autor el más chispeante de la alegría y de la mofa. Era la partitura original del *Barbero de Sevilla*. Clara, límpida, escrita con el mayor cuidado, *con amore*, allí no falta una sola nota, ni un accidente, ni una barra, ni una ligadura, ni un punto de los que prolongan el valor de una corchea. El más diestro copista tardaría hoy tres semanas ó un

mes en transcribir aquella obra, y no sin erratas, desigualdades y compases incompletos. Pero Rossini, el autor, no tardó más de quince días en escribir y componer al mismo tiempo aquella música juguetona, la más regocijada música de comedia que ha oído la Europa artística. ¿Cómo se explica tal asiento y pausa, esta minuciosidad tan esquisita en un carácter tan infantil y en un arte tan lleno de volubilidad y divagaciones?

TRISTAN MEDINA.

LA REVELACION.

I

Treinta y seis siglos hace que un pueblo singular, con sus tesoros y ganados, recorría, en masa, las abrasadoras arenas de un desierto.

Su Dios era Jehová; su caudillo el más grande hombre de que hace mención la historia. Una columna de luz le guiaba en las tinieblas, como lumbré de estrellas por la noche; una nube, de día, le protegía del sol. Al sentir su presencia los mares se turbaron, y recogieron sus ondas y abrieron anchas veredas. Los montes y los collados se estremecieron de gozo al verle pasar, en orden, con sus tribus y escuadrones. Llenas de saña salieron contra él gentes armadas, y trabada la lucha, cayó sobre ellas el pavor y quedaron yertas de espanto. Los ríos al verle venir, suspendieron sus corrientes y amontonaron sus aguas en elevado promontorio. Los cielos, para saciarle el hambre, condensaron sus nubes y derramaron ambrosías. Para templarle la sed las rocas reventaron, y diáfanos torrentes corrieron por el yermo.

Era el pueblo de Israel confidente de la Providencia; hoy, esparcido por la tierra, sin unidad nacional, pero conservando siempre su espíritu peculiar y su carácter de raza, suspira aún por el Mesías, como en otro tiempo en Babilonia, ausente de su patria, gemía dolorosamente por la hermosa Jerusalem.

Viósele un día agrupado al rededor del monte Sinaí, que, envuelto en densa nube, lanzaba lenguas de fuego y remolinos de humo, como un horno encendido. La voz de Dios resonaba en las alturas con estrépito creciente. La deslumbradora luz del rayo cruzaba las faldas del Sinaí, y el trueno retumbaba con desusado fragor.

En la falda de aquel monte de terrible majestad, el pueblo de Israel, atemorizado y atónito, con las voces y relámpagos que de la cumbre salían, recibió de la Divinidad dos fecundísimas leyes, la religiosa y la civil, círculos concéntricos en que la humanidad se desenvuelve en busca de su perfección.

Tal es la revelación segunda.

Veamos ahora á qué grado de poder, de riqueza y de cultura llegó el pueblo de Jacob, formado y educado bajo los auspicios constantes de la revelación divina; de esa revelación que el sensualismo envilecido y la incredulidad jactanciosa, en nombre de la ciencia, vilipendian y escarnecen.

Ningún pueblo en la antigüedad comunicaba más vigor al sentimiento nacional que el pueblo hebreo. A la voz de la patria acude con valor, conquista en poco tiempo la tierra del Cananeo, y se establece con sus tribus, su sanhedrin y su santuario, en forma de república eminentemente federal.

Pasan los jueces y en pos de ellos van los reyes; y es bajo la monarquía cuando los hebreos llegan á su mayor esplendor.

David, uno de los más grandes monarcas de aquella nación ilustre, extiende su dominación del Mediterráneo al Eufrates y del Mar Rojo á la Fenicia.

Salomon echa en los mares sus potas y sus naves, que conducen de Ofir piedras preciosas y finísimas maderas; y transportan de Tharsis el oro y la plata, los pavos reales y el marfil.

¿Quién llevó jamás al sálio en las cortes orientales, la gloria y la opulencia, la sabiduría y la majestad, como el hijo esclarecido de David, el ungido en la fuente de Gihon, el monarca pacífico y feliz? Este rey sapientísimo, en su trono de leones, recibe los presentes que, en vestidos de guerra y armas bélicas, en mulos y en caballos, en vasos preciosos y en aromas, le ofrecen anualmente los príncipes extranjeros que acuden á admirarlo. Y en ese reinado de magnificencia y de gloria es cuando en Jerusalem, la mística, abundan como las piedras la plata reluciente y el oro aquilatado; y cuando se multiplica el cedro, en la tierra de Israel, como el silvestre cabrahigo que se esparce en los campos.

Salomon excede en ciencia á los sabios del Oriente, y vence en sabiduría á los sabios del Egipto; y tan grande es su saber en las cosas naturales, que conoce con precisión las revoluciones de los astros; y escribe sobre los peces y los reptiles, sobre las aves y las bestias; y disputa sobre las virtudes de las plantas desde el cedro que se levanta en el Libano hasta el hisopo que nace en la pared.

¿Cuál pueblo entre los antiguos, como el pueblo de Jacob, planteó jamás los problemas sobre la humanidad y Dios, las maravillas del mundo, sus enigmas y sus leyes, con tanta intrepidez, y los resolvió con tanta seguridad? ¿Ni quién como Israel tuvo un conocimiento más claro sobre el origen del mal, el dolor y la miseria; ni una intuición más perfecta para haber adivinado en qué estriban el

misterio y el valor de la virtud; ni una idea más grande de Aquel que, con sus dedos, repliega como un manto las aguas de los mares?

La poesía hebrea es superior á la de los pueblos gentiles en su gran sentimiento, fecundado por la adoración, y en su fisonomía nacional. Moisés presenta á los hebreos el concepto más elevado del Dios fuerte y terrible, ejecutor de maravillas, en el canto eucarístico, á orillas del Mar Rojo, cuando separadas de repente las ondas hinchadas, pasa con el pueblo, sobre blandas alfombras que los ángeles tienden y los vientos orcan en el fondo del abismo. Los himnos de David son de sin par belleza. Isaías, profeta de eminentísima visión, es imitable en majestad y elocuencia. Job, con enérgico buril, anatematiza la blasfemia y enseña á triunfar la resignación heroica. Y Ezequiel fascina, con su pincel vigoroso, en sus tetricas visiones y pavorosos anuncios.

Hace parte de la constitución social de los pueblos orientales la degradación de la mujer; y mientras en Roma y Grecia está vilmente encerrada en solitarios gineceos, se halla entre los hebreos rodeada de veneración, respetada en su dignidad, alabada en su heroísmo y bendecida en su virtud. ¿Dónde está la mujer en las naciones gentiles, que, como Débora, administra justicia al pueblo de Jacob, bajo la palma de Efraim, y reanima con su ejemplo de valor y de esperanza, el patriotismo de Baruc? ¿Y quién como Judit, en las edades paganas, se ve rodeada de respeto por su púdico recato, y colmada después de bendiciones y alabanzas, por los príncipes y el pueblo, cuando trasformada de súbito en ángel de justicia, liberta á Bethulia de la invasión de los asirios, dando muerte á Holofernes?

La civilización hebrea tiene cierta primacía sobre las civilizaciones gentiles, entre las cuales algunas ostentan en su progreso un alto grado de esplendor.

Tended la vista hácia el Egipto, y vereis que sus canales, sus templos y catacumbas, sus columnas y obeliscos, revelan con elocuencia una civilización vigorosa. Pero en aquel pueblo geométrica de tan grandiosos monumentos reinan instituciones de tan envilecida servidumbre, y se ven altos ejemplos de oprobioso baldon y régia infamia. Allí imperan las castas; domina la metempsicosis en todas las conciencias, y los mármoles del trono se manchan y deslustran con monarcas que venden la virginidad de sus hijas para levantar pirámides.

Poned ahora los ojos en el grande imperio de Asia, simbolizado en la cabeza de oro de la estatua de Daniel, y vereis, con asombro, á la ciudad de Semíramis y de Nabucodonosor, circundada de barcos, rodeada de caravanas que acuden á ella sin cesar, coronada de pensiles, radiante de luz y henchida de fragancias como un cáliz de perfumes, levantarse orgullosa, con su hermosura y su ciencia, en la llanura de Sennaar. Pero el vivo fulgor de las estrellas en ese horizonte diáfano, y el incienso de los pebetes que se difunde en el aire, extravían la imaginación, y el hombre adora allí las lumbreras del firmamento, diviniza á los héroes, y la mujer se prostituye en el templo de Milita.

En la vasta religión de la península indostánica, donde una naturaleza robusta se ostenta, aquí deliciosa, allí terrible y gigantista; se levanta un pueblo ilustre cuya fantasía exuberante reina con magnificencia en las composiciones grandiosas de su extensa literatura. Ese pueblo posee la trigonometría y el álgebra, y talla, con primor, el cuerno y el marfil, el ébano y el diamante. Pero las castas se mantienen por la arrogancia de los fuertes y la abyección de los menguados; y esa nación antiquísima, extasiada en el Panteísmo, y encorvada bajo el peso de la enervante metempsicosis, permanece estacionaria, con sus inmensos hipogeos, sus pirámides simbólicas y sus espléndidas pagodas, en un supremo reposo, sin lanzarse jamás en las sendas del progreso.

Allá en la Persia, en los palacios de Susa, Babilonia y Ecbatana, circundados de jardines, arden sensuales serrallos, sobre pavimentos de pórfido, con las crueles intrigas de mujeres voluptuosas; y los reyes autorizan, para oprobio de la humanidad el matrimonio incestuoso del hermano con la hermana y el padre con la hija.

Poned ahora la atención en la inconstante Grecia, donde la civilización se remonta á alturas esplendorosas. Los griegos entusiasman con la magnífica alteza de su sentimiento estético. De carácter profundamente original, de génio poético y de alternativas procelosas, ese pueblo, aunque eminentemente versátil, es eminentemente impresible y eminentemente progresivo. Ferviente estimador de la belleza, hasta el abuso; y poseedor de la lengua más flexible y armoniosa, cadenciosa y robusta que hablar pueden los hijos de los hombres, y de una imaginación ardiente y atrevida, inquieta y fecundísima, ¿qué mucho que recorra con su razón vigorosa todos los sistemas filosóficos, y levante la poesía y las bellas artes al grado de lo sublime, y que sus bardos arranquen del santuario de los templos la moral y las ciencias para hacerlas populares? Y á pesar de tan grandes excelencias el antropomorfismo domina en la fantasía. Los dioses, en muchedumbre, hacen alianza entre sí y reinan en las conciencias. La esclavitud es una ley. El deber cede á lo útil; y Esparta arroja, con insensible crueldad, á los niños contrahechos por la roca del Taigeta.

Ahora bien: si en el pueblo de Jacob no se em-

pareda la belleza en impúdicos serrallos; si allí es digna la mujer y puede juzgar al pueblo y sentarse sobre el trono; si la igualdad es un dogma y la esclavitud es mitigada; si están completamente abolidos los sacrificios humanos; si las muchedumbres obedecen al Código de Moisés, al precepto de la ley, no al capricho de un déspota ni al mandato arbitrario de una clase privilegiada; si la constitución de la familia es superior á la de las familias gentiles; si las castas desaparecen y el saber no está encerrado en el recinto del templo, porque el pueblo lee y sabe el libro de los dogmas; si consideramos que la religión, la filosofía y la política de todos los pueblos paganos, andan por sendas oscuras y caminos contradictorios, mientras el pueblo judío marcha obedeciendo siempre á una sola doctrina, la del Sinaí, y á una sola ley, la de la libertad, ¿se podrá negar que la civilización hebrea tiene cierta primacía sobre las civilizaciones gentiles?

¿Y no miente con cinismo la escuela sensualista en sostener tercamente que la revelación divina es opuesta á la ciencia, al desarrollo del pensamiento, al vuelo de la imaginación y al progreso de la libertad?

II

Levantemos ahora los ojos á aquel monte Judea donde el luminar eterno de la civilización moderna se alza entre nubes de sangre para dar al hombre enfermo, sentado en sombras de muerte, sabiduría y caridad; y libertarlo á la vez de la esclavitud más abyecta, la sujeción al mal moral, en que venia sumergiéndose, durante cuatro mil años, con una fuerza impulsiva de progresión espantosa.

El martirio y la palabra extienden la doctrina de esta nueva revelación hasta las extremidades del mundo, y trasforman á la humanidad que corrompida y deshecha por el sensualismo vil, caía á pedazos, como herida de lepra, en atormentadora agonía.

Jesucristo envuelve la tierra en un torbellino de luz; y al soplo omnipotente de su inspiración divina los desórdenes inveterados de las naciones gentiles desaparecen del globo, como se ahuyenta la bruma á los resplandores del sol. Un nuevo universo, el universo moral, sale radiante entonces de aquel espantoso caos, producido por la disolución de las naciones caducas y el feroz salvajismo de las naciones del Norte, que, cayendo con estruendo sobre la sociedad moribunda, arruinan lo más grande que entonces se ostentaba bajo las águilas de Roma.

Todas las ideas y costumbres, todas las tendencias y deseos, todas las inclinaciones y designios del corazón humano, que en la era del paganismo habian llegado al colmo de la perversidad y la miseria, se trasforman y levantan para seguir con firmeza los preceptos del deber y las leyes de la justicia.

¡Cuán grande es el poder de la verdad! Jesucristo obtiene el primado de todas las gentes y naciones, porque es lumbrera sin mancha de sabiduría esclarecida, porque son sus pensamientos más vastos que la mar, y sus consejos más profundos que los antros del abismo; y los pueblos y naciones atraídos por su virtud é inspirados por su doctrina, han desenvuelto las ciencias, las letras y las artes, la historia y la poesía, en corrientes luminosas de perfección indefinida.

Fortalecidas sus potencias con la doctrina civilizadora del gran Crucificado, el alma se siente libre, y puede aspirar al bien, por infinito que sea. La virtud adquiere fuerza y sube hasta la santidad. La filosofía, iluminada con la lumbrera de la fe, se eleva en las plumas del viento á la altura en que se cierne el águila de Patmos. El arte se remonta á la espiritual región de lo grandioso y lo infinito. La moral descende entonces de lo más sereno y esplendente de los cielos, del seno mismo de Dios, y se extiende por el mundo con su indeleble carácter de integridad y perfección. Las ciencias abren veredas de desarrollos crecientes, y descubren horizontes de luces inextinguibles, donde la razón se mueve en anchurosos espacios. El hombre aspira impaciente á las verdades eternas, y por añadidura conquista, conforme á las promesas del egregio Nazareno, secretos prodigiosos á la naturaleza material. Y esas cumbres elevadas á donde la virtud alcanza; y esos anchos horizontes donde se espacia la ciencia; y esa altura portentosa á donde se remonta el arte, eran campos ignorados, regiones desconocidas, en la época anterior á la gran revolución que la cruz ha consumado.

Por eso, cuanto hay de bello en el arte, de bueno en el corazón, de grande en la voluntad, de heroico en la virtud, de hermoso en la inteligencia, de inmortal en los monumentos, de verdadero en la ciencia, de sublime en el génio y de libre en el alma, es engendrado por la fe, antorcha de la inteligencia, y por la humilde cruz, crisol inmenso en que la humanidad se purifica, y alimento perpetuo de la civilización moderna.

Esta civilización perfecta que desde la cima del Calvario ha venido creciendo como crece el Jordán en el tiempo de la siega, y esparciendo la sabiduría como el Eufrates sus ondas, es evidentemente superior á las civilizaciones gentiles. El politeísmo reinaba en las sociedades antiguas. En las naciones modernas, levantadas de la disolución y de la feroz barbarie, impera el dogma de la unidad del Criador, dogma fecundísimo que engendra perennemente la igualdad y la fraternidad humanas. La cruz ahonda una fosa en donde es sepul-

tada la esclavitud del paganismo, y extiende sus brazos, como el terebinto su copa, para hacer sombra á la humanidad, sin excepción de personas. La democracia verdadera es un dogma del Evangelio: los blasones nobiliarios tienen su base en la virtud, el génio es acatado, y la tiara resplandeciente ciñe las frentes humildes de Félix Peretti y de Hildebrando. En una palabra, todo cuanto hay de grande, de verdadero y de bueno, de inmortal y de brillante en la civilización moderna, procede de Jesucristo, á quien cuarenta siglos esperaron, y á quien diez y nueve de creciente ilustración rinden homenaje.

¿Por qué esta supremacía de los adelantos modernos sobre los adelantos antiguos?

Porque el fundador de la civilización cristiana se levanta sobre la humanidad, como se alza la palma sobre los campos de Engaddi, como se empuja el ciprés sobre la montaña de Sion.

Porque el fundador de la civilización cristiana es el que tiene de escabel las nubes del firmamento; el que dá claridad á la aurora, fecundidad á la tierra, verdor á las plantas, esplendor á los astros, instinto á la bestia y libertad al hombre.

Porque el autor de la civilización moderna es el que manda á las nubes que cuajen el granizo, á la luz que esparza sus rayos, al Océano que encrespe sus olas, á los mares de los polos que aprieten sus aguas y coagulen la nieve, al viento del desierto que sopla con ímpetu, y á quien los vientos, y la luz, y los mares, y las nubes obedecen.

Por qué esta civilización reposa en el Evangelio, y el Evangelio es el fanal que sirve de guía al hombre en las tormentas de la vida.

Porque la religión, en el mundo, es como la columna de Israel en los desiertos de la Arabia, que, coronada de luz ilumina á las conciencias para que marchen seguras á sus destinos inmortales; y revestida de sombras templea los resplandores de la verdad infinita, que nuestra inteligencia no podría mirar sin deslumbrarse.

Porque la religión es la sávia de todas las sociedades, se infiltra en las venas del mundo, y se refleja en el semblante de los pueblos y naciones.

Porque la religión, apoderándose de las potencias del alma, la domina, la purifica, la eleva y la ennoblece; imprime un sello indeleble en los caracteres y costumbres; se revela grande en las concepciones del génio, infalible en la moral, llena de solidez en las ciencias, rica de poesía en el desarrollo de las letras, bella y majestuosa en las artes, heroica y magnánima en la espada del guerrero, más heroica aún en la resignación del mártir, llena de perfumes en la castidad de la virgen, sublime en la abnegación del apóstol, venerable y santa en la conciencia del justo.

En presencia de tantas grandezas y de tantas magnificencias que el progreso ha desenvuelto en la era del cristianismo, bajo la inspiración sublime de la enseñanza evangélica, hay razón para decir que el sensualismo impio es cínicamente audaz en proclamar, sin descanso, que la revelación divina es opuesta á la ciencia, al vuelo del pensamiento y al desarrollo de la libertad; que miente con desdoro porque la razón lo impugna; que calumnia con osadía porque lo contradice la historia.

Si la religión viene de Dios, y Dios es al mismo tiempo el eterno y ancho mar de donde nace la ciencia, ¿cómo puede ser la ciencia opuesta á la religión?

Si, como dice Platon, *lo bello es el esplendor de la verdad*, y Dios es aquel Océano en donde están juntamente las excelencias del cielo y las maravillas de la tierra, ¿por qué el arte y la poesía deben apagar su estro bajo la revelación divina de Aquel que, en su reposo, es tipo de sabiduría y modelo eterno de belleza?

Si la verdad en sí misma no puede ser contradictoria, todas las ciencias humanas, aunque por diferentes senderos, deben ir á un mismo fin, y su trabazón armónica debe converger á Dios, de donde todas las verdades nacen, y en donde todas ellas se concentran.

Y esa grandiosa armonía entre la religión y la ciencia, presentada por el alma, confirmada por la razón y corroborada por la historia, fué proclamada por Cristo, cuando sus labios brotaron esta infalible expresión, reto divino lanzado por el Salvador á la cavilación presuntuosa: *Quien me sigue no andaré nunca en tinieblas*.

LUCIANO CARVALLO.

MI ALBUM.

Me decía una vez Paul de Kock, «que no hay *babieca* que no se creyese con derecho á tener un *album*», en ocasión en que yo le presentaba el mio, pidiéndole una palabra y su nombre, que agregar á los ilustres é inmortales que figuraban ya en sus páginas.

Este disparo, á *bout-portant*, me lo hacia en su despacho, teniéndome de pié, sin haber querido siquiera ver el libro que yo acariciaba entre mis manos.

El famoso y travieso novelista no me conocía, y como se comprende—hace de esto quince años,—ni sabía que semejante personaje existiese en el mundo, lo mismo que respecto á su persona debía suceder á los indios salvajes de las *Pampas argentinas*, donde no creo que se hayan agotado muchas ediciones de la *Jolie Fille du Faubourg*, *L'amoureux transi*, *La Bouqueliere du chateau d'Eau*, y tantos centenares de cuentos y novelas.

producidos por aquella pluma, que conservó su frescura hasta que el soplo de la muerte heló tan portentosa cabeza.

Abria ya la puerta para retirarme, afeitado y sin visita, cuando Paul de Kock, con tono bastante grosero, me dijo:

—A ver ese libro...

Tentado estuve por hacer una alcaldada, contestándole alguna frase que se armonizase con su impertinencia; pero... sin decir palabra, le entregué el *album*.

Lo empezó á hojear, murmurando, á medida que pasaba cada página.

—¡Hum! Girardin, el Papa, Castelar, Guizot, Thiers, Dumas, Feval, Martinez de la Rosa, Lafuente, Gladstone, María Cristina...—

Calló, y siguió hojearlo.

Cuando hubo concluido, tomó la pluma, escribió dos renglones, arrojó sobre ellos un poco de arenilla, y sin decirme una palabra me devolvió el *album*.

Hice un saludo con la cabeza envolviéndome en el mismo silencio, y me dirigí á la puerta.

Iba á salir ya, cuando me dijo:

—¿Se llama Vd?

—Varela.

—¿Y de qué país es?

—De la República Argentina.

—¿Dónde está eso? ¿En el Brasil?

—No, señor: allí mismo, en la República Argentina.

—¿Y qué idioma hablan?

—Español.

—¡Ah! *C'est bien: au revoir.*—

Y antes que me mostrara la puerta con más claridad, la franqueé, diciéndole: *¡Merci Monsieur.*

Omito la impresion que me produjo, no la poca galantería con que fué recibido por el novelista, pero sí su alarde de crasa ignorancia geográfica, suponiendo que la República Argentina formaba parte del Imperio de don Pedro II, y no sabiendo el idioma que allí se hablaba.

¿Pero, qué extraño debe parecer esto tratándose de un país lejano, cuando actualmente hay en Francia hombres de reconocido talento, que al tratar de España creen que sus damas *lleven navaja en la liga?*

Pasemos...

Ya comprenderá el lector, que despues de lo que acababa de pasar entre de Kock y mi pobre persona, ardía en impaciencia y curiosidad por leer lo que habia escrito momentos antes.

¿No seria alguna insolencia, ó indirecta?

Muy al contrario.

Allí mismo, en la escalera abrí el *album*, y leí:

—*On ne s'aurait se trouver en meilleure compagnie.*—

—Tú mismo me has vengado, viejo socarrón,— me dije para mi colete leyendo estas palabras, al pié de las que puso su nombre, y satisfecho de contar con este autógrafo más para mi preciosa coleccion, tomé el camino de mi morada, en la que, cuatro meses despues, el mismo Paul de Kock comia en compañía de algunos periodistas distinguidos que la honraban con su presencia.

Sí, pues, como me dijo el autor de *La fille aux trois jupons*, «no hay habieca que no se crea con derecho á tener un *album*,» yo tengo uno; pero de inestimable valor, una verdadera joya, como no he visto otro, ni creo que tampoco exista, por la coleccion de firmas que en él he conseguido reunir; no solo en Europa, sino en América, en los largos y constantes viajes que vengo haciendo hace veinte años.

Sin duda por pertenecer á la categoría de los *habiecas* de que me hablaba Paul de Kock, diré, que desde niño habia soñado con tener un *album*, y de aquí, que apenas contaba quince años, cuando ya lo tenía.

En esa época me hallaba en la ciudad de Montevideo, sitiada por las horcas del tirano Juan Manuel Rosas, y en cuyas calles mi noble padre—jefe del partido que le combatía desde el destierro—fué bárbaramente asesinado por uno de los sicarios.

Refugiados en la *nueva Troya*, como llamó Alejandro Dumas á la ciudad que sin capitular ni abatir su gloriosa bandera resistió nueve años, se hallaban encerrados los primeros poetas argentinos. Mármol, Dominguez y Echeverría, confundidos con los hombres más eminentes en el foro, la literatura, la milicia, la ciencia y el capital, que habian conseguido escapar á la persecucion del tirano.

Esos tres grandes poetas, fueron los primeros que llenaron las páginas de mi *album*, en el que, andando el tiempo, y sin que yo hubiese podido, ni soñarlo entonces, habian de figurar más tarde los nombres inmortales que le enriquecen.

Para que el lector juzgue de su riqueza, le diré, que en una sola de esas páginas están los nombres de *Thiers, Rossini y Berryer*.

Al acaso, y sin preferencia, copiaré hoy algunos, empezando, como es natural, por el principio, por los de los poetas citados, que son los que figuran en la portada del libro.

Á HECTOR F. VARELA.

DURANTE LA TIRANÍA.

Pronto en la social arena
Pondrás, ¡oh niño! la planta;
Con valor y fé serena

Prepárate á combatir:
Prepárate que á los fuertes
Grande y trabajosa lucha,
Pero tambien honra mucha
Guardando está el porvenir.

Lucha sí, más no sangrienta
No igual á la que hoy horrible
A tus ojos se presenta
Como tremenda leccion;
Sino la que muevan noble
Los talentos varoniles,
Al fundar la base inmoble,
La obra de reconstruccion.

Cuidado no te alucinen
Los fermentidos clamores
De los mil competidores
Del lauro y la potestad;
Piensa bien que en la *Nueva Era*
Solo habrá una causa santa:
La que lleve en su bandera,
Democracia, humanidad.

Dichoso tú que has nacido
Para ver mejores dias,
Para gozar alegrías,
Que yo nunca gozaré;
De una patria donde libres,
Iguales los ciudadanos
La consagren como hermanos,
Un brazo, un alma, una fé.

ESTÉBAN ECHEVERRÍA.

Es el grito del desencanto del proscrito, que teme morir sin asistir á la resurreccion de su patria amada.

Y así fué.

Echeverría, el tierno autor de la *Cautiva*, que tanto cautivó á Ventura de la Vega, su condiscipulo y compatriota, murió antes de que cayera Rosas.

Más feliz que él, José Mármol, el Milton argentino, pues como el autor del *Paraíso perdido*, habia perdido la vista, pudo asistir á los dias gloriosos de la resurreccion, y tomar parte en la noble tarea de lanzar á su patria en las corrientes de la libertad en que hoy se engrandece.

A él pertenece esta *octava*, que me dedicó tambien durante la tiranía:

Retoño de árbol frondoso
Alzate, florece y cuida
En cada instante de vida,
Mandar diez al porvenir;
Que cultivar en la infancia
La inteligencia del hombre,
Más tarde le vale un nombre,
Y un nombre, niño, es vivir.

JOSÉ MÁRMOL.

Pertenece á la misma época otra composicion de Luis L. Dominguez, como Mármol y Echeverría, poeta conocido y de reputacion en España: no la copio por ser algo extensa, y no robar el espacio á otras que deseo conozcan los que lean estas páginas.

El año 1860 vine á Europa, deteniéndome primero en Portugal y España.

Los hombres más eminentes en las letras de aquel país, Herculano, Latino Coelho, Bulloens, y otros, enriquecieron mi *album* con preciosas páginas, que más adelante publicaré.

Vine enseguida á Madrid.

Aquí, mi compatriota Ventura de la Vega, y mi corresponsal entonces, y amigo ya sin conocerle, Emilio Castelar, me pusieron en contacto con los primeros hombres de España, de manera que mi *cosecha* fué abundante y escogida.

El gran Hartzenbush.

Hoja en que estampo mi nombre,
Tú me sobrevivirás,
¿De qué vale ¡ay! el ser hombre,
Cuando un papel dura más?

En el salon de conferencias del Congreso, se hallaba el señor Martinez de la Rosa, que á la sazón lo presidia.

Allí mismo Castelar le presentó mi *album*, y en el acto escribió.

La amistad sincera y pura
El *album* fina inventó,
Y en hoja leve fundó,
Recuerdo que siempre dura.

Cierto: en mi corazon y en mi memoria ha vivido siempre el recuerdo del placer inmenso que tuve al conocer, estrechar la mano y tratar al insigne D. Francisco Martinez de la Rosa.

Muchos años despues, el inolvidable Heriberto, García de Quevedo, comia conmigo en París, y hojearlo el precioso libro, al leer la anterior cuarteta, escribió al pié:

Tu *album* es un panteon:
Por eso mi nombre junto
Al de un ilustre difunto
Que aun vive en mi corazon.
Y no estrañes mi osadía:
Unida á su gran memoria
Tal vez registre la historia
La oscura y modesta mia.

HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

El gran poeta francés MÉRY:

A Monsieur Héctor F. Varela

*Je suis né malheureux, car je n'ai pu connaître
Que de nom le pays, où j'aurais voulu naître,
Le vôtre, ce pays, où l'horizon vermeil
D'un printemps éternel donne la douce fête,
Et remplirait de joie une âme de poète,
Un pauvre exilé du soleil!*
*Et je suis né proscrit, sans raison politique;
Toujours devant mes yeux, j'ai vu votre atlantique
S'élever comme un mur, et fermer ma prison;
Je n'ai jamais franchi les colonnes d'Alcide
Pour secouer le joug de l'hiver homicide,
Tiran, qui s'appelle saison.*
*Quarante ans, j'ai subi ce froid pays des brumes,
Des neiges, des frimats, des fluxions, des rhumes,
Fléaux, comme l'enfer ne voit rien de pareil.
Ce nord, où l'été même est un nom chimérique,
Où même, en plein midi, la lune d'Amérique
Se fait passer pour le soleil.*

MÉRY.

En la página que le sigue se lee este pensamiento:

Me desespero cuando veo que el género humano tiene limites, y que la tontería humana no los tiene.

A. DUMAS (hijo).

Hallándose en París, años despues, el fecundo novelista español improvisó estos versos, en mi casa, y los escribió *sur le champ*.

Anoche ví soñando
Su frente pálida.
Y entera por mi boca
Se entró su alma.
Su alma de fuego,
Que al pasar por mis lábios
Los dejó secos.
No vuelvas esta noche
Sueño que matas
Que el corazon me duele
Por la mañana,
Y mis mejillas.
Como el mármol se tornan
Blancas y frias.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Dando un vuelo desde Europa á la encantadora América, copiaré una composicion de las muchas que sus poetas han dejado en mi *Libro tesoro*.

El autor de ésta es ya muy conocido en España.

¡ADIOS!

Á MI QUERIDO AMIGO HÉCTOR F. VARELA.

No es mi musa en fuego escasa,
Mas nunca á loar se dió,
Que si muy humilde yo,
De altiva mi musa pasa;
Y como de mengua huyo,
La guardo como un topacio
Y jamás la prostituyo
A las puertas de palacio.
Acaso algun dia armada
Rugió ella, alzó las manos,
Y á los cielos pidió airada
La muerte de los tiranos.
Acaso, huracan que zumba,
Estalló en tono severo,
Y lloró sobre la tumba
Que ocultaba á algun guerrero.
Acaso al ver falleciendo
Caido y solo á un soldado,
Clamó al cielo enalteciendo
Heróico afan desgraciado.
Acaso pasó los mares,
Y allá en lejanas arenas,
Miró esclavos á millares
Y maldijo sus cadenas.
Pues buscó siempre en alteza,
Como el águila del viento,
Atmósfera de grandeza,
De las nubes el aliento.
Y como debe la musa
Por la gloria asir la trompa,
Y nadie á la mia acusa
De que niegue al sol su pompa,
Hoy que lloras indignado
Del hermano la desgracia,
Hoy te canto, á tí, soldado
De la austera democracia.
Y te doy mil parabienes
Por tu palabra fecunda,
Que si dá lauro á tus sienas.
De luz á la patria inunda.
Dices bien que nada abate
De un pueblo ultrajado el pecho,
Del esclavo que combate
Por la Ley y el Derecho.
Y dices bien que es coloso
Guzman, el bravo guerrero,
El Magistrado celoso,
El soldado caballero.
Tal un dia los que dimos
El primer grito á la hiena,
Como iris de paz le vimos
Aparecer en la arena.
Nuevo Colon, del profundo
Abismo de las pasiones,
Limpia gloria, y nuevo mundo
Mostrando está á las naciones.

Y si caído, un tirano
Su gloria quiso ultrajada,
Vencedor tendió la mano
Y le amparó con su espada.
Y á eterna gloria, infinito
Timbre ya ese rasgo fuera,
Si también en el granito
Su géneo no lo esculpiera;
Si ese Código no hablara,
Y esos puentes y ese tren,
Si el pueblo no lo llevara
En el corazón también.
Augusto de un pueblo libre,
Así en la paz y en la guerra
Espléndido el rayo vibre
Que su noble diestra encierra.
Y en él mire el pueblo ansioso,
Al amparo de su acero,
Su Magistrado celoso,
Su soldado caballero.
Y á tí, noble amigo mío,
Veterano del talento,
Que te lleve el cielo pio,
Manso el mar y manso el viento.
Y no olvides que esta tierra,
Sepulcro de los tiranos,
Para los libres encierra
Dulce hogar... y mil hermanos.

JULIO CALCAÑO.

Con más espacio, publicaré después otras páginas hermosas, de celebridades así europeas como americanas, creyendo que mis lectores tendrán placer en conocerlas.

HÉCTOR F. VARELA.

PENSAMIENTOS.

Soñé que mi corazón lloraba... ¡Yo tenía sobre mi cabeza el cielo, y bajo mis pies el cadáver de mi madre! Algo superior al mundo reconcentraba en cada una de las palpitaciones de mi corazón toda la fuerza del dolor. ¡Ay! El hombre que es feliz no ha comprendido nunca ese misterioso sentimiento que nos obliga á ser humildes para comprender mejor á Dios.

La resignación es la primera virtud de los mártires. Hay más valor en el que abate su orgullo, que en el cobarde que satisface las exigencias de la vanidad.

Los sentimientos del corazón del hombre se parecen á esas gotas de rocío que resbalan sobre las hojas de las flores para ir á confundirse con el polvo del camino. ¡También nuestras lágrimas caen sobre polvo cuando no nacen flores en el largo camino de la vida!

El hombre que se conoce á sí mismo, encuentra en el mundo un corazón unido al suyo por la armonía de dos sentimientos. ¡Pero le encuentra tan tarde!...

El hielo de la montaña que, no pudiendo sufrir la acción del sol, se desprende, ya derretido, como espumosa catarata, busca un cauce sombrío ó precipitase rugiendo en un abismo. El criminal que en el camino de la vida tropieza con la virtud, ¿no se parece al hielo de la montaña?

La brisa gime en los cipreses... La luna ilumina las cruces que proyectan su sombra sobre las losas de los sepulcros como para resguardar el polvo de los que fueron... Allí, muy lejos, distingo á través de las lágrimas que se agolpan á mis ojos las imponentes torres de los templos de una ciudad dormida. Esta calma universal, despierta en mí el recuerdo de la calma que he perdido; éste conjunto de luz y sombra, me obliga á pensar en el espíritu del hombre; pero ¡ay! todo... cielo y tierra son para mí en esta terrible noche abortos del infierno más espantables que la duda. Todo descansa, excepto mi espíritu que busca en la morada de los muertos el rayo de luz que no encontró jamás en el mágico esplendor del Universo.

La desgracia nos enseña á leer en el corazón de los demás. En el fondo de la bulliciosa manifestación de una felicidad no comprendida por el mismo que la goza, ¿no vemos algo que se conforma con la pequeñez humana, y algo también que es para el alma un mudo pero elocuente testimonio de una grandeza indefinida? La vanidad y las flaquezas de los hombres, ¿caen en el espíritu que sueña una perfección imposible? ¡Ah! La felicidad conduce al egoísmo; sólo el que padece puede penetrar la máxima de Cristo: «Amáos los unos á los otros.»

La hipocresía es una vana ostentación de una virtud que, porque no es ingenua, convierte al hombre en enemigo de sí mismo.

El hombre sensible que repasa las obras de un gran poeta, se pregunta: ¿Cómo ha podido sentir lo que yo siento?

¡Existen tantos géneos desconocidos!... Y existirán, porque la palabra no ha sido ni puede ser la forma del sentimiento de algunas almas.

¿Qué es el hombre, de dónde viene y á dónde va? Si somos instrumentos de la fatalidad, ¿por qué sentimos?

Si: el hombre es esclavo de sí mismo; ni el mundo le comprende ni él puede comprender lo que su espíritu desea. Vacila... tiembla... duda... ¡La desesperación le vence! ¿Veis! La victoria no es suya. Una voz más poderosa que la voz de la conciencia, le dice implacable con la elocuencia, del infierno: ¡El mundo ó tú! ¡No quieras la virtud, que te deshonra!

Si una sospecha triste que nos aflige resulta cierta, parece que la luz se trueca en sombra, y es que el alma desfallece.

Vive en la sociedad un sér, á quien no es permitido aspirar á la compasión del réprobo... Esclavo de las pasiones, de la fatalidad ó del dolor, no es feliz, porque el desprecio de quienes debieran ser sus defensores engendra en su corazón, nacido para amar, un sentimiento doloroso, ignorado, sí, pero terrible. Ese *paria* despreciable es una mujer... Esa mujer no es feliz... ¿Sabeis por qué? Quizás dió su honra en cambio de una promesa fingida; quizás encontró en el vicio lo que le negaba la caridad humana; quizás, después de sostener una horrible lucha con algo superior á las fuerzas de su espíritu, dijo mirando á la tierra: —¡Adelante!... Logrará una prostituta lo que no alcanzan la virtud y la desgracia.

En días más venturosos, esa mujer deshonrada mezcló sus lágrimas con las lágrimas de su madre! Hoy, vencida por el dolor, tiende su mano y toca hielo; llora y el eco de su gemido es una eterna carcajada; implora compasión, y hasta la compasión le niegan; ama... ¡Bah! ¿Acaso puede amar una prostituta?

El hombre mal nacido roba la honra de una mujer, y cuando vé á ésta despreciada y sola, truecase en juez para mancharla con la calumnia. Así la brisa roba el aroma de las flores, y cuando las vé marchitas, truecase en huracán para arrastrarlas por el polvo.

Era una noche de primavera... Yo no pensaba como el hombre que está despierto... La belleza y la luz de los cielos; la soledad y el silencio de la tierra; mi desesperación... todo era triste, y todo desesperación, silencio, soledad, luz y belleza, confundíanse en mi alma como se confunden en las tardes del estío los resplandores de un sol de fuego con las primeras sombras de la noche. Yo pensaba en mi madre y en la mujer que fué la gloria de mi vida... El que ha vertido con las lágrimas de sus ojos las engañosas ilusiones de un corazón que desfallece, solo quiere recordar la dicha que ha perdido, y al recordarla siente en su alma todo el peso de una vida que se acaba.

Yo pensaba, pero mi pensamiento dormía; y es que cuando queremos percibir lo que está lejos, muy lejos de nuestra limitada inteligencia; cuando queremos concentrar en nuestro corazón toda la felicidad que nos rodea, parece que la misma fuerza del deseo produce en nosotros un desaliento que es precursor de la impotencia. Mi espíritu envidiaba aquella noche la calma de los cielos... Cuando nos hallamos bajo el influjo del dolor, acrecientan nuestro martirio la hermosura del mundo, el egoísmo de los hombres, la indiferencia de la mujer amada... Todo lo que vive sin comprender nuestra profunda pena.

Yo anhelaba destruir... y Dios prestaba á cuanto me rodeaba la belleza de otro mundo.

Algunas de las hojas que se desprendían de los árboles caían sobre mi frente; y un rayo de luna iluminaba á intervalos mi rostro como queriendo abstraerme de mis pensamientos... La brisa arastraba sobre la tranquila superficie de un río las ondas que, más tarde, morían, confundidas con espumosa catarata, en el oscuro fondo de un abismo. Al contemplar aquella imagen de la vida, pensaba yo en la eternidad del cielo... ¡Ay!—dije en alta voz como si tuviese esperanza de que llegaría hasta Dios el eco de mi queja,—mi corazón, ya cansado de sufrir, no siente más que el hielo de una amarga indiferencia... ¡Quiero morir, porque viviendo sin fé, nada me presta fuerzas que superen á la fuerza fatal de las pasiones!...

De repente, cual si obedecieran á una palabra mágica ó divina, surgieron de la sombra dos visiones... Una era pura como la luz del pensamiento de Dios... Otra era pálida como el resplandor del astro de la noche...

—Soy tu madre,—me dijo la visión que resplandecía como los ángeles...—Vivo en el cielo... Ven, que ya llegó el último momento de tu vida.

—Soy la que fué tu amada,—me dijo la visión pálida...—¡Vivo en la región de las tinieblas!...—Cegué... Mi frente tocaba el sol... Mi pensamiento era negro como la primera noche de los mundos...

—¿A quién abandonas?—me preguntaron los cielos.

No sé lo que pasó por mí... Lancéme anhelante sobre la visión pálida.

—A mi madre, que ya no llora,—dije. Oí un grito de horror... Ví flotar una llama en el espacio, y en mis brazos un esqueleto.

Al sentir sobre mis ojos el beso de la muerte, desperté.

.....
¡Ay! La esperanza es una visión pálida.

Estamos en un campo de batalla... La Muerte bate sus alas sobre ejército de hermanos... En el corazón del que combate, no cabe más amor que

el de la patria... El acero que fulmina en las trémulas manos del soldado, busca un pecho enemigo, como queriendo ahogar en él toda la fuerza de un Imperio... Truena el cañón... Los hombres caen, y el moribundo, tinto en la sangre de sus hermanos, muere pidiendo venganza... El fatídico acento del herido acrecienta la furia de los héroes... De pronto la lucha acaba... A los gritos y al espantoso estruendo de la batalla, sucede un silencio de muerte. Poco después, la luz del día reverbera en lagos de sangre; el sol alumbraba una llanura sembrada de ruinas y de cadáveres.

Estamos en Roma... La tiranía bate sus alas sobre un Imperio que flota en una atmósfera de cielo... El grito del esclavo no llega al áureo trono que se asienta sobre los ensangrentados cuerpos de los mártires; pero el cristianismo, oculto en las catacumbas, va minando los cimientos de la *Ciudad Eterna*... Confúndense los ídolos con el polvo de una civilización agonizante... Poco después, la luz de la idea desvanece la sombra de los altares... ¿Qué es lo que ha destruido al poderío de los Césares? ¡Oh, sol, diría Víctor Hugo, una de tus miradas! ¡Oh, libertad, uno de tus rayos!

ALFREDO DE LA ESCOBURA.

EL TEATRO DE EMILIO ZOLA.

I

No tiene Zola, ni con mucho, el mérito como autor dramático, que tiene como novelista y aun como crítico. Las obras que escribió para el teatro, ni son numerosas ni tienen sello especial y característico, ni mérito saliente para poder por sí solas dar nombre y fama de literato á su autor; son más que nada ensayos de géneros distintos, intentos para llevar á esa otra esfera importantísima de la literatura, las corrientes modernas que ya en la novela reinan y dominan en gran manera.

Zola, enemigo en principio del artificio, del convencionalismo y de todos esos vicios que en la obra literaria que pretende ser humana existen, se ha esforzado valerosamente por llevar á las tablas su idea de la naturalidad y sencillez en la marcha de la acción que constituye en mi oído el fondo de una obra dramática; para ello ha intentado presentar en el teatro, como ha logrado presentar en la novela, asuntos tomados de la realidad; procurando hacer desaparecer de esas obras, que tienen como uno de sus principales objetos representar de una manera viva cosas y personas que han existido ó que por lo ménos han podido existir, los mil y mil piés forzados, los artificios é inverosimilitudes que por lo general se emplean como recursos para que aparezca real ó posible lo que en el fondo no es posible ni real: en una palabra, Zola en sus obras dramáticas representadas, y sobre todo tal es su pensamiento en este punto, quiere continuar la evolución artística que han iniciado en Francia, Dumas hijo, Sardou, Augier, Meilhac y Halevy, como en la novela ha seguido la evolución análoga que Stendhal, Balzac, Flaubert y Goncourt han realizado en parte.

En la novela, como en el teatro, ocurre que al gran impulso dado por los principales escritores de la escuela romántica, sucede ese decaimiento propio de todo período que sigue á una gran exaltación y al dominio de una ó varias grandiosas personalidades, y esto se explica perfectamente con solo tener en cuenta la naturaleza de las cosas. Cuando por esfuerzo de un géneo se produce una revolución en la literatura ó en cualquier arte bello y se imprime, merced al poderoso talento del gigante, una dirección determinada á las corrientes artísticas, llevando el gusto del pueblo por los caminos que tales corrientes suponen, sucede, ó al ménos ha sucedido, que cuantos en la época en que la influencia personal del géneo predomina, escriben y piensan de cosas de arte, ya por la admiración que hacía el *maestro* sienten, ya por que la opinión se impone, ya, en fin, por todo ese conjunto de circunstancias históricas que influyen y determinan la formación de un carácter, se inspiran en las mismas fuentes que el géneo, buscan los mismos manantiales para alimentar su fantasía y producen creaciones de índole análoga; en una palabra, se forma lo que suele llamarse una *escuela* que tiene sus teorías comunes, que admite una estética determinada y que sujeta sus producciones á moldes fijos.

Ahora bien; cuando los escritores son Madame Stael, Chateaubriand, Lamartine, Jorge Sand, y Víctor-Hugo entre los franceses, ó Espronceda, García Gutiérrez y Zorrilla entre nosotros, nada hay de malo, pues tienen dentro de la escuela una personalidad indudable que se impone, que en ocasiones marcan direcciones desconocidas, abren horizontes ignorados y traen al arte creaciones dignas de la admiración más profunda; pero cuando empiezan á desaparecer de la escena de la vida esos seres originales, esas personalidades completas, y los que á su sombra se han formado principian á brillar, entonces se anuncia sin remedio la descomposición.

Y esto tiene una explicación sencilla; el escritor que tiene una personalidad, que es original de veras, busca la inspiración en algo de la realidad, y ya sea romántico ó clásico y predique ciertas teorías, como tiene en sí luz propia y elementos de importancia, se manifiesta como es original y único, y sus obras son artísticas de ver-

dad; pero el escritor de segundo orden, que no tiene fuerzas en su ingenio para presentarse en sus creaciones, original aunque sujetándose a las leyes generales de la escuela, vé en las obras del genio los modelos que éste veía en la realidad, bien que a través de su temperamento, ó en su propia fantasía, y de ahí resulta que a la originalidad, que al sello particular de una personalidad grande, sucede una repetición por escritores de menor inspiración de los modos, de las maneras y de los asuntos de sus creaciones.

Y no es esto lo peor, sino que como lo grande, lo que hace la obra artística, es el elemento personal, es decir, que quien se debe que una producción sea bella, es al escritor que ha sabido encontrar en el asunto de su inspiración las notas de belleza, sucede que cuando ese elemento personal desaparece, la obra carece de originalidad como el autor carece de personalidad, y la creación resulta sin uno de los principales caracteres de belleza, y llevada la cosa por este camino, la escuela va degenerando completamente, decae sin remedio, llega un instante en que los que producen ya no son imitadores del gran maestro, sino de sus discípulos; y así, admitiendo que una obra de arte sea, como dice Zola, un pedazo de la realidad, visto a través de un temperamento, la obra de arte de esos escritores es un trozo de la obra del pontífice de la escuela, visto a través de su temperamento.

Y es que, como dice Taine, las escuelas degeneran precisamente por el olvido de la imitación exacta y el abandono del modelo viviente.

Esto, ni más ni menos, decíamos ha sucedido en general, con la gran evolución llevada a término en literatura por la escuela romántica. La inspiración de esa pléyade de escritores notables que florecieron en la primera mitad de este siglo, rayó a una altura incommensurable; el público, además, respondía a aquella manera de pensar y de escribir, pues en su fiebre revolucionaria en aquellos momentos de exaltación inmensa no era fácil que el gusto se explayase en la contemplación de esos estudios analíticos que la literatura naturalista hoy realiza con éxito, y ya entonces realizaba sin que nadie lo notase, era más conforme con su manera de pensar, las grandes síntesis del romanticismo necesitaba de esos arranques líricos de Chateaubriand y de Lamartine y de Victor Hugo, y la juventud le precisaba oír los gritos sublimes que éste último lanzaba desde el destierro y leer los inspirados versos del autor de *Rolla*.

Este dominio del romanticismo, como el período de exaltación política, de luchas entre elementos que pretendían dominar exclusivamente en la vida social, puede observarse en España, en la lírica, con Espronceda y más tarde con Zorrilla, y en el teatro con García Gutiérrez y el duque de Rivas; y en Italia con Manzoni y Leopardi, y aun de la parte de allá del Rhin, con los cantores de la *Jóven Alemania*, de principios del siglo, antes que Immerman y Auerbach hiciesen lo que más marcadamente quieren hoy hacer Zola y su escuela en Francia.

Pero esa tendencia llegó ya a sus consecuencias últimas, y puede decirse que los que hoy cultivan ese género, son los últimos soldados de la escuela, en Francia al menos, y es que en este punto ha llegado el romanticismo a no ser oportuno, a no corresponder al modo de ser y de pensar de la sociedad, fuera ya en gran manera del período de exaltación y de lucha.

Mas no se mudan las escuelas, ni las teorías se arraigan unas tras de otras con esa prontitud y pasmosa rapidez con que parece idearlas el pensamiento humano, sino que para que un modo de ser de cualquier orden de vida llegue a la realidad y tome el asiento que en ella le corresponde, son precisas muchas condiciones, son necesarias infinidad de circunstancias especiales que preparen primero el advenimiento del nuevo pensamiento y luego le hagan tomar forma viva en la sociedad.

Y es porque, así como una semilla arrojada sobre la tierra precisa ciertas condiciones de clima, de momento y de estado del terreno para que germine, así para que una idea nueva cunda, para que se enseñoree de todo el orden de vida que intenta informar, se exige en la sociedad un estado especial de cultura que reclame de suyo la idea como elemento necesario de la cultura misma.

Por eso el romanticismo sostuvo aquella lucha gigantesca para entronizarse, y hoy, ya decadente, olvidando, como es natural, su propia historia, se opone al triunfo de una idea contraria a él, pero lógica consecuencia de su estado actual, porque significa por un lado la inevitable reacción contra las exageraciones de la escuela, y por otro, el resultado lógico y aun fatal de la marcha del pensamiento en todos los órdenes de la actividad.

II

En la novela esa evolución se ha llevado a cabo con más rapidez que en el teatro, donde apenas si alguna que otra vez se ha podido ver una comedia ó un drama, cuya acción real se desenvuelva sin necesidad de acudir a esa providencia de la casualidad que por un conjunto de circunstancias rarisimas hace llevarse a cabo las más extrañas coincidencias.

La novela, Balzac y Flaubert primero, Goncourt y Zola después en Francia, han conseguido acomodarla a la índole especial y característica de la edad presente, y en nuestra misma España, Gal-

dós, que es el más grande é inspirado de nuestros novelistas, ha iniciado esa evolución literaria en *La desheredada*, por más que ya en muchos de sus *Episodios nacionales* lo hubiese hecho, y aunque el público en general parezca gustar aun de las lecturas anodinas, de los imitadores de los grandes géneos del romanticismo, y aplauda las novelas que acaban bien, redondeadas con un desenlace adecuado, y necesita todavía de una acción interesante y violenta, no deja, sin embargo, de leer y aplaudir esas otras creaciones en las que el asunto, completamente distinto, se desenvuelve en la novela tal y como se desenvuelve en la vida.

Pero en el teatro, ni en Francia ni en España se ha conseguido nada serio, y es que falta lo principal, falta un Balzac que con la fuerza poderosa de su genio conquistó al público haciéndole reparar y gozar en la contemplación de ciertos detalles principales que hoy olvida y olvidar a su vez esos otros que hoy le encantan, y falta además que ese mismo público llegue a un cierto grado de cultura en que goce menos con los espectáculos intranquilos, con literatura violenta, con pasiones extremadas puestas en juego por cualquier estímulo ó resorte, y con todas esas complicaciones artificiosas que son el *quid divinum* de las comedias a la orden del día, un público tal que admita dentro del convencionalismo imprescindible del escenario y de los bastidores, la vida real, interesante y dramática, como ella es de suyo, sin aderezos que la falsifiquen con el objeto de hacer pasar más cosas raras en el menor espacio de tiempo posible.

Algo de esto se ha propuesto, decíamos al comenzar este artículo, Emilio Zola en las pocas obras dramáticas que ha escrito y representado; pero si ha logrado ser naturalista en su drama *Teresa Raquin*, no ha conseguido que el público ni la crítica apreciaran su esfuerzo, ni mucho menos que se hiciesen naturalistas; no ha tenido fuerzas suficientes para levantar el drama en Francia de ese letargo en que yace, según el mismo Zola dice, por anemia, porque el público comienza a penetrarse de la falsedad de aquellas escenas que le obligan a contemplar y se va cansando de ver en el teatro la repetición de unas mismas historias, todas movidas por idénticos resortes, y está ya como el que descubre el *quid* de un juego con que antes un prestidigitador le asombraba.

Por eso el drama de Zola, en que él se ha propuesto principalmente seguir el camino que sigue en la novela, *Teresa Raquin*, no puede ser considerado más que como un ensayo escrito bajo la influencia, que domina toda la obra inmensa de Zola, de buscar la inspiración en la realidad y estudiar en el drama latente de la vida los recursos que han de mover la acción.

Teresa Raquin es un drama inspirado en el asunto de la novela del mismo título publicada por Zola en 1867. Zola, en un prólogo que ha puesto al frente de este drama, se disculpa de haber tomado el mismo asunto de su novela para una creación de índole tan diversa, y al mismo tiempo da a conocer lo que pudiera llamarse *causa ocasional* de sus intentos dramáticos.

Decíanle a Zola los enemigos de su escuela, que si bien podían pasar en el libro por su índole especial ciertas cosas, ciertas escenas que calificaban de escandalosas é inmorales; el día en que ese tejido de infamias fuera llevado a las tablas donde el público obra de manera muy distinta a como obra en el caso de una novela, caería irremisiblemente entre las protestas y silbidos de los espectadores. Zola, amigo de las grandes batallas y aficionado a llevar a término las empresas más atrevidas, concibió la idea de presentar en el teatro el mismo asunto que los críticos denunciaban como imposible.

Los que conozcan la novela *Teresa Raquin*, comprenderán, que aunque atrevido y difícil de presentar el asunto, tiene un interés dramático grande. Zola hizo en él las innovaciones más precisas para adaptar al teatro el terrible drama que con tan sombrías tintas dibuja en la novela. Lo circunscribió tan sólo a las escenas que en el comedor de la casa del pasaje de Puente-Nuevo podían suceder, y así lo que el público del teatro puede contemplar son no más que las etapas de aquella pasión brutal que se desarrolla en Teresa y en Laurent antes del asesinato del esposo de la primera, Camilo, y luego aquellas escenas horribles entre los asesinos, cuando han conseguido unirse por lazo indisoluble. De modo que por guardar en este caso la unidad de lugar, prescindió Zola de toda la parte de la novela, que sucede en distinto sitio del citado.

Este drama lo hizo Zola primeramente en cinco actos, que redujo a cuatro por consejo de los mismos que habían de representarlo, y lo estrenó en el teatro del Renacimiento, único que se atrevió a presentar al público un drama como este, revolucionario en cierto modo, y en el cual el riesgo de un fracaso era más de temer que otra cosa.

La primera representación tuvo todo el carácter de una batalla, aún cuando no tomó las proporciones que suele tomar en otras obras innovadoras, pues ya fuese por la índole misma del teatro en que se representaba, que no es, dado su importancia, de lo más a propósito para llevar a cabo con éxito la realización de un pensamiento atrevido, ya también porque el drama un sí no es de los que deciden en pró de una idea nueva, lo cierto es que la representación de *Teresa Raquin* no puede, en su insignificancia dentro del natu-

ralismo, a pesar de su éxito, compararse ni un instante con lo que significó la de *Hernani* para el romanticismo.

Mas Zola se manifestó satisfecho del efecto que la representación hizo en el público en general, aun cuando no en la crítica, que no cesó un momento de combatirlo. El drama pasó a pesar de las predicciones de sus enemigos, el público resistió todas aquellas escenas tan subidas de tono y las resistió contemplando siempre el mismo recinto aquel tan sombrío y repugnante de la casa de Teresa; y si hubo un momento en que el drama estuvo a dos pasos del abismo, al final el público se entusiasmó y el éxito aseguró por completo.

Las otras obras dramáticas de Zola, los *Heritiers Rabourdin* y *Bouton de Rose*, son ya de bien distinta índole a la de *Teresa Raquin*. La primera, en la cual presenta Zola con gran soltura el asunto gastado de la comedia, de unos cuantos herederos ante la próxima apertura de un testamento, tuvo en las tablas mejor suerte que la segunda, especie de farsa que fué recibida por el público con las más estrepitosas muestras de desaprobación.

Los *Heritiers Rabourdin* fué representada un año después de *Teresa Raquin*, en Noviembre de 1874 y en el teatro Cluny, por haberle rechazado el teatro Palais-Royal. La idea principal, lo que puede llamarse el pensamiento capital de la obra, según el mismo Zola lo declara en el magnífico prólogo que ha publicado con ella, no es original, está tomada de una comedia de Ben Jonson, contemporáneo de Shakespeare, y tal pensamiento no es otro que presentar los esfuerzos imaginables, las cosas raras que hacen una porción de herederos para conquistar la voluntad de un pariente de quien esperan pingüe herencia.

Ese pariente es Rabourdin, que a su vez explota la buena disposición de todos sus herederos, ocultando su pobreza y llegando en ocasiones hasta fingirse moribundo para arrancarles fuertes sumas, que todos a porfía se apresuran a ofrecerle. La acción de la comedia se desenvuelve con gran naturalidad y sencillez. Zola ha huido por completo del uso de los resortes que suelen tocarse hoy para producir grandes efectos en el teatro; todo lo que ocurre en la comedia, es lógico que ocurra, dada la situación moral de los personajes, pues es natural que en la especie de competencia que se entabla entre todos aquellos herederos para agradar a Rabourdin y lograr de él un testamento cada cual a su exclusivo favor, lleguen a donde llegan sin llegar hasta el cinismo de uno de los personajes de la comedia de Ben Jonson, en que Zola se inspiró, de ofrecer al falso moribundo su propia mujer, porque los médicos opinaban que una mujer bonita podía curar su mal.

La comedia esta, a pesar de ser representada por actores de tercer ó cuarto orden, no fué silbada, sino que, sin llegar a tener un éxito grande, se mantuvo y se puso en escena varias veces. La crítica se ensañó en ella de una manera más cruel que en *Teresa Raquin*; ni siquiera reconocieron en ella, lo que fuera de todo otro mérito, tiene indudablemente, escenas y situaciones cómicas en extremo.

Estas dos obras dramáticas, *Teresa Raquin* y *Heritiers Rabourdin*, fueron, como dijimos, rechazadas en varios teatros, y *Bouton de Rose* ya fué solicitada con insistencia por el director de Palais-Royal. Pero si las otras fueron admitidas por el público, con la tercera no sucedió así, pues no quiso ver en ella nada digno de atención y respeto, a pesar de los aplausos estrepitosos y de los bravos entusiastas que en la noche de la primera representación le tributaba Flaubert, el gran autor de *Madame Bovary*, desde una butaca.

Bouton de Rose fué al teatro en las peores condiciones para Zola. Había éste llegado a ser el autor conocidísimo de *L'Assomoir* y de *Une page d'amour*, y el público exigía de él, como autor dramático, un modelo; no transigía con nada menos, y *Bouton de Rose*, está muy lejos de ser tal modelo: es una obra cómica de mérito y nada más. El asunto está inspirado en el cuento de Balzac *Le frere d'armes*, y es cómico de veras. Un marido que en la misma noche de boda tiene que abandonar a su mujer porque se lo exige imperiosamente un negocio de su profesión, y que confía su honra a un amigo íntimo, hé ahí la base de su intriga, que llena todo el primer acto; en el segundo, el amigo Rivalier siéntese arrastrado por el deseo de abusar del tesoro confiado a su guarda, a la vez que la desposada Valentina, herida en su amor propio por la desconfianza de su marido, trata de vengarse, procurando cometer tales actos que en la apariencia la comprometan. En el tercer acto, el marido vuelve de su expedición y pide cuenta a Rivalier; este acto es el que Zola esperaba resultase cómico a los ojos del público, pues el terror de Rivalier ante su amigo, a quien cree enterado de sus pensamientos culpables, y todas las escenas de gran movimiento que en él se suceden le parecían a Zola muy a propósito para agradar a un público sin faltar a sus teorías generales sobre la manera de ser del teatro; pero se equivocó de medio a medio: el primer acto pasó sin protesta, en el segundo empezó el disgusto, y el tercero ya no pudo ser oído por nadie, pues tal fué el escándalo que se produjo que al día siguiente, cuando los periódicos daban cuenta de la obra, todos confundían los personajes, les atribuían frases equivocadas y

refería situaciones que en la comedia no existen. Tales son las tres obras dramáticas que Zola ha hecho representar; no tienen por sí solas importancia grande en el movimiento literario de nuestros días, porque no revelan una gran personalidad como lo revelan sus novelas y sus críticas; pero teniendo en cuenta la intención con que su autor ha escrito, sobre todo las dos primeras, son dignas de estudio y atención por lo que tras de ellas puede venir, teniendo como tiene el autor de *Nana* verdadero empeño en dar algún día la batalla del naturalismo en las tablas como la ha dado en la novela.

Ahora bien; ¿vencerá en la contienda? ¿Conseguirá, como en el prólogo de su teatro dice, que el público acabe por escuchar sus dramas, como ha acabado, después de grandes luchas, por leer sus novelas?

ADOLFO POSADA.

REVISTA AMERICANA.

El telégrafo nos había anunciado una modificación ministerial en la República Argentina.

Los diarios y cartas que de allí nos llegan la confirman.

El doctor Irigoyen ha cedido su puesto de ministro de Estado, ó Relaciones Exteriores como allí se llama, al doctor D. Victorino de la Plaza, pasando él á ocupar el del Interior, ó sea el de Presidente del Consejo.

El señor Plaza es un hombre probado ya en la vida pública, y *probado* con los éxitos que dan reputación.

Después de ocupar altos puestos en la magistratura judicial, por sus altas dotes de juriscónsul, el ex-Presidente Avellaneda le llamó para encargarlo de la cartera de Hacienda.

Pocos eran los que conocían las condiciones del doctor Plaza para desempeñar tan delicado cargo; pero estos tenían la conciencia de que su acrisolada honradez y estudios detenidos sobre las grandes cuestiones financieras que se debatían en el país, le colocaban en las mejores condiciones para ponerse al frente de la Hacienda argentina.

Hace tres años que, analizando en este periódico un artículo tomado de *El Porteño*, de Buenos Aires, citábamos hechos y datos que probaban los bienes positivos que el doctor Plaza estaba haciendo á su patria, y si aquello no nos hubiera sido suficiente para juzgarle, nos habría bastado el juicio emitido por el *Times* acerca de sus notables condiciones de hombre de Estado.

En el ministerio de Relaciones Exteriores podrá revelar del mismo modo los vastos conocimientos que posee en todas las cuestiones que de él dependen, y el cuerpo diplomático que en Buenos Aires reside, encontrará en el doctor Plaza uno de sus diplomáticos leales y honrados, que jamás ajustan sus procedimientos á otra cosa que á la buena fe y á la justicia que les dá fuerza.

Con el nombramiento del doctor Plaza, el presidente de la República acaba de dar el golpe de gracia á los pocos que le combaten en la prensa. Le acusaban éstos de haberse encerrado en un círculo limitado, no queriendo compartir las tareas del Gobierno sino con aquellos hombres que *le habían ayudado á subir*.

Aun cuando esto fuese lo más natural, pues aquí no comprenderíamos que el actual presidente del Consejo, Sr. Sagasta, llamase un *conservador* á formar parte de su Gabinete, el general Roca no ha procedido siempre así, probándolo precisamente el nombramiento del doctor Plaza.

Durante la lucha electoral, este señor tenía por candidato á D. Domingo F. Sarmiento, el enemigo gratuito de todo lo que es español, y cuyo retrato nos hizo Villergas, con mano maestra, en su *Sarmenticidio*.

A pesar de esto, el general Roca le ha llamado al Ministerio, sin cuidarse para nada de aquella circunstancia, sólo teniendo en cuenta la importancia del hombre para desempeñar el cargo que le ha confiado.

A ocupar el ministerio del Culto é Instrucción pública ha entrado el doctor Eduardo Wilde, miembro de una noble familia de *Educacionistas*, médico de extraordinarias facultades, literato de los más distinguidos de América y político perfectamente preparado para las difíciles tareas del Gobierno.

Hombre eminentemente práctico, de esos que toman al mundo como *es*, y no como cada cual *querría que fuese*, Wilde lleva al Ministerio, no sólo la firme voluntad de trabajar, sino un caudal de conocimientos que le permitirán introducir grandes reformas en el sistema general de enseñanza, poniendo en ejecución muchas ideas que antes sostuvo en la prensa como periodista, y en los Parlamentos como orador.

De aquí la general simpatía con que fué acogido su nombramiento, si bien lo lamentan sus enfermos, que con su entrada al Ministerio pierden al médico en que tenían depositada su confianza.

Esta modificación parcial en el Gabinete argentino, en nada modifica su marcha ni su política.

Ha sido un simple cambio de personas, y nada más.

Dadas las proporciones que tomó la Exposición continental, habiendo sido necesario ensanchar los edificios, la comisión encargada por el Gobierno de presidir los trabajos, retrasó la in-

auguración para el 15 de Marzo, hecho que se ha verificado, según los telegramas publicados por el comisionado en España, Sr. Varela, en los diarios principales de Madrid.

Las descripciones que traen los diarios, no sólo del local en que se está verificando este hermoso torneo, sino de la cantidad de productos, máquinas, animales de raza y variados objetos que iban llegando de todas partes, bastan para formar juicio sobre la importancia de esta Exposición, que levantando muy alto el crédito de la República Argentina pondrá de manifiesto ante el mundo entero los progresos y adelantos extraordinarios que ha venido realizando desde que afianzó la paz al amparo de una libertad que á todos protege.

Los trabajos de los ferro-carriles seguían activamente.

Las producciones de las colonias, aumentando considerablemente.

Los inmigrantes llegando por millares de todas partes del mundo donde es conocida la situación próspera y feliz de un pueblo, en que jamás falta ocupación bien remunerada para el que la solicita.

Con motivo del abuso cometido por algunos capitanes de vapores, que han llevado como emigrantes á ciegos y hombres enfermos y completamente inútiles para el trabajo, el digno comisario general de inmigración, Sr. Navarro, había impuesto una fuerte multa á esos capitanes, de acuerdo con los reglamentos vigentes, y que todos ellos conocen, obligándolos además á conducir de nuevo al puerto de embarque en Europa, y *por su cuenta*, á los citados *inválidos*.

Creemos hacer un servicio especial á las empresas de vapores, llamando su atención sobre este punto; pues dado el hecho citado y la rectitud inequívoca del Sr. Navarro, debe tenerse entendido, que *no permitirá desembarcar en los puertos de la República Argentina á ningún individuo que no esté en condiciones de merecer la protección que la ley otorga á los emigrantes útiles*, y en manera alguna á los hombres enfermos ó defectuosos.

Si los ciegos, jorobados y pati-cojos quieren ir al país, que vayan en buen hora, pero que no pretendan que el Gobierno les facilite comodidades en el pasaje, como á los sanos.

Y ya que hemos tocado este punto, nos complace ver justificado lo que tantas veces hemos dicho en LA AMÉRICA, respecto á los procedimientos del Gobierno argentino en materia de emigraciones: los llama, sí, los invita á ir; pero con dignidad y sin engaños, y sobre todo, teniendo cuidado de que vayan brazos útiles y no candidatos para llenar los hospitales.

Carece completamente de fundamento lo que dice el diario que en Buenos Aires hace la oposición al Gobierno respecto á haber surgido una desinteligencia entre el presidente Roca y el gobernador Rocha.

Es todo lo contrario.

Ligados por una tradición de trabajos en que ambos han tenido parte, cada cual en la esfera de acción que su posición le marcaba; amigos leales en los días de *prueba*, patriotas probados por sus constantes servicios al país, Roca y Rocha siguen marchando de perfecto acuerdo, sin otra preocupación que alimentar sus dos *Gobiernos de trabajo*, á los que tanto deben ya la provincia de Buenos Aires y la nación Argentina.

Pasemos ahora á Venezuela, á esa otra *encantadora pradera*, como álguien la llamó, que formando *pendant* con su hermana la Argentina, marcha, como ella, con paso firme en el camino en que, una vez constituida, se engrandece en proporciones que parecen fabulosas, evocando un pasado reciente que le legó tantos y tan funestos gérmenes de descomposición.

La gran preocupación del momento era la reunión del primer Congreso que se abre, después de las grandes reformas introducidas en la estructura política y orgánica de la República que ha tomado el nombre de los *Estados Unidos de Venezuela*, y más que esto, sin duda, la gran campaña ganada por la opinión pública, por la voluntad nacional, por las inspiraciones del pueblo entero, obligando á Guzmán Blanco á aceptar el mando, haciéndole desistir de su propósito de alejarse del país.

¡Qué hermosa y qué grande victoria para Venezuela!

¿Y por qué no decirlo sin modestia? ¡Qué grande victoria para los que, como nosotros, desde Europa, sin nada que nos ligue personalmente á Guzmán Blanco, hemos estado trabajando también por que no cometiese la imprudencia de abandonar la patria en los momentos en que debía ensayar la nueva organización que se ha dado!

Conociendo nuestros constantes trabajos en favor de la América latina, de diez años á esta parte, no solo en LA AMÉRICA, sino en varias otras publicaciones, fácilmente comprenderán los lectores el placer y satisfacción con que vamos á darles estas noticias.

El correo que llegó hace pocas horas, nos trae noticias de Caracas, hasta el 6 de Marzo, día de gran júbilo para Venezuela.

De el *Monitor* de ese día—el primer diario hoy de Venezuela, no solo por tener á su frente á un hombre tan eminente como el doctor Eduardo Calcaño, querido y apreciado en España, sino por haber sido el héroe de la gran campaña contra las intenciones de Guzmán Blanco,—trae un artículo,

que damos íntegro, sobre los hechos trascendentales de que nos ocupamos.

Hélo aquí:

«Hoy á las 2 p. m. concurrió el Ministerio á la Cámara del Senado á pedir audiencia al Congreso para el Presidente de la República, que iba á dar cuenta de su Administración con la lectura del Mensaje acostumbrado.

Reunidas inmediatamente en Congreso ambas Cámaras, previas las formalidades reglamentarias, se fijó la hora de las tres de la tarde para recibir al ilustre americano Presidente de la República; y al efecto la Presidencia del Congreso dispuso una comisión que participase al Ministerio la fijación de la hora. Otra de diez Senadores y Diputados que acompañase al Presidente desde su morada al Congreso, y otra de igual número que lo recibiese á las puertas del Capitolio.

A las tres de la tarde, el ilustre americano acompañado de su Ministerio y de los miembros del Consejo federal, del gobernador del distrito, del comandante de armas, del cuerpo de edecanes y de gran multitud de pueblo se presentó á las puertas del Congreso, donde fué recibido con la etiqueta de estilo, dándosele asiento á la derecha del presidente del Congreso.

El ilustre americano se puso de pié y leyó con voz sonora la cuenta de su administración, documento elevado que, como todos los que han salido en estas ocasiones solemnes de la pluma del regenerador, manifiesta sus indiscutibles dotes de hombre de Estado, de administrador probo y patriota, y de liberal de escuela que no tiene otro objetivo que la gloria y engrandecimiento del país.

No podemos analizar en tan breves instantes tan importante documento, que fué aplaudido calorosamente y empujamos á publicar mañana.

Terminada la lectura de la cuenta administrativa contestóle al ilustre americano el señor presidente del Congreso, y como al final de su discurso manifestó éste al regenerador que el Congreso de la nación se unía al voto unánime de los pueblos para pedirle su continuación en el mando, durante el próximo período constitucional, el general Guzmán Blanco, después de un largo silencio y profundamente conmovido, púsose de piés para manifestar que durante su vida pública nunca había obrado sino bajo el imperio de alguna convicción íntima de su conciencia: que á ese impulso creía haber debido el acierto, cuando lo ha tenido, y el valor, cuando lo ha necesitado.

Que ante la solemne cuestión que tan inesperadamente se le suscitaba en ese momento nada encontraba que responder, porque ha sido durante mucho tiempo, y más aún en los últimos días, motivo de grandes vacilaciones en su espíritu, hasta el extremo de no haber llegado á conocer cuál es su verdadero deber en ese punto: sólo que, hablando con la franqueza que le caracteriza, siente no tener fuerzas para negarle á la patria ese nuevo sacrificio.

Las lágrimas inundaban el rostro del regenerador, y en medio de los unánimes aplausos y aclamaciones que acogieron su última patriótica resolución, tomó asiento visiblemente afectado de fatigante conmoción.

Nosotros también nos sentimos profundamente conmovidos. Hemos triunfado en la árdua empresa que acometimos por el bien de la patria, y la patria triunfa con nosotros.

Nuestra satisfacción es inmensa, y la feliz nueva va á regocijar en ámbros del telégrafo á todos los pueblos de la República. Respiramos.

¡El país se ha salvado!

Estas líneas—que como decimos antes tomamos del *Monitor*—van á producir en Europa una favorable impresión, comprendiendo todos los que siguen la marcha de Venezuela, que la continuación del ilustre caudillo de la regeneración al frente de sus destinos, garantiza la paz y la estabilidad, á cuya sombra aquel hermoso país viene realizando tantos progresos, conquistas de tan valiosa importancia y reformas de tan trascendentales resultados.

Ultimamente los Sres. Pulgar, Viale, Rigo y otros ciudadanos respetables de Venezuela, habían conseguido organizar en Inglaterra y Francia grandes Compañías para la construcción de ferro-carriles, explotación de minas y otros trabajos de esos que revelan el engrandecimiento de una nación.

Y bien; nos consta que algunos de esos capitalistas habían puesto por condición para llevar sus fondos á Venezuela, que el general Guzmán Blanco *continuase en el mando*.

Este simple hecho dará á los lectores de LA AMÉRICA una idea de la importancia que tiene la noble resolución adoptada por el que, con razón, es llamado el *Regenerador de la Patria*.

En medio del júbilo que inundaba á Caracas al partir el correo que nos trae estas gratas noticias, un hecho inesperado había producido honda tristeza en tan culta sociedad: la muerte del jóven general Ibarra, hijo del ilustre prócer de este nombre, cuñado del presidente, gobernador del distrito federal y diputado recientemente electo.

Las grandes manifestaciones de dolor y respeto tributadas al noble muerto por el Congreso, legislatura, Gobierno y Ayuntamientos de los Estados de la Unión Venezolana, disponiendo grandes honras para enaltecer su memoria, harto prueban la simpatía, el verdadero amor de que el general Ibarra gozaba entre sus compatriotas; amor y simpatía muy merecidos, por otra parte, pues el digno, intrépido y leal soldado, era de aquellos hombres á quienes adorna Dios con todas las facultades *para hacerse querer y admirar*.

P. RUIZ DE ALVISTUR.

LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

Entonces comprendió el gran riesgo en que se hallaba, pues que un consejo imprudente dado á su familia, la indiscreción cariñosa de un amigo y aún la oficiosidad de los mismos criados de su padre, podían acarrearle instantánea y espantosa muerte.

Estas lastimosas representaciones de su imaginación calenturienta, le hicieron levantarse de su jergon, como impedido por un resorte, y bajándose osadamente la venda, comenzó á registrar el aposento, ansiando más que nunca saber el lugar ó region donde lo tenían.

Por otra parte, la vida rebosaba en él, la imaginación le fingía risueñas ilusiones; á la sazón contaba veinte años y en esa edad jamás se pierden las más bellas esperanzas; ántes bien renacen más pujantes y magníficas, al compás de las contrariedades.

De pronto divisó un mechinal en la pared del sobrado, metió la mano, tocó un objeto, tiró de él y vió que era un puñal.

Contemplando aquel arma, se le ocurrieron mil y mil ideas de libertad y venganza, pensando con él abrirse paso, en ocasión propicia, para sustraerse á la opresión de sus verdugos.

Pensó al principio guardar el puñal en su seno; pero considerando luego que con frecuencia le registraban, determinó dejarlo en el mismo sitio, si bien se alegró mucho de haber descubierto que allí tenía un arma de que valerse en caso necesario.

¿En dónde estaba? ¿Cómo podría escaparse? Hé aquí los dos pensamientos que exclusivamente le preocupaban, en medio de la febril excitación que en él habían producido las espantosas amenazas de los secuestradores.

Ansioso, pues, de reconocer aquella morada y de rastrear si podía aprovecharse de algún medio para evadirse en caso de apuro, y advirtiendo que la puerta del desván sólo estaba entornada, resolvióse á hacer una excursión para formar juicio de cómo estaban dispuestas las habitaciones de aquel caserío.

Y quitándose los zapatos, bajó de puntillas y con gran precaución los nueve escalones de la mencionada escalera, á cuyo extremo había otra puerta que daba á la cocina.

El cautivo se aventuró á llegar muy despacio hasta la susodicha puerta, deseoso de oír la animada conversación de sus guardianes.

Conteniendo la respiración, palpitante el pecho, y temblando de pies á cabeza por el temor de que en aquel instante se les ocurriese abrir la puerta, permaneció algunos minutos oyendo el coloquio que sus guardianes mantenían con algunas mujeres.

Esta circunstancia le hizo pensar en mil suposiciones respecto á la causa de hallarse allí aquellas mujeres, y uniendo este dato al del ruido que periódicamente hacían los trenes del ferro-carril, se perdía en las más extrañas conjeturas acerca del lugar donde se hallaba.

Ya pensaba retirarse de la puerta de la escalera, temeroso de que lo descubriesen en aquella actitud tan peligrosa, cuando súbitamente oyó la voz sonora y vibrante de un mendigo, que pedía una limosna por el amor de Dios.

Aquella repentina demanda, varias veces reiterada, produjo un ligero ruido de pasos, y mirando por las rendijas de la puerta, el prisionero vió á una vieja, que era la tía María, la cual le dió al pobre un pedazo de pan.

Entonces el portador, con grandes muestras de agradecimiento y en voz muy alta, comenzó á gritar, como cantando:

—¡Gracias á Dios! Vengo de La Alameda y voy á Casariche y hasta ahora no he encontrado un alma caritativa que me socorra.

—Anda vete con dos mil demonios, gritó furioso el Tío Martín. ¿Qué nos importa saber de dónde vienes ni á dónde vas?

—Perdóneme usted; yo no creía ofender á nadie con decir que vengo de La Alameda y sólo aquí he encontrado almas caritativas que me socorran.

—No es eso, sino que das unas voces, que parece que somos sordos.

—Dispense la molestia, y Dios le dé salud para hacer bien.

El mendigo se alejó, mientras que el tío Martín quedose gruñendo con sus interlocutores, manifestando inconcebible enojo por las palabras de aquel pobre *cantador de lugares*.

—¿Lo habrá oído ese muchacho? preguntó inquieto y receloso el Tío Martín.

—Arriba no se oye nada, repuso la tía María.

El cautivo, lleno de temor, comprendió entonces perfectamente que las palabras del portador, que habían sido para él un rayo de luz, respecto al sitio en que se hallaba, habían contrariado en extremo á sus guardianes.

Enseguida, pues, el joven Reina subió rápidamente la escalera, se puso los zapatos, y colocándose bien el pañuelo y la yesca, tendióse en su jergon, aparemiendo estar profundamente dormido.

Aquella precaución le fué sobremanera útil y saludable, porque á los pocos momentos, sintió que uno de sus guardianes subía la escalera y entraba precipitadamente en el desván.

Era el Tío Martín que, preocupado sin duda por el incidente del portador, había resuelto á la postre cerciorarse á su satisfacción de que nada había podido oír el cautivo.

El suspicaz viejo llamó repetidas veces al joven Reina; pero éste, comprendiendo todo el peligro que le amenazaba, y que la única manera de salvarse consistía en afectar el más pesado sueño, se obstinó en guardar silencio.

—¿No oyes? preguntó el viejo alzando la voz, y dándole además un puntapié en el pecho.

—¡Qué!... ¿Quién está ahí?... ¿Quién me llama?... dijo el prisionero con voz azorada y fingiendo perfectamente la natural sorpresa de quien es despertado de una manera tan brusca.

—¿Hace mucho tiempo que te dormiste? preguntó el vie-

jo con un tono, en que á la vez se traslucían el mal humor y la desconfianza.

—Hará... yo le diré á usted... hará como unas tres horas.

El Tío Martín permaneció algunos momentos silencioso, contemplando al joven; y ya fuese porque notase en éste algún síntoma de turbación, ó ya porque tuviera un vago presentimiento de la trascendencia que para él podía tener la revelación del portador, es lo cierto que al fin, con voz terriblemente amenazadora, exclamó:

—¿Maldecido niño! ¿Será tu sueño la causa de mi ruina?

—¿Qué dice usted?

—Si yo supiera... ahora mismo te asesinaba... Pero... dime la verdad... ¿estabas dormido?

—Sí, señor, repuso el prisionero, con tan perfecta tranquilidad, que el Tío Martín hubo de convencerse de que eran ilusorias ó vanas sus sospechas.

Y saliendo del desván, dejó al infeliz cautivo entregado á sus dolorosas reflexiones, y estremeciéndose á la sola idea de que por alguna huella, señal ó signo, pudiera su feroz guardian venir en conocimiento de que él había oído la revelación, contenida en las palabras del *cantador de lugares*.

CAPITULO XXXVII.

CONSUELOS DE LA ORACION.

Hay en el alma humana una fuerza infinita, misteriosa y santa que, en la hora de la desgracia sobre todo, la eleva por encima de todas las potestades visibles del mundo, y que sólo le inspira confianza en la acción divina y omnipotente del Sér Supremo, ante el cual cesan todas las imposibilidades y obstáculos que el mundo de la realidad ofrece á las inteligencias finitas y á los poderes limitados.

Esta fuerza, mezclada de amor, de admiración, de fé, de respeto y esperanza, es la que pudiera llamarse el elemento religioso de la conciencia humana, pues que en virtud de ella se establece la relación más íntima, poderosa y consoladora, cual es la relación del hombre con Dios.

En el fondo de esta relación, que une la conciencia con el Sér Divino, lo limitado y lo relativo con lo infinito y absoluto, y por decirlo así, la tierra con el cielo, palpita ese profundo sentimiento, que se llama *devoción*, y que no es otra cosa en sustancia que una adhesión sin límites, un amor infinito del alma hácia Dios, que la ha creado y constantemente la vivifica, enaltece y consuela.

Y como en la mujer predominan las facultades afectivas, y como la devoción es en el fondo un amor purificado del fango terrenal, resulta que, generalmente hablando, el corazón femenino es más propenso á este linaje de sentimientos.

Así sucedía á la bondadosa madre del joven secuestrado, que era por extremo devota del Cristo de la *Misericordia*, bajo cuya consoladora advocación se venera un crucifijo en el hospital que hay en el mencionado pueblo del Arahá.

Siempre doña Dolores Jimenez había sido muy devota de aquella santa y venerada efigie; pero desde el secuestro de su amado hijo se habían exaltado más y más sus piadosos y tiernos sentimientos.

La triste madre no se oponía á que se pusiesen en práctica los medios humanos, ni á que se usasen los recursos de que pudiera disponer su esposo para salvar al hijo de sus entrañas, pero es lo cierto que ella tenía una fé ciega y una confianza ilimitada en la intervención milagrosa ó sobrenatural del Santo Cristo de la *Misericordia*.

Así, pues, la buena y atribulada señora repetía á la sazón, más que nunca, sus visitas y ofrendas á la venerada imagen del divino Redentor del linaje humano.

Cierta día, al regresar á su casa la tierna madre, después de haber dirigido al crucifijo sus fervientes oraciones, encontró á Camacho, que acababa de volver de Fuente-Piedra y estaba esperando á su esposo.

Al verlo doña Dolores, su primera pregunta fué:

—¿Y qué hay de mi hijo?

—¡Reo que esté bueno, señora.

—Pero, ¿viste á esa gente?

—No sé qué responderle á usted.

—¿Qué quieres decir?

—Que le vi, y que no le ví.

—¿Cómo es eso? preguntó la triste madre con la natural inquietud que la suerte de su hijo le inspiraba.

Entonces Camacho refirió á la afligida señora todo lo que ya el lector sabe respecto al éxito de su misión, y que por lo tanto, llevaba allí el dinero.

Es imposible describir la emoción profunda y la dolorosa inquietud que tan inesperadas noticias produjeron en el ánimo de la acongojada madre.

¿Cuál había sido la causa de que los bandidos no se hubiesen presentado á recoger el dinero? Tal era el tema de todas las preguntas de la infeliz señora; pero como el buen Camacho la ignoraba, se limitó á responder:

—Yo no atino por qué no volvió aquel hombre á la posada.

—Eso es inexplicable.

—Esa es mi opinión.

—Pero, ¿no sabes?

—Señora, no sé más ni ménos, que lo que ya le he referido.

Doña Dolores quedose muy triste y pensativa, dando en su mente mil y mil vueltas al inexplicable suceso.

En efecto, la circunstancia de que los bandidos rehusasen el tomar aquellos quince mil reales, después de saber que Camacho los llevaba era para la desdichada madre un enigma tan indescifrable como doloroso.

Al fin prorumpió en amargo llanto, quejándose de su horrible suerte é imaginándose que el bandido no había vuelto á la posada, porque habiendo comunicado á sus compañeros la entrevista con Camacho y la exígua cantidad que éste llevaba, sin duda los secuestradores, viéndose defraudados en sus pretensiones, habían puesto por obra sus horribles amenazas.

Tal fué la interpretación que la conturbada señora dió al extraño lance, aferrándose á esta opinión desconsoladora con tanta energía é insistencia, que en vano el discreto Camacho se esforzaba por disuadirla.

Es verdad que el fiel recadero no encontraba tampoco

muy sólidas razones para desvanecer las justificadas sospechas y la cruel alarma de la desolada madre.

En tan crítica situación presentose don Manuel de Reina, á quien el leal Camacho repitió punto por punto cuanto le había acaecido en su viaje á Fuente-Piedra.

Grande sorpresa y aflicción produjo en el ánimo del caballero el relato de su emisario, porque efectivamente encontró muy extraña é inexplicable la conducta de los bandidos.

Con aquellas tristes nuevas, los pensamientos del padre del secuestrado tomaron el mismo giro siniestro y sombrío que los de su amada esposa, la cual, conteniendo su llanto y sus quejas, por no affigir más á su esposo, procuraba á todo trance aparecer tranquila.

En esto, presentose un criado con una carta que algunas horas antes había dejado el cartero.

El señor Reina examinó el sello y vió que provenía del pueblo de Fuente-Piedra, y abriéndola sin dilación, encontróse que la firmaba una persona que desde antiguo le era adicta, dándole cuenta de todo cuanto había sucedido en el susodicho pueblo, y anunciándole que el bandido que se le había presentado á Camacho era el conocido en aquella comarca por el *Moreno de Molina*.

Terminada su lectura, el affigido padre comunicó el contenido de la carta á su esposa y á Camacho, el cual manifestó á ambos, que el que la suscribía era también amigo suyo desde su juventud, y que á la sazón se hallaba desempeñando el cargo de secretario del Ayuntamiento de Fuente-Piedra.

El señor Reina y Camacho parecieron muy conmovidos después de haberse enterado de aquella carta, así como también la triste madre, lamentando todos tres el enojoso curso de circunstancias, que sin duda harían creer á los bandidos que el padre del secuestrado había tenido el propósito de tenderles algún lazo, dando aviso á las autoridades.

—¿Le dijiste tú algo al Secretario? preguntó con aire inquieto el señor de Reina.

—Al contrario, respondió Camacho; el Secretario fué el que me manifestó sospechas de que yo iba al asunto de su hijo de usted; pero yo procuré disuadirlo de sus sospechas, diciéndole que aun cuando fuesen verdaderas, no debía decir á nadie una palabra, si no quería perjudicarle á usted hasta el punto de comprometer la vida de su hijo.

—Bien dicho; pero se conoce que no hizo gran caso de tu advertencia.

—Eso parece, y yo por mi parte, lo siento mucho, porque sabe Dios ahora lo que hará esa gente, creyendo que usted y yo hemos faltado á su encargo y á nuestras promesas.

—Tienes razón, Camacho, repuso con voz dolorida el acongojado padre.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamó la desolada madre, comprendiendo que aquel desgraciado accidente podía ser la causa de la muerte del secuestrado.

—Cálmate, querida esposa; Dios sabe que yo no he tenido arte ni parte en esa alarma, y tendrá misericordia de nosotros.

—¡Ay, Manuel! Somos muy desgraciados, y esa coincidencia funesta puede matar á nuestro querido hijo.

Al oír estas palabras, con cuyo sentido estaba completamente de acuerdo el triste padre, éste hizo un enérgico y elocuente ademán, como rechazando con horror aquella dolorosa creencia, por mas que él participase de idénticos temores.

—No, no digas eso, esposa mía, porque me atraviesas el corazón con un puñal.

—¡Mal hayan los amigos indiscretos! exclamó Camacho. Los amigos nos perjudican muchas veces, creyendo favorecernos.

—Es verdad, Pepe... ¡Hijo mío! ¿Cuál será tu suerte á estas horas?

—¡El Señor de la Misericordia lo ampare y lo favorezca! exclamó la tierna y religiosa madre con una entonación indescribible.

El antiguo guardia, el esforzado veterano, sereno ante todos los peligros, pero tímido ante el riesgo que corría su hijo idolatrado, miró á su esposa con una expresión que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—¡Que el Señor de la Misericordia te oiga!

—¿Cómo pudiéramos desengañar á esa gente de que no tiene razón? preguntaba sin cesar Camacho. Es fuerte cosa, que ha de ir un hombre á su negocio con todos sus cinco sentidos para no cometer ninguna imprudencia, y sin embargo, le sobrevienen á uno los lances más imprevistos é inevitables... ¡Válgame Dios, y qué mal encuentro tuve en Fuente-Piedra!

—No te afijas, hombre, porque tú no tuviste la culpa, y gracias que has librado bien de sus manos, estando ellos en la creencia, como sin duda deben estarlo por lo que el Secretario me indica, de que las medidas adoptadas por la autoridad se deben á mi reclamación é iniciativa.

—¿Y qué harán esos hombres con el pobre José? dijo Camacho, interesándose vivamente por el secuestrado. No tengo más sentimiento en el mundo, sino que le suceda alguna desgracia por causa mía, aunque yo no tenga la culpa.

—¡Calla, calla por Dios y no me asesines con tus fundados temores! exclamó la madre, llorando y retorciendo sus manos de dolor.

Camacho inclinó la cabeza y guardó profundo silencio, estremeciéndose al pensar que los bandidos, engañados por las apariencias, en un arrebato de furor, pudieran sacrificar al joven prisionero.

Por su parte, el señor de Reina, comprendiendo también el inminente riesgo en que se veía su hijo, excusaba igualmente manifestar sus temores, que se acrecían y confirmaban, á medida que más revolvía en su mente las noticias del secuestrado y la situación probable en que su hijo debía encontrarse.

En cuanto á la infeliz doña Dolores, debo decir que hacía inexplicables esfuerzos por contener su llanto y sus lamentos para no affigir á su amado esposo, á la vez que agitaba convulsivamente sus lábios, dirigiendo fervientes plegarias al Señor de la Misericordia para que salvase á su hijo de todos los riesgos que pudieran amenazarle.

Aquella íntima plegaria que brotaba de lo más recóndito

de su corazón, lleno de fé, logró tranquilizarla en algun modo.

La oración es la forma de la unión espiritual del ser humano con el Sér Supremo, así como también la condición necesaria de la creencia profunda en la acción divina sobre los acontecimientos de la vida humana.

CAPITULO XXXVIII.

UN DIÁLOGO EDIFICANTE Y UNA APARICION MISTERIOSA.

Sentados en torno de una mesa en la cocina de la huerta del Tío Martín, hallábase los secuestradores del joven Reina, departiendo muy á su sabor, despues de haberse comido una gran fritada de borrego y empinado el codo de lo lindo.

Mas no se entienda por esto que ninguno de ellos se embriagase, pues sabido es que los malhechores no se emborrachan fácilmente, no sólo por la costumbre de beber, sino además por el temor de cometer indiscreciones, ó de hallarse imposibilitados para defenderse en caso de sorpresa.

En este sentido, bien puede asegurarse que los hombres de bien, que nada tienen que temer de su lengua tartamuda ó desatada por el vino, son los que de más buena fé y con mayor confianza se entregan con exceso y sin reparo á los deplorables y perniciosos placeres de Baco.

Los secuestradores, pues, sostenían una conversación muy animada, referente á sus planes y aspiraciones, en la cual se reflejaba el sentido y espíritu de aquella casta de gentes, y que se encuentra tan distante del espíritu y sentido general, no de lo que entre nosotros se llama buena sociedad, sino de las reuniones de las personas honradas, que juzgo muy necesario dar á conocer aquellas tendencias, algunas veces elevadas á teorías, y que no es fácil que ni siquiera sospechen los hombres de bien, que por su posición y circunstancias, no hayan tenido la ocasión ó el deber de penetrar en la atmósfera viciada de ciertos círculos sociales, más extensos y corrompidos, que lo que de ordinario se piensa.

Aparte la diferencia de cultura, puede creerse que en todas las esferas sociales existe la misma cantidad de talento natural, y que por lo tanto, las asombrosas divergencias que en el orden moral se advierten con respecto al juicio erróneo y torcido que los malhechores se forman de la vida, de la propiedad, de la riqueza y de la dicha humana, provienen, no de carencia de facultades intelectuales, sino de raciocinios basados en ideas falsas, en errores groseros, en sentimientos rencorosos, en aspiraciones egoístas y en el desconocimiento de las relaciones morales, que se olvidan lastimosamente entre hombres rudos y sin educación, con tanto mayor motivo, cuanto que las clases superiores, que debían desempeñar una alta misión de tutela, patronato y ejemplo edificante, sólo les ofrecen el acabado modelo del más repugnante positivismo y de la corrupción más abyecta.

A la sazón, el llamado *Salamanca* tenía la palabra, refiriendo á los bandidos las malas artes y reprobados medios con que los caudales más influyentes de la comarca se habían enriquecido; y excusado me parece decir que lo que más impresionaba á aquella mala gente no eran los rasgos de honradez que relataba con relación á las víctimas, ó sean los hombres de bien, sino la referencia de los rasgos de astucia, crueldad, perfidia y brutal violencia, en virtud de los cuales habían hecho los *más listos* sus depredaciones y sus fortunas.

Tal y tan dolorosa es la propensión de las personas ignorantes é incultas, las cuales se fijan más en la destreza y habilidad de los perversos, que en la inocencia y resignación de los hombres honrados.

—Pues por eso, dijo Carrascoso, me río yo cuando me hablan de la honradez de ciertos señores, que son mucho peores que nosotros, y tienen hasta para con su familia, mil veces más malas entrañas que el último cortijero.

—Y que no te engañas en eso, respondió con cierto aire de autoridad, *Salamanca*.

—Pero á ellos les vale su hipocresía, tórcelo el *Tío Martín*. Pongo por caso, uno de nosotros desbaliña á un señor de esos en el campo, exponiendo su pellejo; pero si lo cogen, como no tenga buenas alabas, sin remedio que lo ahorean.

—O le dan garrote, añadió su hijo Francisco.

—Lo mismo da, hijo; porque como yo he conocido primero la horca y despues el garrote, hablo de ambas cosas como si fuera una misma; pero vamos al caso. Mientras que á un pobrete por un robo y una muerte en despoblado le dan *mulé*, á un señorón de esos, que roba muchísimo más y mata á los que le estorban desde su casa, ó nadie le dice nada, ó todo se arregla, si deja parte de la presa en manos de la curia. Y sin embargo, al pobre lo llaman pícaro y ladrón, y á los señorones los llaman caballeros muy listos. ¡Esta es la hipocresía del mundo!

—Tiene usted razón, *Tío Martín*, le respondió *Salamanca*. La cuestión está en no pringarse en poco, sino en muchos miles de duros, porque las leyes son como las redes de los pescadores, que las rompen los peces gordos y sólo quedan presos en ellas los pequeñuelos.

—Esa comparación está muy bien hecha; pues yo he conocido caballeros muy respetados, y aun curas y frailes que merecían ser ahorcados con muchísima más razón que otros infelices que he visto patallar; y con todo y con eso, aquellos señores se reían del mundo, sin que nadie se atreviese á llamarles lo que eran, y por cierto que uno de ellos era de Montilla, y aunque vestía hábitos y tenía corona, tenía la conciencia más ancha que la mar; y confesando á gente muy rica, cuando ya estaban moribundos, les hacía en la hora de la muerte que le dejarán todas sus riquezas; y de este modo se cargó aquel tío tunante hasta trece herencias.

—Y eso que era sacerdote, exclamó riéndose Carrascoso.

—Yo creo que, cada uno bajo la capa de su oficio, aquí roba hasta el Niño de la Bola, añadió José.

—Claro está, repuso Carrascoso; y así he conocido yo á más de uno y á más de cuatro señores, que pasaban por santos, y que se han acostado con cien fanegas de terreno, y han amanecido con tres mil.

—¡Toma, toma! exclamó *Salamanca*, eso se está viendo

todos los días; y si fuéramos á examinar el origen de la propiedad de casi todos los grandes terratenientes de Andalucía, veríamos que pocos ó ningunos tienen títulos legítimos de propiedad.

—Pues bien, ¿y por qué no los han de llamar lo que son? ¿Y por qué siendo los pobres muchos más que esos ricos ladrones, no hemos de poder rebajar sus caudales, favoreciendo á los que trabajan y no tienen? ¡Qué justicia humana! exclamó Carrascoso con sus negros ojos brillantes de ira. ¡Si yo tuviera mil hombres que me siguieran, ya verías cómo á todos los dejaba igualados, y entonces el que trabajara que comiera; pero el que fuese gandul, que tragara maroma ó se enmendase!

Todos los bandidos aplaudieron aquella especie de programa con inequívocas muestras de entusiasmo y de alegría.

—Dices bien, Carrascoso, respondió *Salamanca*; pero los pobres son muy brutos y se dejan matar uno á uno, y no saben nunca juntarse mil para hacer eso que tú quieres.

—Pues que se aguanten, que en el pecado llevan la penitencia, replicó airado Carrascoso. Por eso tenemos que recurrir á echarles la garra á los que se pueda, y rebajarles el caudal también uno á uno.

—Eso está muy bien pensado, respondió el *Tío Martín*; y por eso yo desde mozo procuraré agenciarme todo lo que yo creo que me corresponde, porque cuando un hombre nace, es porque Dios quiere que viva, y si los demás no le dan, él lo tiene que tomar; pues Dios no se engaña, ni se le puede engañar como dicen los curas; en fin, ya que no podamos gobernarlo bien para todos, como tú dices, por lo menos tratemos de gobernarlo bien para cada uno de nosotros; pero en eso de las rebajas...

—Me alegro mucho de oírle á usted hablar así, dijo Carrascoso; y en cuanto á la rebaja de caudales, no hay más remedio que irlos haciendo por nuestra cuenta, con todos los que caigan en nuestro poder.

—Todo eso está muy bien; pero yo iba diciendo, que en cuanto á eso de las rebajas hay mucho que hablar.

—Pues hable usted cuanto quiera.

—Si hablaré, comenzando por decir que todos estamos conformes en lo de rebajar caudales; pero con lo que yo no me conformo es con las rebajas que luégo vosotros haceis.

—Explíquese usted, *Tío Martín*.

—Yo lo explicaré más claro que el agua. Tratamos de rebajarle al padre de ese mozuelo que tenemos arriba diez y seis mil duros de su caudal, y en lugar de seguir adelante en nuestro propósito y no ceder, ya habeis rebajado la mitad de la rebaja, de suerte, que ahora os contentais con ocho mil duros, y eso no está bien. Yo te digo, que así como los ricos logran sus pretensiones por su astucia y dinero y nunca ceden en su empeño, así también nosotros debemos conseguir nuestros deseos por nuestra astucia y por el espanto.

Los bandidos aprobaron unánimes las razones del viejo, que continuó:

—Si mi consejo hubiera valido, ese mozuelo no saldria de aquí sin haberle rebajado á su padre los diez y seis mil duros, que desde el principio se pidieron.

—Bien, respondió *Salamanca*; pero ya se ha rebajado la mitad, y... ¿qué hemos de hacer?

—Sí, señor, ya no queda más remedio que conformarse con lo que últimamente se ha pedido; pero como yo estoy enamorado y creo que no lo darán, soy de parecer que hagamos un escarmiento.

Los bandidos manifestaron hallarse conformes con la opinión del *Tío Martín*, llegando hasta el extremo de convenir en llevar á cabo la feroz amenaza que le habían hecho al señor de Reina, de colgar la cabeza del secuestrado en el aldabon de su puerta.

Concertados en esta bárbara resolución, los bandidos se levantaron de la mesa, y seguidos del *Tío Martín*, salieron fuera de la casa, encaminándose unos á Casariche y otros á las chozas.

Entre tanto, el infeliz prisionero, muy preocupado por las amenazas del día anterior, y por el ruido que casi constantemente oía abajo, aguardaba á cada instante que los bandidos entrasen de tropel, como la vez pasada, para insultarle ó asesinarlo, furiosos y ofendidos como estaban por las medidas que, según ellos mismos afirmaban, había tomado su padre.

Escarmentado por el riesgo que corrió el día precedente y por las sospechas que le manifestó el *Tío Martín*, de que él hubiese oído al mendigo, no se atrevió el prisionero á repetir aquella tarde la misma operación de bajar la escalera para escuchar lo que abajo hablaban; mas no por esto dejó de quitarse la venda ni de acariciar el puñal escondido, ni de pasearse por el sobrado con la más viva agitación, creyendo que la suerte le había de presentar muy en breve alguna coyuntura favorable para sustraerse á la opresión de sus verdugos.

En efecto, el prisionero se hallaba en una excitación febril, recordando con ira los insultos y amenazas de los secuestradores, y sin olvidar tampoco el gravísimo riesgo en que se imaginaba estar, á consecuencia de haber dado su padre aviso á la Guardia civil y á las autoridades. Pero sobre todos estos motivos de alarma y emoción, descollaba el descubrimiento que había hecho el día anterior, respecto al lugar ó región en que lo tenían.

—Vengo de La Alameda y voy para Casariche, y hasta ahora no he encontrado un alma caritativa que me socorra.

Estas palabras, así como todo el diálogo habido por el mendigo, se habían esculpido en su mente con caracteres de fuego, y ni un sólo punto podía apartarlas de su memoria.

—Estoy en un caserío, situado entre un pueblo que se llama Alameda y otro que se llama Casariche, y por más señas, esta casa dista muy poco de la vía férrea. ¡Oh! Si yo pudiera evadirme, y con estos datos... ¡La Providencia, de la manera más inesperada, ha sabido burlar todas las precauciones de los malvados!

Es increíble la fuerza, la energía y el poder de concentración y de sentido íntimo, que en ciertos momentos y en situaciones como la del secuestrado, puede adquirir el alma humana.

Diríase que la conciencia se dilata en el espacio, y que el yo se agiganta y recobra proporciones colosales. Entonces

el monólogo habitual del sentido íntimo, se convierte en un verdadero diálogo, como si en tales circunstancias, el hombre se dividiese interiormente en dos seres, agente y pasivo, contemplador y contemplado.

El calabozo, el secuestro y la capilla, son los agentes más eficaces para producir este fenómeno psicológico, en que el hombre se ve con dos imágenes en el espejo interior de la reflexión, elevada á su más alta potencia.

En tal situación de ensimismamiento se hallaba el secuestrado, cuando se oyó un ligero ruido de pasos junto al desvan, cuya puerta se abrió lentamente, apareciendo una esbelta figura de mujer, cuyos contornos apenas podían apreciarse á la claridad opaca de la noche, que entraba por el ventanillo.

El prisionero reparó al fin en aquella graciosa figura, y lleno de sorpresa, de terror y de asombro, la juzgó una ilusión de su fantasía; pero muy luego vió que la mujer se adelantaba con lento paso y se detuvo diciéndole:

—Ponte en seguida la venda y acuéstate, si quieres conservar la vida.

Aquellas palabras fueron apenas articuladas y sonaron en el oído del cautivo, como proferidas por el ligero soplo de un espíritu del aire.

Cuando el joven Reina, algun tanto recobrado de su indecible sorpresa, quiso dirigirse á la inesperada vigilante, ya esta había desaparecido.

—¿Quién eres? preguntó el prisionero en voz muy baja y precipitándose hácia la puerta.

A nadie vió, creyéndose víctima de un sueño.

De pronto experimentó un rudo sacudimiento, recuperando plenamente el sentimiento de la espantosa realidad.

Acababa de oír en la puerta baja de la escalera, la bronca voz del *Tío Martín*, que, sin duda, encaminábase al desvan.

Entonces el prisionero recordó el misterioso aviso, é inmediatamente retrocedió hácia el jergon, colocóse la venda y la yesca, y en seguida acostóse, afectando hallarse entregado al sueño.

Ya era tiempo, supuesto que en aquel mismo instante penetró en el desvan la siniestra y feroz figura del *Tío Martín*, crudamente iluminada por la roja luz del farolillo que llevaba en una mano, mientras que en la otra conducía la cerna del cautivo.

CAPITULO XXXIX.

UN NUEVO EMISARIO.

Segun recordará el lector, don Manuel de Reina y el buen Camacho quedaron bajo la impresión de que los bandidos podían arrojarle á cualquier sanguinario exceso contra el secuestrado, á consecuencia de creer éstos que aquél había dado cuenta á la autoridad para su persecución y castigo.

Desde luego se comprenderá la inmensa y dolorosa inquietud que semejante situación debía inspirar á los padres del cautivo y á todos los hermanos, amigos y allegados de la familia.

Mientras que todos en aquella casa se hallaban en tan cruel incertidumbre, llegó al día siguiente la consabida carta de los bandidos, la cual, si bien los tranquilizó en algun modo, vino á confirmarlos más y más en sus temores, supuesto que los criminales se manifestaban en ella resentidos y quejosos de que el señor de Reina hubiese dado algunos pasos que pudieran perjudicarles.

Del contexto de la carta de los bandidos, que inculpaban á Camacho de haberse puesto de acuerdo con las autoridades de Fuente-Piedra, se deducía fácilmente el peligro á que éste se exponía si de nuevo tornase con algun mensaje para los secuestradores, por cuyo fundado motivo el señor de Reina recurrió á Antonio Navarro y Rodríguez, á quien había tenido de aperador en uno de sus cortijos, para que sin dilación fuese al punto designado por los bandidos, que era Martín de la Jara, y llevase hasta unos mil duros, que fué toda la cantidad que el afligido padre pudo reunir en el perentorio plazo que le prefijaban.

Así, pues, don Manuel de Reina comunicó al citado Navarro y Rodríguez todas las instrucciones necesarias para que desempeñase acertadamente su cometido, previniéndole que saliese del Arahál en la misma caballería, con los mismos capachos que había llevado el anterior mensajero, siguiendo en un todo el itinerario prescrito por los secuestradores, y advirtiéndole que él debía responder al nombre de *Ballesteros de Alcalá*, por el cual le preguntarian en el camino, en la posada de Juan de Aroca, en Martín de la Jara, ó en el punto del trayecto que los bandidos tuviesen por conveniente.

Dadas estas instrucciones, el fiel criado salió de Arahál en la forma dicha, y encaminóse al mencionado pueblo de Martín de la Jara, sin que nadie le saliese al encuentro.

Llegado que hubo al pueblo á las dos de la tarde, se hospedó en la posada del referido Aroca, el cual le preguntó:

—¿Qué le trae á usted por aquí, buen amigo?

—Vengo á comprar queso, respondió Navarro.

—Pues ese negocio pronto se puede hacer en esta tierra.

—Sí; pero debo aguardar aquí á un compañero, que va á la parte conmigo.

El posadero Aroca, al oír aquella respuesta, hizo un gesto particular, y mientras que Navarro conducía el macho á la caballeriza, aquél le guiaba con el aire solícito y escudriñador de todos los posaderos, y examinando los capachos, le dijo:

—Estos capachos han estado aquí hace muy pocos días.

—Serán otros parecidos, pero no los mismos; repuso Navarro.

Una vez que éste hubo cuidado su cabalgadura, salióse al portalón de la posada, siempre seguido del servicial y curioso Aroca.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

